

EXPOSICIÓN Y REFUTACIÓN DE LA FALSA GNÓSIS

O

CONTRA LOS HEREJES

San Ireneo de Lyon

(Escrita entre los años 180 y 190)

LIBRO III

EXPOSICION DE LA DOCTRINA CRISTIANA

PRÓLOGO

Mi querido hermano, me pediste que abiertamente expusiera las doctrinas de Valentín, secretas (según ellos imaginan), para que diese a conocer sus muchas facetas y que al mismo tiempo te ofreciera los argumentos para derrocarlas. Hemos comenzado a ponerlos al desnudo a partir de Simón, padre de todas las herejías; en seguida nos hemos dedicado a descubrir sus enseñanzas y sus consecuencias¹ y finalmente hemos empezado a refutarlos. Pero, si en una obra pude exponerlos, sólo en varias me es posible destruirlos. Por eso te envié dos libros: en el primero se describen sus doctrinas, sus maneras de actuar y los caracteres de su comportamiento. En el segundo se desenmascaran y demuelen sus perversas enseñanzas y se las deja al desnudo, tal como son.

En el presente libro, el tercero, expongo las pruebas tomadas de las Escrituras, para no pasar por alto ninguno de tus deseos. Incluso, más allá de lo que pedías, te ofrezco los medios para que les arguyas y abatas a aquellos que de una u otra manera enseñan la mentira. Pues la caridad de Dios, rica y sin celos, nos da más de cuanto le pedimos.

Ten en mente lo que ya escribí en los dos primeros libros; porque, añadiendo lo siguiente, podrás tener un muy completo argumento contra todos los herejes, a fin de que les resistas con firmeza y constancia, luchando por la única verdadera fe, fuente de vida, que, recibida de los Apóstoles, la Iglesia esparce. Porque, en efecto, el Señor de todas las cosas dio a sus Apóstoles el

1 «Successiones» puede referirse, o a las consecuencias de las doctrinas, o a la sucesión histórica de los líderes de los grupos heréticos.

poder de (predicar) el Evangelio. Por ellos hemos conocido la verdad, me refiero a la doctrina del Hijo de Dios. A ellos el Señor les dijo: «Quien os oye a vosotros, a mí me oye; y quien os desprecia, a mí es a quien desprecia y a Aquel que me envió» (Lc 10,16).

1. LA TRADICIÓN APOSTÓLICA

1,1. Nosotros no hemos conocido la Economía de nuestra salvación, sino por aquellos a través de los cuales el Evangelio ha llegado hasta nosotros. Ellos primero lo proclamaron, después por voluntad de Dios nos lo transmitieron por escrito para que fuese «columna y fundamento» (1 Tm 3,15) de nuestra fe.

Y no es justo afirmar que ellos predicaron antes de tener «el conocimiento perfecto» (teleían gnôsin), como algunos se atreven a decir gloriándose de corregir a los Apóstoles. Pues una vez resucitado de entre los muertos los revistió con la virtud del Espíritu Santo (Hch 1,8) que vino de lo alto (Lc 24,49); ellos quedaron llenos de todo y recibieron «el perfecto conocimiento».² Luego partieron hasta los confines de la tierra (Sal 19,5; Rm 10,18; Hch 1,8), a fin de llevar como Buena Nueva todos los bienes que Dios nos da (Is 52,7; Rm 10,15) y para anunciar a todos los hombres la paz del cielo (Lc 2,13-14); tenían todos y cada uno el Evangelio de Dios (Rm 1,1; 15,16; 2 Co 11,7; 1 Ts 2,2.8.9; 1 P 4,17).³

1.1. Los evangelistas: su doctrina básica

Mateo, (que predicó) a los Hebreos en su propia lengua, también puso por escrito el Evangelio, cuando Pedro y Pablo evangelizaban y fundaban la Iglesia. Una vez que éstos murieron, Marcos, discípulo e intérprete de Pedro, también nos transmitió por escrito la predicación de Pedro. Igualmente Lucas, seguidor de Pablo, consignó en un libro «el Evangelio que este predicaba» (1 Ts 2,9; Ga 2,2; 2 Tm 2,8)⁴. Por fin Juan, el discípulo del Señor «que se había recostado

2 Nótese el contraste que Ireneo acentúa para desenmascarar la falsa *gnosis* (de los valentinianos) y declarar la verdadera *gnosis* (de los Apóstoles).

3 Originalmente el *Evangelio* es, simplemente, la *Buena Nueva* que Cristo ha traído. Posteriormente se llamó en plural *Evangelios* a los cuatro libros. Ireneo distingue claramente: habla primero del Evangelio único, en singular y en seguida de los cuatro escritos.

4 Por primera vez en la Tradición queda consignado por escrito el autor del tercer Evangelio. Hay aquí una valiosa indicación de que primero fue la predicación del Evangelio (Tradición oral), a la que siguió la redacción (los libros).

sobre su pecho» (Jn 21,20; 13,23), redactó el Evangelio cuando residía en Éfeso.⁵

1,2. Y todos ellos nos han transmitido a un solo Dios Creador del cielo y de la tierra anunciado por la Ley y los profetas y a un solo Cristo Hijo de Dios.⁶ Pero si alguien no está de acuerdo con ellos, desprecia por cierto a quienes han tenido parte con el Señor (Hb 3,4), desprecia al mismo Cristo Señor y aun al Padre (Lc 10,16) y se condena a sí mismo (Tt 3,11), porque resiste (2 Tm 2,25) a su salvación, cosa que hacen todos los herejes.

1.2. Los herejes ante la Escritura y la Tradición

2,1. Porque al usar las Escrituras para argumentar, la convierten en fiscal de las Escrituras mismas, acusándolas, o de no decir las cosas rectamente o de no tener autoridad y de narrar las cosas de diversos modos; no se puede en ellas descubrir la verdad si no se conoce la Tradición. Porque, según dicen, no se transmitiría (la verdad) por ellas sino de viva voz, por lo cual Pablo habría dicho: «Hablamos de la sabiduría entre los perfectos, sabiduría que no es de este mundo» (1 Co 2, 6).⁷ Y cada uno de ellos pretende que esta sabiduría es la que Él ha encontrado, es decir una ficción, de modo que la verdad se hallaría dignamente unas veces en Valentín, otras en Marción, otras en Cerinto, finalmente estaría en Basílides o en quien disputa contra Él, que nada pudo decir de salvífico. Pues cada uno de estos está tan pervertido que no se avergüenza de predicarse a sí mismo (2 Co 4,5) depravando la Regla de la Verdad.

2,2. Cuando nosotros los atacamos con la Tradición que la Iglesia custodia a partir de los Apóstoles por la sucesión de los presbíteros, se ponen contra la Tradición diciendo que tienen no sólo presbíteros sino también apóstoles más sabios que han encontrado la verdad sincera; porque los Apóstoles «habrían mezclado lo que pertenece a la Ley con las palabras del Salvador»; y no solamente los Apóstoles, sino «el mismo Señor habría predicado cosas que provenían a veces del Demiurgo, a veces del Intermediario, a veces de la Suma Potencia»; en cambio ellos conocerían «el misterio escondido» (Ef 3, 9; Col 1,26), indubitable, incontaminado y sincero; esto no es sino

5 Al dar testimonio del Evangelio único de Jesús, consignado en cuatro escritos, San Ireneo es testigo de que a fines del siglo II ya estaba establecido este canon «cuadriforme» (según su propia expresión que leeremos adelante).

6 Siendo el tema general del libro III «Exposición de la Doctrina Cristiana», esta frase (que expresa los dos puntos más fundamentales de la fe, recogidos de la predicación apostólica) resume las dos grandes partes de este libro: un único Dios Creador del cielo y de la tierra, y un solo Cristo Hijo de Dios.

7 Texto favorito de los gnósticos, con el que justificaban que Pablo habría guardado el verdadero Evangelio para los iniciados, mientras que para el cristiano común quedaría como un misterio y un secreto. La verdad perfecta sería la reservada a la gnosis de los pneumáticos, y se referiría a los orígenes y estructura del Pléroma.

blasfemar contra su Creador. Y terminan por no estar de acuerdo ni con la Tradición ni con las Escrituras.

2,3. Contra ellos luchamos, ¡oh dilectísimo!, aunque ellos tratan de huir como serpientes resbaladizas. Por eso es necesario resistirles por todos los medios, por si acaso podemos atraer a algunos a convertirse a la verdad, confundidos por la refutación.⁸ Ciertamente, no es fácil apartar a un alma presa del error, pero no es del todo imposible huir del error cuando se presenta la verdad.

1.3. Los sucesores de los Apóstoles

3,1. Para todos aquellos que quieran ver la verdad, la Tradición de los Apóstoles ha sido manifestada al universo mundo en toda la Iglesia y podemos enumerar a aquellos que en la Iglesia han sido constituidos obispos y sucesores de los Apóstoles hasta nosotros, los cuales, ni enseñaron ni conocieron las cosas que aquellos deliran. Pues, si los Apóstoles hubiesen conocido desde arriba «misterios recónditos», en oculto se los hubiesen enseñado a los perfectos, sobre todo los habrían confiado a aquellos a quienes encargaban las Iglesias mismas. Porque querían que aquellos a quienes dejaban como sucesores fuesen en todo «perfectos e irreprochables» (1 Tm 3,2; Tt 1,6-7), para encomendarles el magisterio en lugar suyo. Si obraban correctamente se seguiría grande utilidad, pero, si hubiesen caído, la mayor calamidad.

1.3.1. Sucesión de los obispos de Roma

3,2. Pero como sería demasiado largo enumerar las sucesiones de todas las Iglesias en este volumen, indicaremos sobre todo las de las más antiguas y de todas conocidas, la de la Iglesia fundada y constituida en Roma por los dos gloriosísimos Apóstoles Pedro y Pablo, la que desde los Apóstoles conserva la Tradición y «la fe anunciada» (Rm 1,8) a los hombres por los sucesores de los Apóstoles que llegan hasta nosotros. Así confundimos a todos aquellos que de un modo o de otro, o por agradarse a sí mismos o por vanagloria o por ceguera o por una falsa opinión, acumulan falsos conocimientos. Es necesario que cualquier Iglesia esté en armonía con esta Iglesia, cuya fundación es la más garantizada —me refiero a todos los fieles de cualquier lugar—, porque en ella todos los que se encuentran en todas partes han conservado la Tradición apostóli-

⁸ Esta es la finalidad principal de *Contra los herejes*. Es fin complementario, pero no menos importante, de su otra obra. Ver D 5.

ca.⁹

3,3. Luego de haber fundado y edificado la Iglesia los beatos Apóstoles, entregaron el servicio del episcopado a Lino. A este Lino lo recuerda Pablo en sus cartas a Timoteo (2 Tm 4,21). Anacleto lo sucedió. Después de Él, en tercer lugar desde los Apóstoles, Clemente heredó el episcopado, el cual vio a los beatos Apóstoles y con ellos confirió y tuvo ante los ojos la predicación y Tradición de los Apóstoles que todavía resonaba; y no Él solo, porque aún vivían entonces muchos que de los Apóstoles habían recibido la doctrina. En tiempo de este mismo Clemente suscitándose una disensión no pequeña entre los hermanos que estaban en Corinto, la Iglesia de Roma escribió la carta más autorizada a los Corintios, para congregarlos en la paz y reparar su fe y para anunciarles la Tradición que poco tiempo antes había recibido de los Apóstoles, anunciándoles a un solo Dios Soberano universal, Creador del Cielo y de la tierra (Gn 1,1), Plasmador del hombre (Gn 2,7), que hizo venir el diluvio¹⁰ (Gn 6,17) y llamó a Abraham (Gn 12,1), que sacó al pueblo de la tierra de Egipto (Ex 3,10), que habló con Moisés (Ex 3,4s), que dispuso la Ley (Ex 20,1s), que envió a los profetas (Is 6,8; Jr 1,7; Ez 2,3), que preparó el fuego para el diablo y sus ángeles (Mt 25,41). La Iglesia anuncia a este como el Padre de nuestro Señor Jesucristo, a partir de la Escritura misma, para que, quienes quieran, puedan aprender y entender la Tradición apostólica de la Iglesia, ya que esta carta es más antigua que quienes ahora enseñan falsamente y mienten sobre el Demiurgo y Hacedor de todas las cosas que existen.

A Clemente sucedió Evaristo, a Evaristo Alejandro y luego, sexto a partir de los Apóstoles, fue constituido Sixto. En seguida Telésforo, el cual también sufrió gloriosamente el martirio; siguió Higinio, después Pío, después Aniceto. Habiendo Sotero sucedido a Aniceto, en este momento Eleuterio tiene el duodécimo lugar desde los Apóstoles. Por este orden y sucesión ha llegado hasta nosotros la Tradición que inició de los Apóstoles. Y esto muestra plenamente que la única y misma fe vivificadora que viene de los Apóstoles ha sido conservada y transmitida en la

⁹ Aquí inicia un fuerte argumento de San Ireneo sobre la verdadera doctrina: la unidad de la fe en todas las iglesias, a pesar de hallarse éstas en regiones distantes y haberse desarrollado con diversas tradiciones históricas y en distintas culturas. Este es un signo claro de que todas conservan la fe que proviene de la única fuente. En cambio la multiplicidad de doctrinas de los grupos heréticos, que constantemente se dividen para enseñar «verdades» diferentes y aun contradictorias, indica la ausencia de la única verdad. De estas iglesias San Ireneo recuerda la de Roma como la primada y cabeza de todas las demás, por provenir de los Apóstoles Pedro y Pablo. Como un ejemplo de la sucesión apostólica que liga la Iglesia actual con los Apóstoles, San Ireneo consigna la serie de obispos de Roma que siguieron a Pedro, hasta su tiempo, cuando San Eleuterio era su pastor. Como la autoridad de la Iglesia proviene de su origen, la de Roma es la autorizada por sobre todas, por provenir de Pedro y Pablo.

¹⁰ Lit.: «el cataclismo».

Iglesia hasta hoy.

1.3.2. Policarpo, obispo de Esmirna

3,4. Policarpo no sólo fue educado por los Apóstoles y trató con muchos de aquellos que vieron a nuestro Señor, sino también por los Apóstoles en Asia fue constituido obispo de la Iglesia en Esmirna; a Él lo vimos en nuestra edad primera,¹¹ mucho tiempo vivió y ya muy viejo, sufriendo el martirio de modo muy noble y glorioso, salió de esta vida. Enseñó siempre lo que había aprendido de los Apóstoles, lo mismo que transmite la Iglesia, las únicas cosas verdaderas. De esto dan testimonio todas las iglesias de Asia y los sucesores de Policarpo hasta el día de hoy. Este hombre tiene mucha mayor autoridad y es más fiel testigo de la verdad que Valentín, Marción y todos los demás que sostienen doctrinas perversas.

Este obispo viajó a Roma cuando la presidía Aniceto y convirtió a la Iglesia de Dios a muchos de los herejes de los que hemos hablado, anunciando la sola y única verdad recibida de los Apóstoles que la Iglesia ha transmitido. Algunos le oyeron contar que Juan, el discípulo del Señor, habiendo ido a los baños en Éfeso, divisó en el interior a Cerinto. Entonces prefirió salir sin haberse bañado, diciendo: «Vayámonos, no se vayan a venir abajo los baños, porque está adentro Cerinto, el enemigo de la verdad». Y del mismo Policarpo se dice que una vez se encontró a Marción y este le dijo: «¿Me conoces?» Él le respondió: «Te conozco, primogénito de Satanás». Es que los Apóstoles y sus discípulos tenían tal reverencia, que no querían dirigir ni siquiera una mínima palabra a aquellos que adulteran la verdad, como dice San Pablo: «Después de una o dos advertencias, evita al hereje, viendo que Él mismo se condena y peca sosteniendo una mala doctrina» (Tt 3, 10-11). También existe una muy valiosa Carta de Policarpo a los Filipenses, en la cual pueden aprender los detalles de su fe y el anuncio de la verdad quienes quieran preocuparse de su salvación y saber sobre ella.

Finalmente la Iglesia de Éfeso, que Pablo fundó y en la cual Juan permaneció hasta el tiempo de Trajano, es también testigo de la Tradición apostólica verdadera.

11 Así lo dice en su carta a Florino. Ahí mismo escribe: «Policarpo contaba sus relaciones con Juan y con otros que habían visto al Señor» (Eusebio, *Historia Eclesiástica* V, 20,5-8: PG 20, 485).

1.4. La universal Regla de la Verdad

4,1. Siendo, pues, tantos los testimonios, ya no es preciso buscar en otros la verdad que tan fácil es recibir de la Iglesia, ya que los Apóstoles depositaron en ella, como en un rico almacén, todo lo referente a la verdad, a fin de que «cuantos lo quieran saquen de ella el agua de la vida» (Ap 22,17). Esta es la entrada a la vida. «Todos los demás son ladrones y bandidos» (Jn 10,1.8-9). Por eso es necesario evitarlos y en cambio amar con todo afecto cuanto pertenece a la Iglesia y mantener la Tradición de la verdad.

Entonces, si se halla alguna divergencia aun en alguna cosa mínima, ¿no sería conveniente volver los ojos a las Iglesias más antiguas, en las cuales los Apóstoles vivieron, a fin de tomar de ellas la doctrina para resolver la cuestión, lo que es más claro y seguro? Incluso si los Apóstoles no nos hubiesen dejado sus escritos, ¿no hubiera sido necesario seguir el orden de la Tradición que ellos legaron a aquellos a quienes confiaron las Iglesias?

4,2. Muchos pueblos bárbaros dan su asentimiento a esta ordenación y creen en Cristo, sin papel ni tinta (2 Jn 12), en su corazón tienen escrita la salvación por el Espíritu Santo (2 Co 3,3), los cuales con cuidado guardan la vieja Tradición, creyendo en un solo Dios Demiurgo del cielo y de la tierra y de todo cuanto se encuentra en ellos (Ex 20,11; Sal 145,6; Hch 4,24; 14,15) y en Jesucristo su Hijo, el cual, movido por su eminentísimo amor por la obra que fabricó (Ef 3,19), se sometió a ser concebido de una Virgen, uniendo en sí mismo al hombre y a Dios. Sufrió bajo Poncio Pilato, resucitó y fue recibido en la luz (1 Tm 3,16). De nuevo vendrá en la gloria (Mt 16,27; 24,30; 25,31) como Salvador de todos los que se salvan y como Juez de los que son juzgados, para enviar al fuego eterno (Mt 25,41) a quienes desfiguran su verdad y desprecian a su Padre y su venida. Cuantos sin letras creyeron en esta fe, son bárbaros según nuestro modo de hablar; pero en cuanto a su juicio, costumbres y modo de vivir, son por la fe sapientísimos y agradan a Dios, al vivir con toda justicia, castidad y sabiduría.

Si alguien se atreviese a predicarles lo que los herejes han inventado, hablándoles en su propia lengua, ellos de inmediato cerrarían los oídos y huirían muy lejos, pues ni siquiera se atreverían a oír la predicación blasfema. De este modo, debido a la antigua Tradición apostólica, ni siquiera les viene en mente admitir razonamientos tan monstruosos. El hecho es que, entre ellos (los herejes) no se encuentra ni iglesia ni doctrina instituida.

1.5. Hace poco se han separado los herejes

4,3. Porque antes de Valentín no hubo valentinianos, ni antes de Marción marcionitas. No existían en absoluto las demás doctrinas perversas que arriba describimos, antes de que sus iniciadores inventaran tales perversidades. Pues Valentín vino a Roma durante Higinio, se desarrolló en el tiempo de Pío y permaneció ahí hasta Aniceto. Cerdón, antecesor de Marción, fue a Roma con frecuencia cuando Higinio era el octavo obispo de la ciudad, hacía penitencia pública, pero al fin acababa del mismo modo; unas veces enseñaba en privado, otras veces se arrepentía, hasta que finalmente, habiéndole refutado algunos las cosas erróneas que predicaba, acabó enteramente alejado de la comunidad de los creyentes. Marción, su sucesor, destacó en tiempo de Aniceto, el décimo obispo. Los demás gnósticos, como ya expusimos, sacaron sus principios de Menandro, discípulo de Simón. Cada uno de ellos primero recibió una enseñanza, luego se convirtió en su padre y jefe de grupo. Todos estos se levantaron en su apostasía contra la Iglesia, mucho tiempo después haber sido constituida.

1.6. El testimonio apostólico está vivo en la Iglesia

5,1. Así pues, la Tradición apostólica está viva en la Iglesia y dura entre nosotros. Ahora volvamos los ojos a las Escrituras, para sacar de ella la prueba de todas aquellas cosas que los Apóstoles dejaron por escrito en los Evangelios. Algunos de ellos escribieron de parte de Dios la Palabra, para mostrar que nuestro Señor Jesucristo «es la Verdad y en Él no hay mentira» (Jn 14,6; 1 P 2,22). Es lo que David profetizó, narrando su engendramiento de una Virgen y su resurrección de entre los muertos: «La Verdad ha brotado de la tierra» (Sal 85,12). También los Apóstoles, siendo discípulos de la Verdad, están lejos de toda mentira: «ninguna comunión es posible entre la mentira y la verdad» (1 Jn 2,21), así como «no hay comunión entre las tinieblas y la luz» (2 Co 6,14); sino que la presencia de una excluye la otra.

Como nuestro Señor era la Verdad misma, no mentía. Por eso nunca proclamó Dios y Señor de todas las cosas, Rey Sumo y Padre suyo, al que conocía como «fruto de la penuria». No habría confundido al perfecto con el imperfecto, al espiritual con el animal, ni «al que está sobre el Pléroma» con aquel que está «fuera del Pléroma». Ni sus discípulos habrían llamado Dios o Señor a ninguno que no fuese el verdadero Dios y Señor universal. En cambio, esos falaces sofistas

afirman que los Apóstoles hipócritamente «forjaron la doctrina según la capacidad de los oyentes y sus respuestas según las expectativas de quienes les preguntaban». A los ciegos les habrían hablado de ceguera según su defecto, a los enfermos según su enfermedad y a los errados según su error; a quienes pensaban que el Demiurgo era el único Dios, así ellos lo anunciaban. En cambio, a quienes entendían que el Padre es el innombrable, «les habrían descrito el misterio inenarrable mediante parábolas y enigmas». En consecuencia, el Señor y los Apóstoles no habrían enseñado como lo exige la verdad misma, sino con hipocresía y según cada uno de sus oyentes era capaz de acoger la doctrina.

5,2. Su doctrina, pues, no sirve para la salvación y la vida, sino más bien para aumentar y hacer más pesada la ignorancia. Más verdadera que ellos es la Ley, que llama maldito a todo aquel que induzca a un ciego a errar el camino (Dt 27,18). Los Apóstoles, enviados a buscar a los errantes, a devolver la vista a los ciegos y a llevar la salud a los enfermos, ciertamente no les hablaban según la opinión del momento, sino manifestando la verdad. Pues si, cuando unos ciegos estuvieran a punto de caer en el precipicio, un hombre cualquiera los indujera a continuar por tan peligroso camino como si fuese el correcto y los llevara hasta su término, ciertamente no obraría con rectitud. ¿Qué médico, si quiere curar al enfermo, le da la medicina que a este le gusta y no la adecuada para devolverle la salud? Y que el Señor vino como médico de los enfermos, Él mismo lo dijo: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. No vine a llamar a los justos, sino a los pecadores, para que se arrepientan» (Lc 5,31-32; Mt 9,12-13).

¿Cómo se aliviarán estos enfermos? ¿Y cómo se arrepentirán los pecadores? ¿Acaso manteniéndose en su estado? ¿No será más bien por un cambio a fondo y alejándose de su anterior modo de vivir en la transgresión, que provocó en ellos esa grave enfermedad y tantos pecados?

La ignorancia, madre de todos estos males, se elimina por la gnosis.¹² Y el Señor comunicó a sus discípulos esta gnosis, con la cual curaba a los agobiados y alejaba a los pecadores del pecado. No les hablaba, pues, según ellos pensaban antes, ni respondía a quienes le preguntaban según sus expectativas, sino de acuerdo con la doctrina de salvación, sin hipocresía y sin acepción de personas (Mt 22,16; Rm 2,11).

5,3. Esto es evidente de las palabras mismas del Señor, el cual a los que eran de la circunci-

12 De nuevo, San Ireneo opone el verdadero conocimiento (*gnosis*) que viene de la Palabra de Cristo, a la falsa *gnosis*.

sión les predicaba a Cristo como Hijo de Dios, a quien Dios había preanunciado por los profetas; es decir, se presentaba a sí mismo como Aquel que habría de devolver la libertad al hombre y darle la herencia de la incorrupción (Jn 14,21-22; Ga 1,5; 1 Co 15,42).

A su vez, los Apóstoles enseñaban a los paganos a abandonar los ídolos de piedra y de madera a los que adoraban como dioses; a adorar como Dios verdadero a aquel que creó e hizo toda la raza humana y mediante su creación le dio alimento, desarrollo, seguridad y subsistencia; y a esperar en su Hijo Jesucristo, el cual nos rescató de la apostasía mediante su sangre a fin de que fuésemos el pueblo santo (Ef 1,7; 1 P 1,18-19; 2,9), el mismo que un día volverá de los cielos con el poder del Padre para juzgar a todos y para dar los bienes divinos a cuantos observen sus mandatos. Este es aquella piedra angular que apareció en los últimos tiempos para reunir a todos, los que estaban cerca y los que estaban lejos, es decir a los circuncisos y a los incircuncisos (Ef 2,14-20), para engrandecer a Jafet e introducirlo a la casa de Sem (Gn 9,27).

2. UN SOLO DIOS

2.1. Los profetas y Pablo conocen un solo Dios

2.1.1. Los profetas

6,1. Ni el Señor, ni el Espíritu Santo (por los profetas), ni los Apóstoles jamás habrían llamado Dios de modo absoluto y definitivo al que no lo fuese verdaderamente; ni habrían llamado Señor a ninguna otra persona, sino al Dios Padre soberano de todas las cosas y a su Hijo que recibió de su Padre el señorío sobre toda la creación, según aquellas palabras: «Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies» (Sal 110,1). En este pasaje se presenta al Padre conversando con el Hijo; Él «le ha dado las naciones por herencia» (Sal 2,8) y le ha sometido a todos sus enemigos. Y como el Padre es en verdad Señor y el Hijo es en verdad Señor, con razón el Espíritu Santo los llamó con el título Señor.

También al narrar la destrucción de Sodoma, la Escritura dice: «Y el Señor hizo llover desde el cielo fuego y azufre sobre Sodoma y Gomorra» (Gn 19,24). Esto significa que el Hijo, el mismo que había conversado con Abraham, ha recibido del Padre el poder de condenar a los sodo-

mitas, por motivo de su iniquidad. De modo semejante afirma: «Tu trono, oh Dios, para siempre; cetro de rectitud es el cetro de tu reinado; amaste la justicia y odiaste la iniquidad; por eso te ungió Dios, tu Dios» (Sal 45,7-8). Aquí el Espíritu los llamó a ambos con el nombre de Dios: tanto al Hijo, el ungió, como al que unge, el Padre. Y también: «Dios se presentó en la asamblea de los dioses, en medio de ellos juzga a los dioses» (Sal 82,1). (El Espíritu) habla aquí del Padre y del Hijo y de aquellos que recibieron la adopción filial y mediante ellos se refiere a la Iglesia; porque ésta es la sinagoga de Dios, la cual Dios, me refiero al Hijo, ha reunido por sí y para sí mismo.

También dice en otro lugar: «Dios, el Señor de los dioses, habló y convocó la tierra» (Sal 50,1). ¿De cuál Dios se trata? De Aquel del cual está escrito: «Dios vendrá de modo manifiesto; nuestro Dios y no callará», esto es, el Hijo, que se manifestó por su venida a los hombres, el cual dice: «Me manifesté al descubierto a quienes no me buscaban» (Is 65,1). ¿Y de qué dioses se trata? De aquellos a quienes Él declara: «Yo he dicho: Vosotros sois dioses, todos sois hijos del Altísimo» (Sal 82,6; Jn 10,34); es decir, aquellos que han recibido la gracia de la adopción, por la cual clamamos: «¡Abbá, Padre!» (Rm 8,15; Ga 4,5-6).

6,2. Así, pues, como arriba dije, a ningún otro se le llama Dios o Señor, sino al que es Dios y Señor de todas las cosas, el que dijo a Moisés: «Yo soy el que soy» y: «Así dirás a Israel: Yo soy me manda a vosotros» (Ex 3,14); y también a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el cual hace hijos de aquellos que creen en su nombre (Jn 1,12). El Hijo también habla por Moisés: «Yo he descendido a librar a este pueblo» (Ex 3,8), porque es Él «quien descendió y ascendió» (Ef 4,10) para salvar a los seres humanos. De este modo, «Por el Hijo que está en el Padre y tiene en sí al Padre» (Jn 14,10-11) se ha manifestado Dios, Aquel que es, al dar testimonio, como Padre, del Hijo (Mt 16,17; Jn 5,37), mientras el Hijo anuncia al Padre (Mt 11,27; Jn 11,41-42). Como dice Isaías: «Yo doy testimonio, dice el Señor Dios y mi Siervo a quien yo elegí, para que sepáis, creáis y entendáis que soy yo» (Is 43,10).

2.1.2. A quiénes llaman dioses

6,3. Por el contrario, como antes dije, cuando llama dioses a los que no lo son, la Escritura les dice dioses, pero con alguna añadidura e indicio por el cual da a entender que no son dioses.

Por ejemplo, en David: «Los dioses de los gentiles son ídolos de los demonios» (Sal 96,5) y: «No seguiréis dioses ajenos» (Sal 81,10). Con las añadiduras «dioses de los gentiles» (y por gentiles se entiende los que no conocen al Dios verdadero) y «dioses ajenos», hace imposible que sean dioses. Por eso añade sobre los mismos, con su propia palabra: «Son ídolos de los demonios». E Isaías: «Queden confundidos quienes se fabrican un dios y esculpen obras vanas. (Yo soy testigo, dice el Señor)» (Is 44,9-10). Excluye que sean dioses y usa esta palabra sólo a fin de que entendamos de qué está hablando. Lo mismo afirma Jeremías: «Los dioses que no hicieron el cielo y la tierra sean exterminados de la tierra bajo los cielos» (Jr 10,11). Al añadir la expresión «sean exterminados», muestra que no se trata de dioses.

Elías, al convocar a todo Israel al monte Carmelo, queriendo separarlos de la idolatría, les dice: «¿Hasta cuándo cojearéis de los dos pies? Uno solo es el Señor Dios. Seguidlo» (1 R 18,21). Y sobre el holocausto dice así a los sacerdotes de los ídolos: «Vosotros invocaréis el nombre de vuestro dios y yo invocaré el nombre del Señor mi Dios; y el Dios que escuche, ese es Dios» (1 R 18,24). Con estas palabras el profeta arguye que no son dioses aquellos que eran tenidos por tales. Y en cambio les hace ver que Dios es aquel en quien Él creía, el verdadero Dios, al que invocaba diciendo: «Señor Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, escúchame hoy y todo este pueblo entienda que tú eres el Dios de Israel» (1 R 18,36).

2.1.3. Oración al único Dios verdadero

6,4. ¡Yo también te invoco, «Señor Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob y de Israel» que eres el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Dios que por la multitud de tu misericordia te has complacido en nosotros para que te conozcamos; que hiciste el cielo y la tierra, que dominas sobre todas las cosas, que eres el único Dios verdadero, sobre quien no hay Dios alguno; por nuestro Señor Jesucristo danos el Reino del Espíritu Santo; concede a todos los que leyeren este escrito conocer que Tú eres el único Dios, que en Ti están seguros y defiéndelos de toda doctrina herética, sin fe y sin Dios!

2.1.4. Pablo

6,5. También el Apóstol Pablo dice: «Si habéis servido a aquellos dioses que no lo eran, aho-

ra conocéis a Dios, más aún, sois conocidos de Dios» (Ga 4,8-9). De este modo distingue de Dios a los que no lo son. Y dice también, hablando del Anticristo: «El enemigo que se exalta sobre todo aquello a lo que se le denomina dios o se le rinde culto» (2 Ts 2,4), para indicar a los llamados dioses por los ignorantes, o sea los ídolos. El Padre de todas las cosas es y se llama Dios. El Anticristo no puede exaltarse sobre Él, sino sólo sobre los llamados dioses sin serlo.

Que es así, Pablo también lo dice en otra parte: «Sabemos que un ídolo es nada... y que ninguno es Dios sino uno solo. Luego, aunque haya algunos a los que se les denomina dioses o en el cielo o en la tierra, para nosotros el único Dios es el Padre, del que vienen todas las cosas y en el cual vivimos y un solo Señor Jesucristo, por el cual existe todo y nosotros por Él» (1 Co 8,4-6). Separa y distingue claramente a aquellos a los que se les llama, los cuales no son dioses, del único Dios Padre, del que todo viene y confiesa con sus propias palabras al único Señor nuestro Jesucristo. Cuando añade o en el cielo o en la tierra, no se refiere, como hacen ellos, a «los fabricantes del mundo», sino que usa una expresión parecida a la de Moisés: «No te harás ninguna imagen de Dios, sea de lo que está arriba en el cielo, sea de lo que está abajo en la tierra, o en las aguas o bajo la tierra» (Dt 5,8). Y Él mismo responde, para contestar a la pregunta sobre qué es lo que está sobre los cielos: «No vaya a ser que, al mirar a los cielos y ver el sol, la luna, las estrellas y todos los astros del cielo, caigas en el error, adorándolos y dándoles culto» (Dt 4,19). Aun al mismo Moisés, siendo hombre, se le llamó dios ante el faraón (Ex 7,1); pero ni por los profetas el Espíritu lo llamó Señor o Dios, sino «el fiel Moisés, servidor y amigo de Dios» (Nm 12,7; Hb 3,5), pues eso era.

2.1.5. Cómo interpretar a Pablo

7,1. Nos atacan abiertamente con lo que dijo Pablo en la segunda Carta a los Corintios: «En los cuales el Dios de este mundo cegó las mentes de los incrédulos» (2 Co 4,4). Arguyen: uno es el Dios de este mundo y otro «el que está por sobre toda Dominación, Principado y Potestad» (Ef 1,21; Col 1,16). No es culpa nuestra si aquellos que pretenden «conocer los misterios que sobrepasan a Dios», ni siquiera saben leer lo que Pablo ha escrito. Si alguno, según la costumbre de Pablo (de cuyo modo de construir la frase hemos dado ya muchos ejemplos) leyera: «En los cuales Dios» y luego, subdistinguiendo y poniendo una breve coma, leyere el resto como una uni-

dad, o sea: «cegó las mentes de los incrédulos», haría bien. Entonces querría decir: «Dios cegó las mentes de los incrédulos de este mundo». Esto se infiere al hacer la subdistinción. Porque Pablo no lo llama «el Dios de este mundo», como si mediante esta expresión reconociese a algún otro; sino que, al decir «Dios», confesó a Dios. Y a los incrédulos los llama «de este mundo», porque no heredarán la incorrupción del venidero. De qué manera «Dios cegó las mentes de los incrédulos», lo mostraremos más adelante, tomándolo del mismo Pablo, para no divagar tanto de nuestro tema por ahora.

7,2. Que el Apóstol con frecuencia usa la inversión de vocablos, por la concisión de sus frases y el ímpetu que le imprime el Espíritu, se puede constatar en muchos pasajes. Por ejemplo, en la Carta a los Gálatas dice: «¿Para qué la ley de las obras? Fue puesta hasta que venga la descendencia prometida, dispuesta por los ángeles en mano de un mediador» (Ga 3,19). El orden debe ser el siguiente: «¿Para qué la ley de las obras? Dispuesta por los ángeles, fue puesta en mano de un Mediador, hasta que venga la descendencia prometida»: es el hombre quien interroga y el Espíritu quien responde.

También en la Segunda a los Tesalonicenses dice sobre el Anticristo: «Entonces se manifestará el Inicuo, al que el Señor Jesucristo matará con el aliento de su boca y destruirá con la presencia de su venida, cuyo advenimiento será por obra de Satanás, con toda suerte de poder, signos y portentos falsos» (2 Ts 2,8-9). He aquí el orden de las palabras de este pasaje: «Entonces se manifestará el Inicuo, cuyo advenimiento será por obra de Satanás, con toda suerte de poder, signos y portentos falsos, a quien el Señor Jesucristo matará con el aliento de su boca y destruirá con la venida de su presencia». Porque no es la venida del Señor la que será por obra de Satanás, sino el advenimiento del Inicuo, al que llamamos el Anticristo. Por lo tanto hay que poner atención a la lectura y mediante las comas en la respiración dar sentido a lo que lee; si alguien no lo hace, no sólo dirá incongruencias, sino que leerá blasfemias, como si la venida del Señor fuese obra de Satanás.

Pues, así como en estos casos es necesario leer atendiendo a la inversión de las palabras, para conservar el sentido que el Apóstol quiso darles, así también en el caso que nos ocupa, no debemos leer «el Dios de este mundo». Pues a Dios lo llamamos Dios justamente; en cambio a los incrédulos y ciegos les decimos «de este mundo» porque en el futuro no heredarán la vida.

2.1.6. La predicación de Cristo

8,1. Una vez vaciada su calumnia, hemos probado claramente que ni los profetas ni los Apóstoles llamaron jamás Dios o Señor a ningún otro sino al único verdadero Dios. Mucho más el Señor, quien mandó: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22,21). Al César lo llamó por su nombre y a Dios lo confesó Dios. También cuando dijo: «No podéis servir a dos señores», Él mismo interpretó: «No podéis servir a Dios y a Mammón» (Mt 6,24). A Dios lo confesó Dios y a Mammón lo llamó por su nombre. No llamó Señor a Mammón, cuando dijo: «No podéis servir a dos señores»; sino que enseñó a los discípulos a servir a Dios y a no someterse a Mammón, para no dejarse dominar por Él. Así como dice: «Quien comete pecado es esclavo del pecado» (Jn 8,34). Pues bien, a quienes están sometidos al pecado los llama esclavos del pecado, pero no por eso llama Dios al pecado. De modo semejante a quienes se someten a Mammón los llama «esclavos de Mammón» pero no llama Dios a Mammón. Mammón, en la lengua judía que también usan los samaritanos, quiere decir «ávido», es decir «aquel que ansía tener más de lo que conviene». En la lengua hebrea se dice Mamuel, que significa goloso, es decir, «el que no puede contener la gula». Sea uno u otro su significado, no podemos servir a Dios y a Mammón.¹³

8,2. Cuando califica al diablo de fuerte, no lo dice en sentido absoluto, sino en comparación con nosotros. Pues sólo el Señor se muestra el Fuerte y afirma que «nadie puede robar los enseres del fuerte, si antes no lo ata y entonces podrá robar su casa» (Mc 3,27; Mt 12,29). Sus enseres y su casa somos nosotros, cuando aún estábamos en la apostasía. Nos manejaba como quería y el espíritu inmundo habitaba en nosotros. No es que (el diablo) fuese fuerte para ligarlo y robarle su casa; sino respecto a aquellos hombres que él tenía en su poder, pues los había hecho que apartaran de Dios sus pensamientos. A éstos los libró el Señor, como dijo Jeremías: «Dios redimió a Jacob y lo arrancó de mano del más fuerte» (Jr 31,11). Si no se hubiese referido a aquel que «ata y roba sus enseres», sino que sólo hubiese dicho: «el fuerte», entonces lo habría llamado «fuerte invicto». Pero también menciona al que triunfa sobre el fuerte: el que ata es el dominador, el atado es dominado. Pero esto lo dijo sin usar comparación, a fin de no parangonar con el Señor al que no es sino un esclavo apóstata. Pues ni este ni ninguna otra cosa creada y sometida puede

¹³ Los intérpretes suelen traducir *Mammón* por *dinero*.

compararse con el Verbo de Dios, «por medio del cual todas las cosas fueron hechas» (Jn 1,3), o sea nuestro Señor Jesucristo.

2.1.7. Cómo es el Dios Creador

8,3. Con estas palabras Juan quiso decir que los ángeles, los arcángeles, «los tronos y dominaciones» (Col 1,16), fueron creados por el Dios que está sobre todas las cosas y hechos por mediación del Verbo; pues, cuando afirma que el Verbo de Dios estaba en el Padre, añadió: «Todo fue hecho por medio de Él y sin Él nada ha sido hecho» (Jn 1,3). Cuando David enumera las alabanzas, nombra todas las cosas que dijimos y añade los cielos y todas sus potestades: «Él lo mandó y todo fue creado. Él lo dijo y se hizo» (Sal 148,5; 33,9). ¿A quién se lo mandó? Al Verbo, «por el cual fundó los cielos y con el soplo de su boca toda su potencia» (Sal 33,6). Y que hizo todas las cosas por propia libertad y como quiso, también lo dice David: «Nuestro Dios hizo en los cielos y en la tierra todo lo que quiso» (Sal 114,11). Las cosas creadas son diferentes de aquel que las creó y las cosas hechas, de su Hacedor.

Pues este es increado, no tiene principio ni fin y de nadie tiene necesidad. No carece de nada, se basta a sí mismo y da a todos los demás seres la existencia. Cuanto fue hecho por Él, tuvo un principio. Y las cosas que tuvieron un comienzo, pueden un día perecer, están sujetas y necesitan de su Hacedor. Como hay muchos que tienen poca inteligencia para distinguir estas cosas, fue necesario usar palabras diversas, de modo que a Aquel solo que hizo todas las cosas con su Palabra, se le llame Dios y Señor. En cuanto a las creaturas, no son capaces de llamarse con estos nombres, ni pueden con justicia adjudicarse un título que pertenece sólo al Creador.

2.2. La enseñanza de los cuatro Evangelios

9,1. Hemos expuesto enteramente (y aún lo probaremos con mayor amplitud) que ni los profetas ni los Apóstoles ni el Señor Jesucristo¹⁴ han confesado con sus propias palabras «Dios» o «Señor» a ningún otro sino a aquel que es el único Dios y Señor. Pues los profetas y Apóstoles

¹⁴ San Ireneo supone aquí un principio de la exégesis cristiana, opuesta al uso que los gnósticos hacen de la Escritura: éstos tienen sus teorías sacadas de elementos extraños a la Palabra divina, pero se sirven de ésta, recortando sus frases o aun palabras sueltas, para «probar» o «dar sabor bíblico» (ante los incautos) de sus doctrinas. El cristiano, en cambio, acoge toda la Escritura (profetas, Apóstoles, Cristo), se abre plenamente a su Palabra y la interpreta por sí misma; es decir, suponen que el mejor intérprete de la Escritura es la Escritura misma: una parte se sostiene y aclara por otra. La verdad no se halla en palabras y frases sueltas, sino en la totalidad de la revelación divina.

confesaron al Padre y al Hijo, y a ningún otro llamaron «Dios» ni confesaron «Señor». También el Señor mismo sólo llamó Padre, Señor y Dios suyo al único a quien Él mismo enseñó a sus discípulos como el único Dios y Señor de todas las cosas. En consecuencia nosotros, si somos sus discípulos, debemos seguir tales testimonios.

2.2.1. Mateo

Mateo Apóstol sabía que hay sólo un Dios, el mismo que hizo a Abraham la promesa de que multiplicaría su descendencia como las estrellas del cielo, el mismo que por su Hijo Jesucristo nos llamó del culto a los ídolos de piedra a su conocimiento, a fin de que «el que no era pueblo se hiciese pueblo y lo que no era amado se hiciese amado» (Rm 9,25; Os 1,10).

2.2.1.1. Juan el Bautista

Juan preparó el camino a Cristo. A aquellos que se gloriaban de su ascendencia carnal mientras nutrían todo tipo de sentimientos llenos de malicia, les enseñó a convertirse de su maldad, diciendo: «¡Raza de víboras! ¿Quién os enseñará a huir de la ira que se acerca? Producid frutos dignos de penitencia. Y no andéis diciendo: Tenemos a Abraham como padre. Pues os digo que Dios es poderoso para suscitar de esas piedras hijos de Abraham» (Mt 3,7-9). Les exhortaba, pues, a arrepentirse de su maldad; pero no anunciaba a otro Dios aparte de aquel que había hecho la promesa a Abraham. Del precursor de Cristo, dice Mateo lo mismo que Lucas: «Este es Aquel de quien dijo el Señor por el profeta: Una voz clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad las sendas de nuestro Dios» (Mt 3,3; Is 40,3). «Todo valle se llenará y todo monte y colina se abajará. Los caminos tortuosos se enderezarán y los ásperos se volverán camino llano. Y toda carne verá al Salvador de Dios» (Lc 3,4-6; Is 40,4-5).

Uno solo y el mismo Dios es, por tanto, el Padre de nuestro Señor, que por medio de los profetas prometió al precursor y que hizo visible para toda carne a su Salvador, es decir a su Verbo, para que, habiéndose este mismo hecho carne, en todas las cosas se manifestara como su Rey.¹⁵ Pues convenía que quienes habrían de ser juzgados vieses a su juez y lo conociesen y que quie-

¹⁵ La principal aplicación del principio señalado en la nota anterior: la revelación básica de la fe sobre el único Dios consta por la unidad del plan salvífico al que corresponde el de la revelación: el mismo Dios eligió a Abraham, habló por los profetas para disponer la venida de su Hijo, dio a Juan la misión de preparar sus caminos, envió a su Verbo para que se hiciera carne y en esta carne asumiese el señorío sobre todas las cosas. Por este motivo es el mismo Padre de nuestro Señor Jesucristo. Admirable síntesis de la historia de la salvación.

nes habrían de conseguir la gloria, supiesen quién es aquel que se la da como premio.

2.2.1.2. Testimonio del ángel a José

9,2. Mateo también afirma en referencia al ángel: «El ángel del Señor se apareció en sueños a José» (Mt 1,20). Y a qué Señor se refiere, él mismo lo explica: «Para que se cumpliese lo que el Señor dijo por el profeta: De Egipto llamé a mi hijo» (Mt 2,15). «He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y se le dará el nombre de Emmanuel, que se traduce Dios con nosotros» (Mt 1,23; Is 7,14). De este mismo Emmanuel nacido de la Virgen habló David: «No retires tu rostro de tu Ungido. El Señor ha jurado a David y no fallará: A un fruto de tu seno lo colocaré sobre tu trono» (Sal 132,10-12). Y también: «Dios se ha dado a conocer en Judea... Su lugar está firme en la paz y su morada en Sion» (Sal 76,2-3). Luego, es uno solo y el mismo Dios al que los profetas predicaron y el Evangelio anunció; y es su Hijo aquel que nació del seno de David, es decir de la Virgen descendiente de David,¹⁶ y es el Emmanuel sobre cuya estrella Balaam profetizó: «Una estrella brotará de Jacob y surgirá el Jefe de Israel» (Nm 24,17).

2.2.1.3. Testimonio de los Magos: sus dones

Mateo reporta de esta manera las palabras de los Magos que habían venido de Oriente: «Vimos su estrella en el Oriente y venimos a adorarlo» (Mt 2,2). Guiados por la estrella hasta la casa de Jacob, al Emmanuel, mostraron quién era Aquel a quien adoraban, por medio de los dones que le ofrecieron: mirra, porque Él era quien debía morir y ser sepultado por la raza humana mortal; oro, porque es el Rey cuyo reino no tiene fin; incienso, porque es Dios que se dio a conocer en Judá, se hizo (hombre) y «se manifestó a quienes no lo buscaban» (Is 65,1).

2.2.1.4. Bautismo de Jesús

9,3. Aún añade Mateo en el bautismo: «Se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba sobre Él en forma de paloma. Y he aquí que una voz del cielo decía: Este es mi Hijo querido en quien me complazco» (Mt 3,16-17). Por consiguiente, no fue el Cristo quien descendió

¹⁶ Notable síntesis de la fe sobre el único Dios del Antiguo y Nuevo Testamentos (profetas y Evangelio), contra Marción y los gnósticos; y sobre su Hijo Jesucristo, que es a la vez hombre verdadero, hijo de David porque nació de la Virgen que de él proviene.

sobre Jesús; ni uno es el Cristo y otro Jesús. Sino que el Verbo de Dios, el Salvador de todos y Señor del cielo y la tierra, es Jesús (como arriba expusimos), el que asumió la carne y fue ungido del Padre por el Espíritu y este Jesús fue ungido como Cristo. Así lo dice Isaías: «Saldrá una rama de la raíz de Jesé y una flor brotará de la raíz. Y reposará sobre Él el Espíritu de Dios: Espíritu de sabiduría e inteligencia, Espíritu de consejo y fortaleza, Espíritu de ciencia y piedad. Lo llenará el temor de Dios. No juzgará según la apariencia ni argüirá por lo que se diga; sino que juzgará con justicia al humilde y condenará a los soberbios de la tierra» (Is 11,1-4). El mismo Isaías prefiguró su unción y el motivo de ella: «El Espíritu de Dios sobre mí. Por eso me ungió, me envió a llevar la Buena Nueva a los pobres, a curar a los contritos de corazón, a pregonar a los cautivos la remisión, a dar la visión a los ciegos, a anunciar el año de gracia del Señor, el día de la retribución y para consolar a los que lloran» (Is 61,1-2; Lc 4,18).

Porque, en cuanto el Verbo de Dios se hizo hombre, era el hijo de la raíz de Jesé; y según ello el Espíritu de Dios reposaba sobre Él y era ungido para evangelizar a los humildes; en cambio, en cuanto era Dios, no juzgaba según las apariencias, ni condenaba de oídas:¹⁷ «No había necesidad de que nadie le diese testimonio sobre el hombre, porque Él mismo sabía lo que hay en el hombre» (Jn 2,25). El llamó a todos los hombres que lloraban, les concedió el perdón de los pecados a los que habían sido reducidos a la esclavitud, liberando de las cadenas a aquellos de quienes dice Salomón: «Cada cual es oprimido por las cadenas de sus pecados» (Pr 5,22). Descendió, pues, sobre Él el Espíritu de Dios, de aquel que por los profetas había prometido unirlo, para que nos salvásemos, al recibir nosotros de la abundancia de su unción.¹⁸ Esto es todo lo que dice Mateo.

17 Confesión del ser de Jesucristo, contra los gnósticos. Muchos de éstos tenían al «Jesús de la Economía» como un ser fantasmal que revestía al «Cristo psíquico» sobre el que, en el bautismo, habría descendido el Salvador o «Cristo de lo alto». San Ireneo hace sobre Jesús una confesión de fe muy completa para su tiempo, que (aun sin la expresión de las «dos naturalezas»), prelude la definición de Calcedonia: en cuanto hombre era hijo de David (de la raíz de Jesé), en cuanto Dios «no juzgaba según las apariencias». Como hijo de David (el primer ungido sobre el que reposó el Espíritu: 1 Sam 16,13), recibió en su bautismo el Espíritu, «ungido para evangelizar a los pobres».

18 Jesús fue *ungido* (o Hecho *Cristo*) por nosotros: para que fuésemos ungidos en Él. Implícita alusión a la teología del «intercambio», el principio más propio de San Ireneo para explicar nuestra redención. Por otra parte, la unción de Jesús para ser el Cristo, es uno de los temas muy queridos de este Padre de la Iglesia (ver III, 6,1; 10,1; 12,7; 18,3).

2.2.2. Lucas

2.2.2.1. Zacarías y Juan Bautista

10,1. Lucas, compañero y discípulo de los Apóstoles, dice refiriéndose a Zacarías e Isabel, de quienes, según la promesa de Dios, nació Juan: «Ambos eran justos ante Dios, porque caminaban sin tropiezo en todos los mandatos y justicia del Señor» (Lc 1,6). Y dice acerca de Zacarías: «Le tocó ejercitar delante de Dios el sacerdocio siguiendo el turno de su clase, según la costumbre del sacerdocio, pues se le designó por suerte a poner el incienso». Y, para ofrecer el sacrificio, «entró en el templo del Señor» (Lc 1,8-9). Este hombre que se presenta ante la faz del Señor, con su propia voz, de modo simple y absoluto, confiesa «Señor» y «Dios» a aquel que eligió Jerusalén, dictó la ley del sacerdocio y envió al ángel Gabriel. No conocía otro Dios superior a este. Pero, si hubiese tenido idea de algún Dios y Señor fuera de este, ciertamente a este, al que habría reconocido como «fruto de la penuria» no lo habría confesado «Dios» y «Señor», como arriba expusimos.

Y hablando de Juan dice: «Será grande en la presencia del Señor y convertirá a muchos hijos de Israel a su Señor Dios y lo precederá ante su faz, con el espíritu y poder de Elías, a fin de preparar para el Señor un pueblo perfecto» (Lc 1,15-17). ¿A quién le preparó un pueblo y ante la faz de cuál Señor Juan fue engrandecido? Ciertamente de aquel que dijo que Juan era «más que un profeta» (Lc 7,26; Mt 11,9) y: «Ninguno nacido de mujer es mayor que Juan el Bautista» (Lc 7,28; Mt 11,11), el cual le preparó a su pueblo, anunciando de antemano a sus consiervos el advenimiento del Señor y predicándoles la conversión a fin de que del Señor presente recibiesen el perdón, una vez vueltos a aquel de quien se habían enajenado por el pecado y la transgresión, como dice David: «Desde el vientre se han alejado los pecadores, desde el seno se han extraviado» (Sal 58,4). Y por eso, al convertirlos al Señor, Juan le preparaba un pueblo perfecto, en el espíritu y poder de Elías.

2.2.2.2. La Anunciación

10,2. Y Lucas dice, hablando del ángel: «En ese mismo tiempo fue enviado de parte de Dios el ángel Gabriel, el cual dijo a la Virgen: No temas, María, porque encontraste gracia ante Dios»

(Lc 1,26.30). Y del Señor dijo: «Él será grande y llamado Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David su Padre y reinará en la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin» (Lc 1,32-33). ¿Quién otro reina sin fin y para siempre en la casa de Jacob, sino Jesucristo Nuestro Señor, el Hijo de Dios Altísimo que prometió por la Ley y los profetas que haría visible ante toda carne a su Salvador (Is 40,5; Lc 3,6) haciéndose Hijo del Hombre a fin de que el hombre se hiciera hijo de Dios (Jn 1,12)?

2.2.2.3. El Magnificat

Por eso María exclamó gozosa, profetizando por la Iglesia:¹⁹ «Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador. Porque acogió a Israel su siervo acordándose de su misericordia, como había hablado a nuestros Padres, a Abraham y a su descendencia para siempre» (Lc 1,46-47.54-55). Mediante estas palabras tan grandes, el Evangelio muestra que el Dios que había hablado a nuestros padres, esto es, el mismo que legisló por Moisés, por cuya Ley conocimos que había hablado a los padres, es el mismo Dios que según su gran bondad derramó su misericordia sobre nosotros.

2.2.2.4. El Benedictus

En su misericordia «nos miró desde lo alto el Oriente y se manifestó a quienes estaban sentados en tinieblas y en sombra de muerte, para dirigir nuestros pies en el camino de la paz» (Lc 1,78-79). Como Zacarías dejó de estar mudo (pena que había sufrido por motivo de su incredulidad), lleno de un nuevo espíritu, una vez más bendecía a Dios. Se presentaban todas las cosas nuevas: el Verbo disponía su venida a la carne como algo inédito, para volver a Dios al hombre que se había alejado de Dios. Por esto también enseñaba de nuevo a adorar a Dios. Pero no a otro Dios, porque «uno solo es Dios, que justifica a los circuncisos por motivo de la fe y a los no circuncisos por la fe» (Rm 3,30).

10,3. Profetizando Zacarías dijo: «Bendito el Señor Dios de Israel, porque visitó y redimió a su pueblo y levantó el Cuerno de nuestra salvación en la casa de David su siervo, según había hablado por boca de los santos profetas desde siempre, para salvarnos de nuestros enemigos y de

¹⁹ Nótese que ya empieza la teología que ve a María como figura de la Iglesia.

la mano de todos los que nos odian; para ejercitar su misericordia con nuestros padres y acordarse de su Alianza santa; juramento que juró a nuestro padre Abraham, para concedernos que sin temor, arrancados de nuestros enemigos, le sirvamos en santidad y justicia, en su presencia, todos nuestros días» (Lc 1,68-75). Y luego dice a Juan: «Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo; porque irás ante la faz del Señor para preparar sus caminos, a fin de dar a conocer a su pueblo al Salvador, para el perdón de sus pecados» (Lc 1,76-77).

Este es el conocimiento (gnosis) de la salvación que les faltaba,²⁰ la del Hijo de Dios, que Juan presentaba con estas palabras: «Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Este es del que dije: Después de mí viene uno que pasó delante de mí, porque era anterior a mí» (Jn 1,29-30); y: «Todos hemos recibido de su plenitud» (Jn 1,16). Este es el conocimiento de la salvación; pero no se trataba de otro Dios, ni de otro Padre, ni del Abismo, ni del Pléroma de treinta Eones, ni de la Madre Ogdóada; sino que el conocimiento (gnosis) de la salvación era el conocimiento del Hijo de Dios, el cual es de verdad Salud, Salvador y Salvación. Salud: «Señor, yo he esperado en tu salud» (Gn 49,18). Salvador: «He aquí a mi Dios, mi Salvador; en Él pondré mi confianza» (Is 12,2). Salvación: «Dios dio a conocer su salvación ante la faz de los pueblos» (Sal 98,2). También es Salvador por ser Hijo y Verbo de Dios; Salvación porque es espíritu, pues dice: «El espíritu²¹ de nuestra cara es Cristo el Señor» (Lm 4,20). Salud por motivo de la carne: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14).²² Este es el conocimiento de la salvación que Juan predicaba a quienes hacían penitencia y creían en el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

2.2.2.5. El nacimiento

10,4. Lucas dice en seguida que un ángel del Señor se apareció a los pastores y les anunció un gozo: «Hoy os ha nacido un salvador, que es Cristo el Señor, en la ciudad de David» (Lc 2,9-10). En seguida una multitud del ejército celeste alababa a Dios y decía: «Gloria a Dios en los

20 San Ireneo contrasta la *gnosis* en la cual los herejes ponen la salvación (el conocimiento del Dios desconocido) con la *gnosis de la salvación* realizada en el Hijo de Dios Hecho carne. La salvación no radica en un conocimiento teórico de realidades «de lo alto» alejadas del ser humano; sino en una familiaridad con el plan salvífico (la Economía) que el Padre ha llevado a cabo *en nuestra historia* por medio de su Hijo.

21 Recuérdese que en griego la misma palabra, *pneûma*, significa espíritu, aliento, viento.

22 Nótese la graduación: *Salvador* por ser Hijo de Dios; *salvación* por ser espiritual; *salud* por haber tomado nuestra carne: un único plan de salvación del Padre, que reluce en los diversos componentes de lo que es su Hijo: divinidad (Dios), carne (hombre) y unción por el Espíritu (Cristo).

cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» (Lc 2,11-14). Los gnósticos falsarios dicen que estos ángeles vinieron de la Ogdóada para manifestar el descenso del Cristo Superior. Pero ellos mismos arruinan su propia tesis, diciendo que el Cristo y Salvador no nació, sino que después del bautismo descendió en forma de paloma sobre el «Jesús de la Economía». Luego, según ellos, mentirían los «ángeles de la Ogdóada» que dicen: «Hoy os ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor, en la ciudad de David». Pues dicen: ni Cristo ni el Salvador habrían nacido en ese momento, sino «el Jesús de la Economía», que es «el Jesús del Demiurgo», sobre el cual habría descendido el «Salvador Superior» después del bautismo, es decir, pasados treinta años.

¿Por qué los ángeles añadieron: «en la ciudad de David», sino para anunciar el cumplimiento de la promesa que Dios hizo a David: «Del fruto de tu seno nacerá el Rey eterno» (Sal 132,11)? Pues el Demiurgo del universo había hecho esta promesa a David, como este mismo dice: «Mi auxilio viene del Señor que hizo el cielo y la tierra» (Sal 124,8); y: «En su mano están los confines de la tierra y son tuyas las alturas de los montes. Suyo es el mar, pues Él lo hizo y sus manos fundaron la tierra. Venid, adoremos y postrémonos ante Él, clamemos en la presencia del Señor que nos hizo, porque Él es el Señor nuestro Dios» (Sal 95,4-7). Por boca de David el Espíritu Santo declara, a quienes lo escuchen, que habría quienes despreciaran al que nos creó, el único Dios. Por eso afirmó lo que antes citamos. Quería decir: «No erréis; fuera de este y sobre este no hay ningún Dios a quien debemos volver los ojos». Al mismo tiempo nos dispone para ser religiosos y agradecidos a Aquel que nos hizo, nos plasmó y nos alimenta. ¿Qué puede esperar entonces a quienes inventaron tales blasfemias contra su Creador?

Lo mismo se diga sobre los ángeles. Cuando decían: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra» (Lc 2,14), se referían a aquel Creador que ha hecho lo más alto (es decir, «las regiones celestes») y creado todo lo que hay sobre la tierra, el cual es el mismo que envió del Cielo, a la obra que había modelado —o sea a los hombres— su benignidad celeste. Por eso «los pastores se volvieron glorificando a Dios por todo lo que habían visto y oído, como se les había anunciado» (Lc 2,20). Los pastores israelitas no daban gloria a otro Dios, sino a aquel que había sido anunciado por la Ley y los profetas, el Creador del universo, a quien los ángeles glorificaban. En cambio, si «los ángeles que venían de la Ogdóada» daban gloria a uno y los pastores a otro, en-

tonces «los ángeles que venían de la Ogdóada» les anunciaron el error y no la verdad.

2.2.2.6. La presentación en el templo

10,5. Lucas añade, acerca del Señor: «Cuando se cumplieron los días de la purificación, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, como está escrito en la ley del Señor: El primer varón que abra la matriz será consagrado al Señor. Y para ofrecer el sacrificio prescrito en la ley del Señor: un par de tórtolas o dos palomas» (Lc 2,22-24). Con sus propias palabras llama claramente Señor al que dio la Ley. Y también escribe que Simeón bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, deja ir a tu siervo en paz, porque mis ojos han visto tu Salvación, que preparaste ante todos los pueblos: luz para revelar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel» (Lc 2,28-32). Igualmente Ana la profetisa, dice, alababa a Dios al ver a Cristo: «Y hablaba de Él a todos los que esperaban la redención de Jerusalén» (Lc 2,38).²³ Todo esto demuestra que hay un solo Dios, que abrió a los seres humanos una Economía nueva mediante el Nuevo Testamento de la venida de su Hijo.

2.2.3. Marcos

2.2.3.1. Su comienzo

10,6. Por eso Marcos, intérprete y compañero de Pedro, comienza a escribir su Evangelio de esta manera: «Inicio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Como escribieron de Él los profetas: He aquí que envío mi mensajero delante de ti para que prepare tu camino. Una voz clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, haced rectas sus sendas ante nuestro Dios» (Mc 1,1-3). Claramente indica, desde el principio, que su Evangelio recoge la voz de los profetas y pone de manifiesto que aquel a quien ellos proclamaron Dios y Señor es el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Ese Dios prometió que enviaría a su mensajero delante de Él (que era Juan, el cual vendría «para proclamar en el desierto con el espíritu y poder de Elías: Preparad el camino de Señor, enderezad las sendas ante nuestro Dios»). Los profetas no anunciaban a veces a uno y a veces a otro Dios, sino a uno solo y el mismo, aunque con diversas expresiones y varios nombres; porque

²³ Otros manuscritos griegos: «la redención de Israel».

el Padre es rico y abundante, como en el libro anterior expusimos y de nuevo expondremos a la luz de los profetas en el resto del tratado.

2.2.3.2. Su término

Marcos concluye el Evangelio diciendo: «El Señor Jesús, después que les habló, fue elevado a los cielos y está sentado a la derecha de Dios» (Mc 16,19). De este modo confirma lo que anunció el profeta: «Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies» (Sal 110,1). Así que no hay sino un solo y mismo Dios y Padre proclamado por los profetas, transmitido por el Evangelio, al que los Cristianos rendimos culto y amamos de todo corazón. Él es el Creador del cielo y de la tierra y de todo lo que en ellos se encuentra.

2.2.4. Juan

2.2.4.1. Errores gnósticos que combate

11,1. Juan, el discípulo del Señor, predicó la misma fe, pues con su Evangelio quiso erradicar el error sembrado entre muchas personas por Cerinto y mucho antes que él, por los llamados nicolaítas (los cuales son una versión de la falsamente llamada gnosis), a fin de confundirlos y probarles que hay sólo un Dios que creó todo por medio de su Verbo (y no es, como ellos dicen, uno el Creador, otro el Padre del Señor, un tercero el Padre del Hijo, un cuarto el Cristo de las regiones superiores que habría permanecido impassible, el cual, «después de haber descendido en Jesús, Hijo del Demiurgo, de nuevo habría volado hasta su Pléroma» y que «el Principio es el Unigénito», mientras que el Verbo es, a su vez, «hijo del Unigénito»). También dicen que la creación del mundo no fue hecha por el primer Dios, sino por un «Poder que está muy abajo, sujeto y separado de la comunicación de aquellos que son invisibles e innombrables»). Queriendo describir todo lo anterior a los discípulos del Señor, se instituyó en la Iglesia la Regla de la Verdad, acerca de que hay sólo un Dios omnipotente, el cual por medio de su Verbo hizo todas las cosas, visibles e invisibles.

2.2.4.2. El prólogo

Y para enseñar que por medio del mismo Verbo por el cual Dios consumó su creación, también ofreció la salvación a todos los seres humanos que viven en la creación, inició de esta manera la doctrina de su Evangelio: «En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba ante Dios y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él y sin Él nada ha sido hecho de cuanto existe. En Él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres; y la luz brilla en las tinieblas, pero las tinieblas no lo acogieron» (Jn 1,1-5). Afirma que todas las cosas fueron hechas por Él, luego en la palabra «todas las cosas» incluye la entera creación de nuestro mundo. De ningún modo se le puede aceptar que «todas las cosas» signifique «las cosas que están bajo su Pléroma». Pues si su Pléroma contuviese todas las cosas de este mundo, no existiría fuera de Él esta creación tan estu-penda, como ya lo demostré en el libro precedente. Pero si estas cosas existieran fuera del Plé-roma (lo que por otra parte parece imposible) entonces el Pléroma ya no lo sería todo. En conse-cuencia, no es posible excluir una creación tan excelente.

11,2. El mismo Juan nos quita la posibilidad de discutir, cuando dice: «Él estaba en este mundo, y el mundo fue hecho por Él, pero el mundo no lo conoció. Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron» (Jn 1,10-11). Pero según Marción y sus semejantes, ni el mundo fue hecho por Él, ni vino a lo que era suyo sino a lo que le era extraño. Según ciertos gnósticos, este mundo fue hecho por ángeles ²⁴ y no por el Verbo de Dios. Según los valentinianos, no fue hecho por Él, sino por un Demiurgo. «Este laboraba para producir semejanzas que fuesen una imitación de los seres superiores», pues afirman: «El Demiurgo llevaba a cabo la fabricación de las creaturas». Y dicen que «para llegar a ser Señor y Demiurgo de la Economía de la creación fue emitido por la Madre», e hipotizan que «por él fue hecho el mundo». En cambio el Evangelio abiertamente en-seña que todas las cosas fueron hechas por el Verbo que en el principio existía ante Dios y que «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14).

11,3. Según los herejes, ni el Verbo se hizo carne, ni el Cristo ni el Salvador, que procede de todos los Eones. Así pues, no quieren que haya venido a este mundo ni el Verbo ni el Cristo, ni que el Salvador se haya encarnado y padecido, sino que descendió en forma de paloma sobre el Jesús de la Economía, el cual, «habiendo anunciado al Padre desconocido, de nuevo ascendió al

²⁴ Según Marción (I, 23,2-3), Menandro (I, 23,5), Saturnino (I, 24,1).

Pléroma». Algunos de ellos afirman que «se encarnó y sufrió el Jesús de la Economía», el cual, según ellos dicen, «pasó por María como el agua por un tubo»; otros dicen que fue el Hijo del Demiurgo, sobre el cual descendió el Jesús de la Economía; otros, que «Jesús nació de José y de María» y sobre este habría descendido «el Cristo Superior, que existe sin carne y es impasible».

En ninguna doctrina de los herejes «el Verbo se hizo carne» (Jn 1,14). Pero si alguien se pone a investigar los sistemas de todos ellos, encontrará que en todos ellos se introduce un Verbo de Dios y un Cristo Superior sin carne e impasible. Otros piensan que «apareció como un hombre» transfigurado, pero afirman que «ni se encarnó ni nació»; según otros, ni siquiera habría tomado la figura de un hombre, sino que «descendió en forma de una paloma sobre el Jesús nacido de María». El discípulo del Señor, mostrando que todos ellos son falsos testigos, dice: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14).

2.2.4.3. Testimonio del Bautista

11,4. Y para que no nos preguntemos de cuál Dios el Verbo se hizo carne, él mismo nos sigue enseñando con estas palabras: «Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan. Este vino como testigo para dar testimonio de la luz. Él no era la luz, sino testigo de la luz» (Jn 1,6-8). ¿Qué Dios envió a este Juan, testigo de la luz? Ciertamente el mismo cuyo ángel es Gabriel que anunció la Buena Nueva de su generación (Lc 1,26). El mismo que por medio de los profetas prometió enviar a su mensajero delante de su Hijo, para prepararle el camino (esto significa dar testimonio de la luz) con el espíritu y poder de Elías (Mc 1,2; Jn 1,7-8). Elías, a su vez, ¿de qué Dios fue servidor y profeta? De aquel que hizo el cielo y la tierra, como él mismo confiesa.

Luego, si Juan fue enviado por el Creador y Demiurgo de este mundo, ¿cómo habría podido dar testimonio de la luz «que descende de aquellas cosas innominables e invisibles»? Pues todos los herejes han decretado que «el Demiurgo ignora el Poder que está sobre él», ¡del cual Juan habría de dar testimonio!

Por eso el Señor declaró tener a Juan por «más que un profeta». Pues los demás profetas anunciaron la venida de la Luz del Padre y soñaron en ver aquello que predicaban. En cambio Juan lo anunció de antemano como los otros profetas, lo vio cuando vino, lo señaló y convenció

a muchos de que creyesen en Él; de manera que al mismo tiempo fue profeta y apóstol. Por eso fue más que profeta, pues «en primer lugar apóstoles, en segundo profetas» (1 Co 12,28), pero uno y otro ministerio provenían del único y mismo Dios.

2.2.4.4. Caná y multiplicación de los panes

11,5. También era bueno aquel vino que provenía de la creación de Dios, producto de la vida, que bebieron primero. Ninguno de quienes lo bebieron lo despreció, pues aún el Señor lo bebió. Pero fue mejor el vino que el Verbo hizo a partir de simple agua para que lo gozaran los invitados a las bodas (Jn 2,1-12).

Aunque el Señor habría podido proveer a los sedientos un vino, sin partir de ninguna materia creada y asimismo satisfacer de alimento a los que tenían hambre, no quiso hacerlo. Pero, «tomando los panes» de la tierra «y dando gracias» (Jn 6,11; Mt 14,19; Mc 6,41), así como cambió el agua en vino, llenó a los que estaban recostados y dio de beber a los invitados a las nupcias. De este modo se manifestó el Dios que hizo la tierra y le mandó producir frutos, que creó el agua e hizo brotar las fuentes, el mismo que en los últimos tiempos da por su Hijo a la raza humana la bendición del pan y el don de la bebida; el incomprendible por medio del que podemos comprender, y el invisible por medio de aquel a quien podemos ver, pues no existe «fuera de Él», sino en el seno del Padre.

11,6. «A Dios nadie lo ha visto jamás; pero el Hijo unigénito de Dios, que está en su seno, Él nos lo ha descrito» (Jn 1,18). El Hijo que está en su seno, da a conocer al Padre invisible. Por eso lo conocen aquellos a quienes el Hijo se lo revela (Mt 11,27) y a su vez el Padre da el conocimiento de su Hijo, por medio de su mismo Hijo, a quienes lo aman. De este aprendió Natanael dicha revelación, cuando el Señor dio testimonio acerca de él: «Tú eres un verdadero israelita en quien no hay doblez» (Jn 1,47). Este israelita reconoció a su Rey, a quien confesó: «Maestro, Tú eres el Hijo de Dios, el Rey de Israel» (Jn 1,49). Pedro aprendió: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16,16-17), de aquel mismo que había dicho: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco. Pondré mi Espíritu sobre Él, para que anuncie el juicio a las naciones. No disputará ni gritará, no hará oír su voz en las plazas. No romperá la caña a medio quebrar ni apagará la mecha ardiente, hasta que emita el juicio en la contienda, y las naciones esperarán en su nombre»

(Is 42,1-4).

2.2.5. Un Evangelio, reconocido aun por los gnósticos

11,7. Estos son los puntos de partida de los Evangelios: un solo Dios, Demiurgo del universo, a quien los profetas mostraron, que estableció la Economía de la Ley por medio de Moisés, a quien anunciaron como el Padre de nuestro Señor Jesucristo; y no conocen otro Dios ni otro Padre.

Tan grande es la firmeza de los Evangelios sobre estos puntos, que los mismos herejes dan testimonio de ella; pues cada uno de ellos, al salirse (de la Iglesia) trata de usarlos para confirmar por ellos su doctrina. Los ebionitas usan sólo el Evangelio de Mateo, pero el mismo les prueba que ellos presumen de una falsa opinión acerca del Señor. Marción recorta el Evangelio de Lucas; pero aun las partes que le deja lo muestran blasfemo contra el único Dios verdadero. Quienes separan a Jesús del Cristo y afirman que «Cristo se mantuvo impasible», en cambio «Jesús sufrió», prefieren el Evangelio de Marcos; pero si lo leyesen con amor a la verdad, podrían corregirse. Los valentinianos usan por todos lados el Evangelio de Juan para demostrar sus parejas; pero el mismo Evangelio los desenmascara, pues nada interpretan correctamente, como expusimos en el primer libro. Así pues, ya que los mismos enemigos usan de estos Evangelios, rinden testimonio en nuestro favor, de que nuestros argumentos son sólidos y verdaderos.

11,8. Los Evangelios no pueden ser ni menos ni más de cuatro;²⁵ porque son cuatro las regiones del mundo en que habitamos y cuatro los principales vientos de la tierra y la Iglesia ha sido diseminada sobre toda la tierra; y columna y fundamento de la Iglesia (1 Tm 3,15) son el Evangelio y el Espíritu de vida; por ello cuatro son las columnas en las cuales se funda lo incorruptible y dan vida a los hombres. Porque, como el artista de todas las cosas es el Verbo, que se sienta sobre los querubines (Sal 80,2) y contiene en sí todas las cosas (Sb 1,7), nos ha dado a nosotros un Evangelio en cuatro formas, compenetrado de un solo Espíritu. Como dice David, rogándole que venga: «Muéstrate tú, que te sientas sobre los querubines» (Sal 80,2). Los querubines, en efecto, se han manifestado bajo cuatro aspectos que son imágenes de la actividad del Hijo de

²⁵ El siguiente argumento no puede entenderse si se lee con una mente lógico-aristotélica (que la Escritura no conoce y era extraña al tiempo de San Ireneo), sino en el interior de una atmósfera «estética» que contempla la armonía del universo (en otro lugar usará también un argumento semejante comparando las partes diversas de la única Economía con las notas múltiples de una sola melodía: II, 25,2-3).

Dios (Ap 4,7): «El primer ser viviente, dice [el escritor sagrado], se asemeja a un león», para caracterizar su actividad como dominador y rey; «el segundo es semejante a un becerro», para indicar su orientación sacerdotal y sacrificial; «el tercero tiene cara de hombre» para describir su manifestación al venir en su ser humano; «el cuarto es semejante a un águila en vuelo», signo del Espíritu que hace sobrevolar su gracia sobre la Iglesia.

Los Evangelios, pues, concuerdan con estos [símbolos], sobre los cuales Cristo descansa. Uno de ellos, según Juan, narra su real y gloriosa generación del Padre, diciendo: «En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba ante Dios y el Verbo era Dios: todas las cosas fueron hechas por su medio y sin Él nada ha sido hecho» (Jn 1,1-4). Por tal motivo, este Evangelio nos llena de confianza: ésta es su característica. El Evangelio según Lucas, ya que tiene rasgos sacerdotales, comenzó presentando a Zacarías cuando ofrece a Dios el sacrificio. Y es que ya se estaba preparando el becerro cebado que debía matarse por el regreso del hermano menor. Mateo anuncia su origen humano, diciendo: «Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham». Y sigue: «Este fue el origen de Jesucristo» (Mt 1,1.18). Es, pues, el Evangelio de su humanidad, por eso este Evangelio habla de Él de manera humilde y conserva su figura como hombre manso. Marcos, a su vez, toma inicio del Espíritu profético que viene de lo alto sobre los hombres, diciendo: «Principio del Evangelio de Jesucristo, como está escrito en el profeta Isaías» (Mc 1,1-2), dando la imagen de un Evangelio que vuela con sus alas. Por eso comunica sus mensajes en forma fluida y sucinta; este es, en efecto, el estilo propio de los profetas.

El mismo Verbo de Dios en su esplendor y gloria conversaba con los patriarcas anteriores a Moisés; en cambio, durante la Ley, lo hacía por medio del ministerio de los sacerdotes; después, una vez hecho hombre, derramó el don del Espíritu Santo sobre toda la tierra, para que nos protegiese con sus alas. Luego, así como es la Economía del Hijo de Dios, tal es la figura de los animales; y así como es la forma de los animales, tal es lo típico del Evangelio. Cuadriformes son los animales y cuadriformes los Evangelios, así como cuadriforme es la Economía de Dios.

Por eso se dio a la raza humana cuatro Testamentos: el primero en el tiempo de Adán, antes del diluvio; el segundo en el tiempo de Noé, después del diluvio; el tercero fue la legislación en

el tiempo de Moisés; y el cuarto, que renueva al hombre y recapitula²⁶ en sí todas las cosas, por medio del Evangelio, dando al hombre alas para elevarse al reino de los cielos.

2.2.5.1. Los falsos evangelios

11,9. Siendo así las cosas, dan muestras de vanidad, ignorancia y atrevimiento, aquellos que destrozan la forma del Evangelio y que, o aumentan o disminuyen el número de los Evangelios. Algunos lo hacen para presumir de haber encontrado algo más de la verdad, otros para condenar las Economías de Dios.

Marción, por una parte, rechaza el Evangelio; más aún, separándose del Evangelio, se gloria de poseer una parte del Evangelio.

Otros, para frustrar el don del Espíritu que en los últimos tiempos, según la voluntad del Padre, fue derramado sobre el género humano, no admiten el Evangelio en la forma que Juan escribió, en el cual el Señor promete enviar al Paráclito; sino que a la vez rechazan el Espíritu profético junto con el Evangelio. Son en verdad infelices, pues al elegir ser pseudo profetas, rechazan la gracia de la profecía en la Iglesia. Se parecen a aquellos que, para evitar mezclarse con los hipócritas que vienen a la Iglesia, se abstienen también de la comunión con los hermanos. Se da por supuesto que gente de esta calaña tampoco aceptan al apóstol Pablo; pues en la Carta a los Corintios escribió con precisión acerca de los carismas proféticos y reconoció que hay en la Iglesia hombres y mujeres que profetizan (1 Co 12,28ss y 14,1ss). Por este motivo, pecando contra el Espíritu de Dios, caen en un pecado sin perdón (Mt 12,31-32; Mc 3,29; Lc 12,10).

Por su parte, los valentinianos dejan de lado toda vergüenza y presumen a los cuatro vientos, alardeando de que sus escritos contienen más verdades que los mismos Evangelios. Han llegado a una tal insolencia, que titulan «El Evangelio de la Verdad» al que han escrito hace poco tiempo, libro que en nada concuerda con los Evangelios de los Apóstoles, de modo que aun en el Evangelio hallan ocasión de blasfemia. Pues, si la obra que ellos han hecho pública es «El Evangelio de la Verdad», siendo diverso del que los Apóstoles nos han transmitido, cualquiera puede darse cuenta de que (como lo muestran las mismas Escrituras) ya no es el mismo Evangelio de la

26 Esta teología de San Ireneo supone la unidad de las dos naturalezas de Cristo, divina y humana. Lo que recapitula Cristo son varias cosas: los dos mundos (divino y humano), a todos los seres humanos caídos en el pecado (recapitulados en Adán), toda la creación: ver III, 16,5-6; 18,1,7; 21,9-10; 33,1-3; IV, 20,8; 38,1; 40,3; V, 1,2; 6,2; 14,1-2; 18,3; 19,1; 20,2; 21,1-2; 23,2; D 6, 30, 32,-33, 37, 95, 99. Doctrina antigñóstica: supone la realidad de la humanidad de Cristo, así como la bondad de la creación entera que puede ser unida al Padre.

Verdad transmitido por los Apóstoles.

Son auténticos y verdaderos, solamente los Evangelios que hemos demostrado con tantos argumentos y no pueden ser ni más ni menos de los que hemos dicho. Pues, si Dios hizo todas las cosas con orden y concierto, era necesario que también la forma de los Evangelios estuviese compuesta con plena armonía.

2.3. Doctrina de los Hechos de los Apóstoles

Una vez examinada la doctrina de quienes nos transmitieron los Evangelios a partir de sus mismos orígenes, pasemos a los demás Apóstoles e investiguemos su doctrina acerca de Dios. En seguida escucharemos las mismas palabras del Señor.

2.3.1. Pedro

12,1. El Apóstol Pedro, después de la resurrección del Señor y de su ascensión²⁷ a los cielos, queriendo completar el número de 12 Apóstoles y en lugar de Judas añadir a otro elegido por Dios de entre los que ahí se encontraban, habló de esta manera: «Hermanos, era necesario que se cumpliera la Escritura que el Espíritu Santo había predicho por boca de David acerca de Judas, que guio a quienes arrestaron a Jesús y era uno de entre nosotros: Quede su casa desierta y no se encuentre quien habite en ella. ¡Que otro ocupe su episcopado!» (Hch 1,16.19-20; Sal 69,26). De esta manera Pedro completó el número de los Apóstoles y lo hizo a partir de las palabras de David.

2.3.1.1. La venida del Espíritu Santo. Kerygma

Una vez que el Espíritu Santo hubo descendido sobre los discípulos a fin de que todos, profetizando, hablaran en lenguas, como muchos se burlaran de ellos diciendo que se hallaban ebrios, Pedro dijo: «Sucederá en los últimos días, dice el Señor, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán» (Hch 2,15-17; Jl 3,1-2). Así pues, Dios, que por el profeta había anunciado que enviaría su Espíritu sobre la raza humana, Él mismo lo envió y asimismo fue Él de quien

²⁷ En algunos pasajes del Nuevo Testamento se usa el verbo *analambáno* (de donde la palabra *análepsis*, ascunción), para indicar que el cuerpo del Señor resucitado *fue asumido* a los cielos. Ver, por ejemplo, Mc 16, 19; Hch 1,2; y en Lc 24,50, el equivalente *anephéreto*.

Pedro proclamó que había cumplido su promesa:

12,2. «Varones israelitas, escuchad mis palabras: a Jesús de Nazaret, hombre probado por Dios en vuestra comunidad, por los poderes, signos y prodigios que Dios realizó por medio de Él en medio de vosotros (como todos sabéis), lo habéis matado por las manos de los malvados, según el designio predeterminado y la pre ciencia de Dios. A este, Dios lo resucitó, liberándolo de los dolores de los lugares inferiores, porque no era posible que estos lo retuvieran. David, en efecto, afirma sobre Él: Yo siempre tengo al Señor en mi presencia, porque Él está a mi derecha para que no me quebrante. Por eso se alegró mi corazón y se regocijó mi lengua. Mi carne descansará en la esperanza. Porque no dejarás mi vida en el abismo, ni permitirás que tu Santo vea la corrupción» (Hch 2, 22-27; Sal 16, 8-10).

En seguida, Pedro les habló con valentía acerca del patriarca David, cómo murió, fue sepultado y su sepulcro se encuentra entre nosotros hasta hoy. Dijo: «Como él era profeta, sabía que con juramento Dios le había jurado que un fruto de su seno se sentaría en su trono. Y, viendo de antemano, habló acerca de la resurrección de Cristo; que no dejarás mi vida en el abismo, ni permitirás que tu Santo vea la corrupción. Pues a este Jesús —continúa diciendo—, Dios lo exaltó y de eso todos nosotros somos testigos. Y, levantado a la diestra de Dios, habiendo recibido del Padre el Espíritu Santo prometido, derramó este don que vosotros ahora veis y oís. Pues David no subió a los cielos y sin embargo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies. Tenga pues, por cierto, la casa de Israel, que Dios constituyó Señor y Cristo a ese Jesús a quien habéis crucificado» (Hch 2,29-36). Y, habiendo la multitud preguntado a Pedro: «¿Qué debemos hacer?», él les respondió: «Arrepentíos y que cada uno de vosotros se bautice en el nombre de Jesús para el perdón de los pecados. Y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hch 2,37).

Así pues, los Apóstoles no anunciaban ni otro Dios ni otra Plenitud, ni a un «Cristo que sufrió y resucitó» y a otro «Cristo que voló a las alturas y permaneció impassible», sino a uno y el mismo Dios Padre y a Jesucristo que murió y resucitó. Y proclamaban la fe en Él a aquellos que no creían en el Hijo de Dios; y con las palabras de los profetas les anunciaban que, habiéndoles Dios prometido enviarles a su Ungido, envió a Jesús, a quien ellos crucificaron y Dios resucitó.

2.3.1.2. El tullido de la Puerta Hermosa

12,3. Pedro, junto con Juan, vio a un tullido de nacimiento «sentado y pidiendo limosna junto a la puerta del templo llamada Hermosa». Le dijo: «No tengo oro ni plata. Lo que tengo te doy: En nombre de Jesucristo el Nazareno, levántate y anda. Él al punto, curado de las piernas y los pies, comenzó a caminar y entró con ellos en el templo, andando, saludando y glorificando a Dios» (Hch 3,2.6-8). Una muchedumbre se había juntado en torno a ellos, admirada de este suceso. Pedro les dijo: «Varones israelitas, ¿por qué os admiráis de este hecho y nos miráis como si por nuestro poder hubiésemos hecho caminar a este hombre? El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros Padres glorificó a su Hijo, a quien vosotros entregasteis a juicio y negasteis en presencia de Pilato, a pesar de que él quería soltarlo. Vosotros rechazasteis al Santo y Justo y en su lugar pedisteis que se os entregara a un homicida. Habéis matado al Señor de la vida, a quien Dios exaltó de entre los muertos. De esto nosotros somos testigos. A causa de la fe en su nombre, este hombre a quien veis y conocéis ha sido sanado en su nombre y la fe que por Él nos viene le ha devuelto la salud total ante todos vosotros. Ahora, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia. Dios había prometido por boca de todos los profetas que Cristo había de padecer y lo ha cumplido. Por consiguiente, haced penitencia y convertíos, a fin de que vuestros pecados sean perdonados, vengan para vosotros tiempos de consolación y os envíe de nuevo a Jesucristo, a quien los cielos deben retener hasta el día en que todas las cosas vuelvan a ese orden del que Dios habló por sus santos profetas. Pues Moisés dijo a vuestros padres: El Señor Dios suscitará de entre vuestros hermanos a un profeta como yo. Lo oiréis en todo aquello que Él os dirá (Dt 18,15.18-19). Y también: Cualquier persona que no escuche a este Profeta será exterminado de su pueblo (Lv 23,29). Asimismo todos aquellos que han hablado después de Samuel, han anunciado estos días. Vosotros sois hijos de los profetas y de la Alianza que Dios estableció con vuestros padres, cuando dijo a Abraham: En tu descendencia bendeciré a todas las tribus de la tierra (Gn 22,18). Dios, habiendo resucitado a su Hijo, lo ha enviado en primer lugar a vosotros para bendeciros, a fin de que cada uno se aparte de sus delitos» (Hch 3,12-26).

Es evidente, pues, que cuando Pedro, junto con Juan, pregonó la Buena Noticia, Dios cumplió por medio de Jesús la promesa que había hecho a los padres, no anunció a «otro Dios», sino al Hijo de Dios que se hizo hombre y sufrió para conducir a Israel al conocimiento. Y, anuncian-

do en Jesús la resurrección de los muertos, dio a entender que Dios cumplió todo cuanto los profetas habían anunciado acerca de la pasión de Cristo.²⁸

2.3.1.3. Pedro ante el Sanedrín

12,4. Por eso, habiéndose reunido los príncipes de los sacerdotes, Pedro les dijo con toda valentía: «Príncipes del pueblo y jefes de los israelitas, si hoy nos interrogáis acerca del hombre en el cual este enfermo ha sido curado, os quede claro, así como a todo el pueblo de Israel, que ha sido en nombre de Jesús de Nazaret, a quien habéis crucificado y a quien Dios ha resucitado de entre los muertos. Por Él este hombre está de pie, sano, en vuestra presencia. Él es la piedra que, despreciada por los constructores, es decir vosotros, llegó a ser la piedra angular (Sal 118,22; Mt 21,42). Y no hay otro nombre bajo el cielo que se haya dado a los hombres, en el cual debamos salvarnos» (Hch 4,8-12).

Los Apóstoles, pues, no cambiaban a Dios, sino que anunciaban al pueblo que Cristo era Jesús, el crucificado, a quien Dios resucitó. El mismo Dios que envió a los profetas es el que lo resucitó, y en Él dio la salvación a los seres humanos.

2.3.1.4. Oración de la Iglesia

12,5. (Los sumos sacerdotes) quedaron, pues, confusos, tanto por la curación (pues el tullido favorecido con el milagro de la curación, como dice la Escritura, llevaba más de cuarenta años enfermo), como por la doctrina de los Apóstoles y la exposición de los profetas; soltaron a Pedro y a Juan. Estos volvieron a sus compañeros Apóstoles y discípulos del Señor (o sea a la Iglesia) y les contaron todo lo sucedido y cómo ellos habían actuado valientemente en nombre de Jesús. Y toda la Iglesia los escuchó: «Unánimes levantaron la voz a Dios y dijeron: Señor, Tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y cuanto habita en ellos (Sal 146,6); Tú dijiste por medio de tu Santo Espíritu, por boca de David nuestro padre y siervo tuyo: ¿Por qué temblaron las naciones y los pueblos han urdido conjuras vanas? Los reyes de la tierra se aliaron y los príncipes

²⁸ Nueva admirable síntesis de la fe: la única Economía muestra a un solo Padre: el que hizo a Abraham la promesa y la cumplió en Jesús. El mismo inspiró a los profetas que anunciaran la venida de su Hijo, cuyo signo de haberse Hecho de verdad un hombre es su pasión y resurrección. El cumplimiento de las promesas se manifiesta en la garantía de nuestra propia resurrección de entre los muertos: este es el verdadero conocimiento (gnosis) que salva al Israel heredero de las promesas.

conspiraron contra el Señor y su Ungido» (Sal 2,1-2). Porque, en efecto, en esta ciudad se unieron contra tu santo Hijo Jesús, a quien Tú ungaste, Herodes y Poncio Pilato con las naciones y el pueblo de Israel, para hacer todo aquello que tu poder y tu voluntad habían determinado de antemano» (Hch 4,24-28).

Estas fueron las palabras de aquella Iglesia de la que todas las demás nacieron. Estas las palabras de los habitantes de la gran ciudad del Nuevo Testamento. Estas las palabras de los Apóstoles, de los discípulos del Señor, de aquellos que después de la ascensión del Señor, por medio del Espíritu se volvieron perfectos e invocaron al Dios que hizo el cielo, la tierra y el mar, que fue anunciado por los profetas y a su Hijo Jesús a quien Dios ungió. Y no conocieron a ningún otro.

2.3.1.5. La predicación de los Apóstoles

En aquel tiempo no estaban ahí presentes ni Valentín, ni Marción, ni los demás que se perverten a sí mismos y a cuantos están de acuerdo con ellos.²⁹ Por eso el Dios Creador de todas las cosas los escuchó:³⁰ «Tembló el lugar en donde estaban reunidos y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y proclamaban con valentía la Palabra de Dios» (Hch 2,31) a cuantos querían creer. Pues «los Apóstoles con gran fuerza daban testimonio de que el Señor Jesús había resucitado», diciéndoles: «El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús a quien vosotros aprehendisteis y matasteis colgándolo del madero. Dios lo exaltó como Príncipe y Salvador en su gloria, para llevar a Israel al arrepentimiento y al perdón de los pecados. En Él nosotros somos testigos de estas palabras, junto con el Espíritu Santo que el Señor dio a cuantos creen en Él» (Hch 5,30-32). «Y todos los días continuaban en el templo enseñando y llevando la Buena Noticia de Jesucristo» (Hch 5,42) Hijo de Dios. Este es el conocimiento (gnosis) de la salvación que hace perfectos ante Dios a quienes conocen la venida de su Hijo.

12,6. Sin sentir vergüenza, algunos de ellos dicen: «Los Apóstoles no podían anunciar delante de los judíos a otro Dios distinto de aquel en el que ellos creían». Les respondemos que, si los Apóstoles hablaban a los hombres de acuerdo con la vieja doctrina, entonces ninguno de ellos

²⁹ Es decir, los Apóstoles recibieron de Cristo la autoridad para enseñar el Evangelio y ellos, a su vez, la transmitieron a sus sucesores. Los jefes de secta «ni estaban ahí presentes» (no fueron Apóstoles, ni recibieron del Señor el mandato), ni están en comunión con los sucesores de los Apóstoles. Luego no hay manera de que de algún modo hayan conseguido la autoridad.

³⁰ Es decir, a los discípulos. Recuérdese que los Hechos acaban de presentarlos en oración, a la espera del Espíritu (Hch 1,14).

conoció la verdad, porque tampoco la habría recibido del Señor anteriormente (pues [los gnósticos] afirman que Él también predicó de esta manera). Pero entonces tampoco ellos conocen la verdad, sino que recibieron la doctrina según podían, de acuerdo a «la opinión acerca de Dios tal como antes la tenían».

Si hiciésemos caso a sus palabras, nadie tendría una Regla de la Verdad; sino que cada uno de los discípulos la pondría en diversas cosas, pues cada cual predicaría según siente y alcanza a entender las prédicas que ha recibido. También parecería inútil el advenimiento del Señor, si hubiera venido para confirmar y conservar la opinión que cada uno de antemano tuviese en la cabeza. Y mucho más duro sería predicar que aquel hombre a quien los judíos habían visto y crucificado es el Cristo Hijo de Dios y su Rey eterno. Ciertamente no les hablaban a los judíos según la opinión que ellos se habían formado de antemano. Los Apóstoles que les echaban en cara ser asesinos del Señor ¡con cuánta más valentía les habrían anunciado «al Padre que está sobre el Demiurgo», en lugar de aquel en que cada uno pensaba! Y el pecado de los judíos habría sido mucho menor si se hubiese tratado de un Salvador de lo alto a quien ellos un día debían ascender, puesto que este sería impasible y ellos no habrían podido crucificarlo.

Igualmente hicieron los Apóstoles al dirigirse a los paganos. No les predicaron de acuerdo con sus opiniones, sino que con valentía les decían que sus dioses no eran dioses, sino ídolos de los demonios. Y de modo semejante, si ellos hubieran conocido a «otro Padre mayor y más perfecto», lo habrían predicado a los judíos, en lugar de nutrir y fomentar la falsa opinión que ellos tenían de Dios. Finalmente, al destruir el error de los gentiles a fin de apartarlos de sus dioses, no les metían en la cabeza otro engaño; sino que, quitándoles aquellos ídolos que no eran dioses, les enseñaron quién es el único Dios y Padre verdadero.

2.3.1.6. La conversión de Cornelio

12,7. De las palabras que Pedro pronunció en Cesarea al Centurión Cornelio y a los gentiles que con él estaban (era la primera vez que se les dirigía la Palabra de Dios), podemos conocer las doctrinas que los Apóstoles enseñaban, su predicación y su modo de pensar acerca de Dios. Pues el tal Cornelio era «un hombre religioso que temía a Dios junto con toda su casa, distribuía muchas limosnas entre el pueblo y siempre oraba a Dios. Vio, pues, alrededor de la hora nona a un

ángel del Señor que entraba y le decía: Tus limosnas han subido a la presencia de Dios y las ha tomado en cuenta. Envía, pues, a buscar a Simón llamado Pedro» (Hch 10,2-5). Por su parte, Pedro tuvo una revelación en la cual una voz del cielo respondió: «No llames profano aquello que Dios ha purificado» (Hch 10,15). Esto lo dijo porque, como la Ley de Dios distinguía entre lo puro y lo impuro, había purificado a los paganos por la sangre de su Hijo, a quien Cornelio veneraba.

Pedro, al llegar a él, dijo: «En verdad descubro que Dios no tiene acepción de personas, sino que, en todas las naciones, quien lo teme y obra la justicia le es aceptable» (Hch 10,34-35). Con estas palabras claramente dio a entender que ese Dios a quien Cornelio temía, del que había oído hablar a la Ley y los profetas y por el cual hacía limosnas, ese es el Dios verdadero. Sin embargo, le faltaba a Cornelio el conocimiento [del Hijo]. Por eso añadió: «Vosotros sabéis de qué se habla en toda la Judea, comenzando en Galilea después del bautismo que predicó Juan, acerca de Jesús de Nazaret, cómo Dios lo ungió con el Espíritu Santo y el poder. Pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él. Nosotros somos testigos de lo que hizo en la región de Judea y en Jerusalén, donde lo mataron colgándolo del madero. A este Dios lo resucitó al tercer día y le concedió manifestarse, no a todo el pueblo, sino a nosotros, los testigos de antemano elegidos por Dios, que con Él comimos y bebimos después de que resucitó de entre los muertos. Él nos mandó anunciar a su pueblo y dar testimonio de que Él ha sido designado por Dios como juez de vivos y de muertos. Todos los profetas dan testimonio de Él, a fin de que cuantos creen en Él reciban en su nombre el perdón de los pecados» (Hch 10,37-43).

Luego los Apóstoles anunciaban a los gentiles al Hijo de Dios a quien ellos ignoraban y su venida a quienes ya antes habían sido educados acerca de Dios. Pero no introducían a otro Dios. Pues si Pedro hubiese conocido a otro, libremente habría predicado a los gentiles: «Uno es el Dios de los judíos y otro el de los cristianos»; y ellos, espantados por la visión del ángel, habrían creído todo cuanto se les dijese.

Pero por las palabras de Pedro es evidente que conservó el mismo Dios que ellos habían conocido de antemano; pero dio testimonio ante ellos de Jesucristo Hijo de Dios, juez de vivos y muertos, en cuyo nombre mandó bautizarlos para el perdón de los pecados (Hch 10,42-43.48). Y no sólo esto, sino que además dio testimonio de que Jesús mismo es Hijo de Dios, ungido por el

Espíritu Santo y por eso se le llama Cristo. Es el mismo que nació de María, como lo supone el testimonio de Pedro.

2.3.1.7. Muchas doctrinas gnósticas, una sola Iglesia

¿Acaso Pedro aún no tenía ese conocimiento perfecto que ellos tiempo después encontraron? Según ellos Pedro habría sido imperfecto y como él, habrían sido imperfectos los demás Apóstoles. Será, pues, necesario, que los Apóstoles resuciten y se hagan sus discípulos, para que también sean perfectos. Pero todo esto no es sino ridiculez. Esta gente no se muestra discípula de los Apóstoles, sino de sus propias ideas corrompidas. Por ese motivo cada uno de ellos sostiene una doctrina diferente, pues ha recibido el error según su capacidad de entender.

En cambio la Iglesia, que en todo el mundo ha tenido de los Apóstoles su origen, persevera en una sola y misma doctrina acerca de Dios y de su Hijo.

2.3.2. Felipe

12,8. ¿De quién habló Felipe al eunuco de la reina de Etiopía que regresaba de Jerusalén y leía solo el libro del profeta Isaías? ¿Acaso no de aquel de quien el profeta dijo: «Como una oveja fue conducido al matadero, como un cordero que no abre su boca ante el que lo trasquila. ¿Quién narrará su nacimiento? Porque su vida será arrancada de la tierra» (Hch 8,32-33; Is 53,7-8)? Jesús es aquel en quien se cumplió esta Escritura, como lo confesó de inmediato el eunuco, en cuyo nombre pidió luego el bautismo: «Creo que Jesús es el Hijo de Dios» (Hch 8,37). En seguida fue enviado a las regiones de Etiopía para predicar aquella fe en la que había creído: el único Dios a quien los profetas anunciaron, que su Hijo al venir se hizo hombre y fue llevado como oveja al matadero y el resto del mensaje de los profetas acerca de Él.

2.3.3. Pablo

12,9. Igualmente Pablo, una vez que el Señor le habló desde el cielo, el cual le reveló que él perseguía a su Señor al perseguir a sus discípulos y le envió a Ananías para que de nuevo viera y fuera bautizado, «con toda valentía predicaba en las sinagogas de Damasco que Jesús es el Cristo Hijo de Dios» (Hch 9,20). Este es el misterio que él mismo confiesa le fue dado a conocer por

revelación; que aquel que sufrió bajo Poncio Pilato es el Señor y Rey universal, Dios y Juez, el cual recibió del Dios de todas las cosas el poder, porque «se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Flp 2,8).

2.3.3.1. En el Areópago

Y, como esta es la verdad, Pablo, anunciando a los atenienses en el Areópago, donde por la ausencia de Judíos le era posible predicar a Dios con entera libertad, les dijo: «El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él y es el Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos fabricados ni puede ser tocado por manos humanas, ni tiene necesidad de cosa alguna; fue quien dio a todos la vida, el espíritu y todas las cosas; comenzando de la sangre de uno solo hizo que el género humano habitase sobre la faz de toda la tierra. Él mismo determinó de antemano los tiempos de los pueblos en las fronteras de sus dominios, a fin de que los seres humanos buscaran lo divino tratando de tocarlo o de algún modo encontrarlo, aunque no está lejos de cada uno de nosotros. En efecto, en Él vivimos, nos movemos y somos. Y, como algunos de vosotros, nosotros también somos de su raza. Y, pues somos raza de Dios, no hemos de pensar que lo divino es semejante al oro, la plata o la piedra, elaborados por el arte o la codicia humanos. Dios, no teniendo en cuenta los tiempos de la ignorancia, ahora ha mandado a todos los seres humanos en todas partes arrepentirse y volver a Él; pues ha fijado un día en que el orbe de la tierra será juzgado en la justicia, por el hombre Jesús, en quien ha puesto el fundamento de la fe al resucitarlo de entre los muertos» (Hch 17,24-31).

En este pasaje Pablo no sólo anuncia, en ausencia de los judíos, al Dios Creador del mundo, sino también, que «comenzando de la sangre de uno solo hizo que el género humano habitase sobre la faz de toda la tierra». Así había hablado Moisés: «Cuando el Altísimo dividió las naciones, cuando dispersó a los hijos de Adán, estableció las fronteras de los pueblos según el número de los ángeles de Dios» (Dt 32,8). Pero el pueblo que creyó en Dios ya no está bajo el poder de los ángeles, sino del Señor: «Porque la porción del Señor es su pueblo Jacob, la medida de su herencia es Israel» (Dt 32,9).

2.3.3.2. Pablo y Bernabé

Pablo se encontraba con Bernabé en Listra de Licaonia y acababa de hacer caminar a un paralítico de nacimiento en nombre del Señor Jesucristo, cuando la multitud quiso adorarlos como a dioses, por el milagro realizado. Pablo les dijo: «Nosotros somos hombres igual que vosotros y os anunciamos a Dios, a fin de que, dejando los falsos ídolos, os volváis al Dios vivo que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto en ellos habita. El permitió a todos los pueblos, en tiempos más tardíos, caminar cada uno por su camino, aunque no los abandonó sin darles un testimonio de sí mismo; pues desde el cielo os da la lluvia, las estaciones de frutos, llenando vuestros corazones de alimento y de alegría» (Hch 14,15-17).

Más adelante, en el momento adecuado, expondremos cómo todas las cartas del Apóstol concuerdan con esta enseñanza. Por ahora, mientras nos esforzamos por expresar de modo breve y compendioso lo que la Escritura revela de manera tan abundante, tú también escúchalo atentamente con grandeza de corazón. No imagines que se trata de alargar el discurso, sino que es imposible probar lo que la Escritura enseña si no es con los textos de la misma Escritura.

2.3.4. Esteban, Protomártir

12,10. Esteban, el primer diácono elegido por los Apóstoles, fue también el primero de los seres humanos que siguió las huellas del martirio del Señor. Fue el primer asesinado por la confesión de Cristo. Hablaba al pueblo con valentía y le enseñaba diciendo: «El Dios de la gloria se dejó ver a nuestro padre Abraham y le dijo: Sal de la tierra y de tu parentela y ve a la tierra que yo te mostraré (Gn 12,1). Y lo condujo a esta tierra que vosotros habitáis aquí y ahora, pero a él no le concedió en herencia ni siquiera la medida de un pie, sino que prometió darla como propiedad a su descendencia después de él. De esta manera le habló Dios: Su descendencia será peregrina en tierra extraña, serán sometidos a servidumbre y maltratados durante cuatrocientos años. Y añadió: Yo juzgaré a la nación a la que estarán sometidos, dice el Señor y después de que salgan me servirán en este lugar. Y le dio el testamento de la circuncisión, después de lo cual engendró a Isaac» (Hch 7,2-8). Estas y el resto de sus palabras, proclaman al mismo Dios que acompañó a José y a los patriarcas y con el que Moisés habló.

12,11. Tienen toda la doctrina de los Apóstoles, que anunció a un único y mismo Dios que

hizo emigrar a Abraham, que le prometió una heredad, que a su debido tiempo estableció la alianza de la circuncisión, que de Egipto llamó a sus descendientes cuyo signo fue la circuncisión (a fin de tener una señal que los distinguiera de los Egipcios). A este mismo Dios Creador de todas las cosas, a este Padre de nuestro Señor Jesucristo, a este Dios de la gloria, quienes quieran lo pueden conocer por los hechos de los Apóstoles y mirar que uno solo es este Dios, sobre el cual no hay otro.

2.3.4.1. Contra los gnósticos, del testimonio de Esteban

Si hubiese otro Dios Superior, tendríamos que decir, por abundantes comparaciones, «este es mejor que aquél». Pues aparece mejor por sus obras, como antes expusimos. Y como esas personas no tienen ninguna obra de su Padre que mostrar, queda probado que este es el único Dios.

Tal vez alguno, afectado por la manía de discutir, opine que las expresiones de los Apóstoles deben tomarse en sentido metafórico. Que se ponga a estudiar nuestras exposiciones, en las cuales probamos que uno solo es el Dios Creador y Hacedor de todas las cosas y con las cuales refutamos y denunciemos sus dichos. Descubrirá que ellas están de acuerdo con la doctrina de los Apóstoles cuando enseñaban y creían que este es el único Dios Demiurgo de todas las cosas. Y, habiendo renunciado de su modo de pensar, a errores tan enormes y a la blasfemia contra Dios, volverá otra vez a la razón y reconocerá que tanto la Ley de Moisés como la gracia del Nuevo Testamento, son adecuadas para todos los tiempos para el bien de la raza humana y que ambas son un regalo del mismo Dios.

12,12. Todos los que defienden falsas teorías y movidos por la Ley de Moisés, piensan que esta es diferente y aun contraria a la doctrina del Evangelio, no han puesto empeño en buscar los motivos de las diferencias entre los dos Testamentos. Alejados del amor del Padre e inflados por Satanás, quienes se convirtieron a la doctrina de Simón el Mago, con su ideología se han apartado del Dios verdadero y creyeron haber descubierto algo más que los Apóstoles al encontrar a otro Dios.

Y cuando dicen: «Los Apóstoles anunciaron el Evangelio sintiendo de acuerdo con la mente los judíos», se juzgan a sí mismos más honestos y sabios que los Apóstoles. Por este motivo Marción y sus seguidores se pusieron a recortar las Escrituras. En absoluto desconocen muchos

de los libros. Mutilan el Evangelio según Lucas y las cartas de Pablo y proclaman como legítimos sólo aquellos que ellos mismos han truncado. Por nuestra parte, con el favor de Dios los refutaremos en otra obra, usando incluso esas mismas partes que ellos han conservado.

Todos los demás, hinchados con el falso nombre de gnosis, confiesan creer en las Escrituras, pero las interpretan de modo trastornado, como hemos probado en el primer libro.

Los marcionitas, para comenzar, blasfeman contra el Demiurgo, diciendo que es el autor del mal. Pero aun este principio suyo sería más tolerable, pues concluyen que por naturaleza hay dos dioses alejados uno del otro, uno bueno y otro malo.

Los valentinianos usan vocablos más honorables y presentan al Demiurgo como Padre, Señor y Dios; sin embargo, han optado por una ideología aún más blasfema; pues dicen que el Creador «no ha sido emitido por ninguno de los Eones que se encuentran en la Plenitud», sino que lo hacen provenir «de la penuria expulsada del Pléroma».

Todas estas falacias les vienen de la ignorancia acerca de las Escrituras y la Economía de Dios. Por nuestra parte, más adelante trataremos sobre el motivo de la diferencia entre los dos Testamentos y acerca de la unidad y acuerdo entre ambos.

2.3.4.2. Oración y martirio de Esteban

12,13. Los Apóstoles y sus discípulos enseñaban del mismo modo como la Iglesia predica. Al enseñar de esta manera fueron perfectos (por eso fueron elevados a la perfección). Como Esteban enseñaba estas cosas cuando aún estaba sobre la tierra, «vio la gloria de Dios y a Jesús a su diestra, y exclamó: Veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios» (Hch 7,55-56). Habiendo dicho esto fue lapidado. De esta manera cumplió «la doctrina perfecta», imitando en todo al Maestro hasta el martirio, ya que oró por los mismos que lo mataban: «Señor, no les imputes este pecado» (Hch 7,60). De este modo eran perfectos quienes conocían al único y mismo Dios desde el principio hasta el final, el cual ayudó al género humano con diversas Economías. Así enseñó el profeta Oseas: «Multiplicaré las visiones y por los profetas hablaré en parábolas» (Os 12,11).

Por consiguiente, quienes han entregado sus vidas hasta la muerte por el Evangelio de Cristo, ¿cómo habrían podido hablar según las ideas que ya tenían los hombres? Si lo hubiesen hecho,

no habrían sido asesinados. Pero, como predicaban cosas contrarias a aquellos que no toleraban la verdad, por eso sufrieron. Es, pues, evidente, que no traicionaron la verdad, sino que con toda valentía predicaban a judíos y griegos. A los judíos, que Jesús, a quien ellos habían crucificado, es el Hijo de Dios, juez de vivos y muertos, que recibió del Padre el reino eterno de Israel, como antes demostramos. A los griegos, que es uno solo el Dios que hizo todas las cosas y les anunciaron a Jesús como a su Hijo.

2.3.5. El Concilio de Jerusalén

12,14. Todo lo anterior resulta más claro de la carta que los Apóstoles enviaron no a los judíos ni a los griegos, sino a los creyentes en Cristo que provenían del paganismo, para confirmarlos en su fe. Algunos personajes habían bajado de Judea a Antioquía (en donde los discípulos del Señor por primera vez fueron llamados cristianos, por la fe que tenían en Cristo) y querían convencer a los que creían en el Señor, de que debían circuncidarse y observar la Ley en todas sus acciones. Pablo y Bernabé se dirigieron a los demás Apóstoles en Jerusalén, para discutir esta cuestión. Habiéndose reunido toda la Iglesia, Pedro les dijo: «Hermanos, bien sabéis que desde tiempo atrás Dios me eligió de entre vosotros, para que de mi boca los gentiles escuchasen la palabra del Evangelio y creyesen. Dios, que escudriña los corazones, dio testimonio ante ellos, dándoles el Espíritu Santo igual que a nosotros y no hizo diferencia alguna entre ellos y nosotros, sino que por la fe purificó sus corazones. Ahora pues, ¿por qué tentáis a Dios, queriendo imponer sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido soportar? Sino que creemos poder salvarnos por la gracia de Jesucristo, al igual que ellos» (Hch 15,7-11).

Después de Pedro, Santiago añadió: «Hermanos, Simón ha contado cómo Dios decidió reunir de entre los gentiles un pueblo para su nombre. Esto está de acuerdo con las palabras de los profetas, que así escribieron: «Después de esto regresaré y reconstruiré la tienda de David que ha caído. Repararé sus ruinas y la levantaré de nuevo, a fin de que todos los demás seres humanos busquen al Señor, así como todos los pueblos en los cuales se ha invocado mi nombre sobre ellos. Lo dice Dios, que realiza estas cosas. Desde siempre conocemos la obra de Dios. Por eso, de mi parte juzgo que no se debe molestar a los gentiles que se convierten al Señor, sino que se

les debe mandar que renuncien a la vanidad de los ídolos, a la fornicación, a la sangre y que no hagan a otros lo que no quieren que se les haga a ellos» (Hch 15,13-20).

Después de estas intervenciones, todos estuvieron de acuerdo y escribieron lo siguiente: «Los Apóstoles y los Presbíteros a los hermanos de Antioquía, Siria y Cilicia que vienen de la gentilidad, salud. Hemos oído que, sin ningún mandato de nuestra parte, algunos salidos de entre nosotros os han perturbado con sus palabras y herido vuestras almas, ordenándoos: Circuncidaos y cumplid la Ley. Por ello, habiéndonos reunido, nos ha parecido conveniente enviaros varones elegidos junto con nuestros muy queridos Bernabé y Pablo, hombres que entregaron sus vidas por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Os enviamos, pues, a Judas y Silas, los cuales con sus palabras os comunicarán nuestra decisión: Pues nos ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros, no imponeros ninguna otra carga fuera de las cosas necesarias, que os abstengáis de las comidas ofrecidas a los ídolos, de la sangre y de la fornicación. Asimismo, que no hagáis a otros lo que no queréis que los otros os hagan. Observando bien estas cosas obraréis bien, caminando en el Espíritu Santo» (Hch 15,23-29).

Por todo esto es claro que no enseñaban que hay «otro Padre», sino que ofrecían el Nuevo Testamento de la libertad a quienes de manera reciente habían creído en Dios por obra del Espíritu Santo. Estos por su parte, al preguntar si aún era necesario circuncidar a los discípulos, claramente mostraban que no tenían en mente a «otro Dios».

2.3.5.1. Los Apóstoles respetaron la Ley

12,15. Si no hubiese sido así, no habrían tenido tal respeto por el primer Testamento, hasta el punto de no querer participar de la mesa con los paganos. Pues Pedro, aunque había sido enviado a evangelizarlos y la visión lo había impresionado, aún les habló con gran temor, diciendo: «Vos sabéis que no es permitido a un judío relacionarse con un extranjero o entrar en su casa. Pero Dios me ha revelado que ningún hombre es manchado o impuro. Por eso he venido sin reparo» (Hch 10,28-29). Con estas palabras les dio a entender que no habría ido a ellos si no se le hubiese mandado. Ni les hubiera dado el bautismo tan fácilmente, si no los hubiese oído profetizar por el Espíritu Santo que se había posado sobre ellos. Por eso añadió: «¿Acaso se puede prohibir ser bautizados con agua a quienes han recibido el Espíritu Santo como nosotros?» (Hch 10,47). Con

ello quiso dar a entender a los que estaban con él que, si el Espíritu Santo no hubiese bajado sobre ellos, habría habido quien les negase el bautismo.

En cuanto a los Apóstoles que rodeaban a Santiago, permitían a los gentiles actuar libremente, confiándolos al Espíritu de Dios. Sin embargo, ellos mismos, conociendo a Dios, perseveraban en las antiguas observancias; a tal punto que Pedro, temiendo que lo condenaran, aunque antes comía con los gentiles por la visión y por el Espíritu que reposaba en ellos, no obstante, habiendo llegado algunos del partido de Santiago, se apartó y ya no comía con ellos. Pablo dijo que también Bernabé había hecho lo mismo.

De este modo los Apóstoles, a quienes el Señor hizo testigos de todas sus obras y de su doctrina (pues siempre encontramos a su lado a Pedro, Santiago y Juan)³¹ se comportaban con reverencia respecto a las ordenanzas de la Ley de Moisés. Así mostraban que Dios es uno y el mismo. Esto no lo habrían hecho, como antes hemos dicho, si hubiesen aprendido del Señor que, aparte de aquel Dios que decidió la Economía de la Ley, hay «otro Padre».

2.3.6. Valor de los Hechos de los Apóstoles

2.3.6.1 Pablo no está por encima de los Apóstoles

13,1. El mismo Apóstol refuta a quienes afirman que sólo Pablo conoció la verdad,³² al cual «se le manifestó el misterio por una revelación», cuando dice que el único y mismo Dios «llevó a cabo en Pedro el apostolado de la circuncisión y en mí el de los gentiles» (Ga 2,8). Luego Pedro era enviado del mismo Dios que Pablo; y aquel Dios al que Pedro anunciaba a los circuncisos, Pablo lo predicaba a los gentiles. Tampoco vino el Señor a salvar sólo a Pablo; ni Dios es tan pobre que únicamente haya tenido un Apóstol a quien dar a conocer la Economía de su Hijo. Pablo, en efecto, escribe: «¡Qué hermosos son los pies de quienes evangelizan el bien, de quienes evangelizan la paz!» (Rm 10,15; Is 52,7), poniendo en claro que no era uno solo, sino muchos quienes evangelizaban. Además, en la Carta a los Corintios, habiendo hablado de todos aquellos

31 San Ireneo hace notar este Hecho que luego ha llegado a ser lugar común: estos tres discípulos han acompañado más de cerca al Señor. Véase la resurrección de la hija de Jairo (Mc 5,37), la transfiguración de Jesús (Mc 9,2), su agonía en Getsemaní (Mc 14,33).

32 Los marcionitas, nos ha dicho anteriormente (III, 12,12), sólo aceptan a Pablo y a su discípulo Lucas como escritores sagrados. Y aun a éstos los censuran, recortándoles aquello que, dicen ellos, les habría añadido subrepticamente el Dios del Antiguo Testamento. El motivo es la polémica de Pablo contra los fariseos y su interpretación de la Ley mosaica, que, según ellos, probaría que Pablo predicó a un Dios distinto del que dio la Ley.

que vieron al Señor tras la resurrección, añade: «Tanto ellos como yo esto anunciamos y esto habéis creído» (1 Co 15,11). De este modo confesó que era una sola y la misma, la predicación de aquellos que vieron al Señor después de que resucitó de entre los muertos.

2.3.6.2. Legitimidad de los otros Apóstoles

13,2. El Señor respondió a Felipe que deseaba ver al Padre: «¿Tanto tiempo he estado con vosotros y aún no me conoces, Felipe? Quien me ve también ve al Padre. ¿Cómo dices: Muéstranos al Padre? Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí». «Ahora me habéis visto y conocido» (Jn 14,7.9). Por consiguiente, si el Señor dijo a los discípulos que lo habían conocido a Él y al Padre (y el Padre es la Verdad), entonces quienes pregonan que «(los discípulos) no conocieron la verdad», son hombres que dan falso testimonio, alejados como están de la doctrina cristiana.

¿Para qué el Señor envió a doce Apóstoles «a las ovejas perdidas de Israel» (Mt 10,2.6), si «no conocieron la verdad»? ¿Y cómo fueron setenta los que predicaron (Lc 10,1), si «no conocieron la verdad» de la predicación? ¿O cómo podía ignorarla Pedro, a quien el Señor dio el testimonio siguiente: «La carne y la sangre no te lo han revelado, sino el Padre que está en los cielos» (Mt 16,17), que equivale a esto otro: «Pablo, Apóstol no de parte de los hombres ni por medio de un hombre, sino por Jesucristo y Dios Padre» (Ga 1,1)? El Hijo los condujo al Padre, y el Padre les reveló al Hijo.

2.3.6.3. Pablo acata a los Apóstoles

13,3. Que Pablo condescendió con aquellos que habían apelado a los Apóstoles contra él, acerca del problema y él mismo subió a Jerusalén con Bernabé para dirigirse a ellos —y no sin motivo, sino para que confirmasen la libertad de los gentiles—, él mismo lo explica en la Carta a los Gálatas: «Luego, después de 14 años subí a Jerusalén con Bernabé y llevé conmigo también a Tito. Subí siguiendo una revelación y discutí con ellos la Buena Nueva que predico entre los gentiles» (Ga 2,1-2). Y añade: «En ningún momento cedimos en someternos, a fin de que la verdad del Evangelio se mantenga entre vosotros» (Ga 2,5).

2.3.6.4. Acuerdo de Lucas y Pablo

Y si alguien investiga con cuidado en los hechos de los Apóstoles la época a la que Pablo se refiere cuando escribe «subí a Jerusalén» por el problema antedicho, verá que los años corresponden con precisión a los que Pablo ha señalado. Así pues, la predicación de Pablo y el testimonio de Lucas concuerdan y son prácticamente los mismos.

14,1. Lucas fue inseparable de Pablo y colaboró con él en el Evangelio, como él mismo puso por escrito, no para gloriarse, sino impulsado por la verdad. Escribe que, «habiéndose separado de Pablo, Bernabé y Juan llamado Marcos, navegaron a Chipre» (Hch 15,39), «nosotros nos dirigimos a Tróade» (Hch 20,6). Y, cuando Pablo vio en sueños a un macedonio que le decía: «¡Ven a Macedonia a socorrernos!», añade en seguida: «Tratamos de partir para Macedonia, comprendiendo que el Señor nos llamaba a evangelizarlos. Por ello, navegando a Tróade, nos dirigimos a Samotracia» (Hch 16,9-11). En seguida narra con cuidado su viaje hasta llegar a Filipos y cómo predicaron ahí el primer sermón: «Sentados hablamos a las mujeres que se habían congregado» (Hch 16,13). Recuerda a los muchos que creyeron, y añade: «Después de los días de Pascua navegamos a Filipos y llegamos a Tróade, donde permanecemos por siete días» (Hch 20,5-6). Lucas narra por orden todo lo que llevó a cabo con Pablo, indicando con toda diligencia los lugares, ciudades y número de días, hasta que subieron a Jerusalén. Luego refiere lo que le sucedió a Pablo y cómo fue enviado prisionero a Roma, el nombre del centurión que lo recibió, las insignias de la nave, cómo naufragaron, la isla en que se salvaron, las gentilezas de que fueron objeto cuando Pablo curó al jefe de la isla, cómo de ella navegaron hacia Pozzuoli, su viaje de ahí a Roma y cuánto tiempo permanecieron en Roma. Lucas estuvo presente en todo y lo redactó minuciosamente, a fin de que nadie lo juzgue un mentiroso o arrogante, pues todos estos hechos eran conocidos, y él es más antiguo que todos aquellos que andan diciendo que ignoraba la verdad.

Y que Lucas haya sido no sólo compañero, sino también colaborador de los Apóstoles, sobre todo de Pablo, este mismo lo refiere en sus cartas: «Dimas me ha abandonado y se ha ido a Tesalónica, Crescente se ha ido a Galacia, Tito a Dalmacia. Sólo Lucas queda conmigo» (2 Tm 4,10-11). Esto muestra que Lucas siempre estuvo junto a él y fue inseparable de Pablo. También en la Carta a los Colosenses dice: «Os saluda Lucas, el querido médico» (Col 4,14). Si Lucas, que

siempre anduvo predicando con Pablo y a quien este llamó «querido», y con él evangelizó y tuvo la misión de narrarnos la Buena Nueva, de Pablo no aprendió ninguna otra cosa, según hemos expuesto, ¿cómo aquellos que nunca anduvieron con Pablo presumen de «haber aprendido misterios arcanos e inenarrables»?

2.3.6.5. Pablo no tiene una enseñanza secreta

14,2. Pablo enseñó simplemente cuanto sabía, no sólo a los que andaban con él, sino también a todos sus oyentes, como lo declaró él mismo. En efecto, en Mileto convocó a los obispos y presbíteros³³ que se hallaban en Éfeso y en las ciudades cercanas, «porque él se daba prisa para celebrar en Jerusalén la fiesta de Pentecostés» (Hch 20,16-17) y les dio muchos testimonios, diciéndoles cuanto debía suceder en Jerusalén: «Sé que ya no veréis mi cara. Así pues, os declaro hoy que estoy puro de toda sangre. Y no me he sustraído a la misión de anunciaros toda palabra de Dios. Por tanto, tened cuidado de vosotros mismos y de todo el rebaño ante el cual el Espíritu Santo os ha puesto como obispos para regir la Iglesia del Señor que Él mismo ha adquirido con su sangre» (Hch 20,25-28). En seguida, previendo que habría de haber falsos maestros, añadió: «Sé que después de mi partida vendrán a vosotros lobos rapaces que no perdonarán el rebaño. Y de entre vosotros mismos se levantarán hombres que enseñen doctrinas perversas para arrastrar a los discípulos detrás de sí» (Hch 20,29-30).

Dijo: «No me he sustraído a la misión de anunciaros toda palabra de Dios». Es así como los Apóstoles de manera simple y sin rehusarlo a ninguno, transmitían a todos cuanto ellos mismos habían aprendido del Señor. Igualmente Lucas, sin negarlo a nadie, nos transmitió lo que de ellos había aprendido, pues él mismo testifica: «Como nos lo transmitieron los que desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la Palabra» (Lc 1,2).

2.3.7. Valor del Evangelio de Lucas

2.3.7.1. Sus pasajes propios

14,3. Si alguno se atreve a acusar a Lucas de «no conocer la verdad», claramente rechaza el

³³ Hch 20,17 los llama *presbíteros* y 20,28 *obispos*. Aún en el s. III hallamos la denominación de *presbíteros* para los *obispos*, por ejemplo en S. Hipólito Romano, *Contra Noeto* 1: PG 10,803. San Ireneo usa ambos términos, con frecuencia, como equivalentes (ver III, 2,2; IV, 26,2, etc.): aún no se ha fijado el vocabulario.

Evangelio del que pretende ser discípulo. En efecto, muchas cosas del Evangelio y entre las más necesarias, las conocemos sólo por él, como por ejemplo: La generación de Juan y la historia de Zacarías (Lc 1,5-25); la venida del ángel a María y la confesión de Isabel (Lc 1,26-28 y 42-45); la anunciación de los ángeles a los pastores y su contenido (Lc 2,8-14); el testimonio de Simeón y Ana sobre Cristo (Lc 2,25-38); su pérdida en Jerusalén a los 12 años (Lc 2,41-50); sobre el bautismo de Juan y que el Señor fue bautizado cuando tenía alrededor de 30 años, durante el 15º de Tiberio César (Lc 3,3.23); y, de su doctrina, aquello que dijo a los ricos: «¡Ay de vosotros, ricos, porque habéis recibido vuestra consolación! ¡Ay de los hartos, porque tendréis hambre!» (Lc 6,24-25).

Sólo por Lucas conocemos éstas y otras cosas, así como muchas acciones del Señor a las que todos ellos recurren, como la multitud de peces que Pedro y sus compañeros atraparon cuando el Señor les mandó echar la red (Lc 5,4-6); la mujer que sufría desde 18 años atrás y que fue curada en sábado (Lc 13,10-17); el hidrópico a quien el Señor curó en sábado y la disputa que Él sostuvo por haber curado en ese día (Lc 14,1-6); su enseñanza a los discípulos sobre no buscar los primeros puestos (Lc 14,7-11); la necesidad de invitar a los pobres y enfermos que no tienen cómo retribuir (Lc 14,12-14); el que llama a su amigo de noche para pedirle pan y es atendido por su insistencia inoportuna (Lc 11,5-8); la comida en casa del fariseo y cómo una mujer pecadora besaba sus pies y los ungía con unguento; además, todo lo que le dijo a ella y a Simón, acerca de los dos deudores (Lc 7,36-50); la parábola del rico que logró muchas cosechas y las guardó en el granero, al que le dijo: «Esta noche se te pedirá tu alma, ¿de quién será todo lo que has recogido?» (Lc 12,16-20); el rico que se vestía de púrpura y se dedicaba a divertirse suntuosamente y el pobre Lázaro (Lc 16,19-31); su respuesta cuando los discípulos le clamaron: «¡Aumentanos la fe!» (Lc 17,5-10); la conversación con Zaqueo el publicano (Lc 19,1-10); el fariseo y el publicano que al mismo tiempo oraban en el templo (Lc 18,9-14); los diez leprosos que Él curó de camino (Lc 17,11-19); su mandato de convocar a la boda, de las aldeas y plazas (Lc 14,21-24); la parábola del juez que no temía a Dios, al que la viuda instaba para que le hiciera justicia (Lc 18,1-8); la higuera en medio de la viña, que no producía fruto (Lc 13,6-9).

Podríamos encontrar muchos otros pasajes que se hallan sólo en Lucas, de los cuales también Marción y Valentín hacen uso. Pero, sobre todos ellos, su conversación en el camino con los dos

discípulos y cómo lo reconocieron en el partir del pan (Lc 24,13-35).

2.3.7.2. Aceptar a Lucas todo entero (contra Marción)

14,4. Es preciso, pues, o que ellos acepten el resto de su doctrina, o que renuncien a toda ella. No tiene ningún sentido para quienes piensan un poco, acoger algunas de las enseñanzas de Lucas como si se tratase de la verdad y rechazar otras porque «no conoció la verdad». Por tanto, si los marcionitas repudian unas partes, no tendrán ya el Evangelio; pues, como antes dijimos, ellos mutilan el de Lucas y luego presumen de tener el Evangelio. Los valentinianos deben dejarse de tanta verborrea; pues de Lucas han sacado muchos pretextos para sus vanas prédicas, interpretando mal lo que él ha dicho bien. Pero, si se ven obligados a aceptar el resto, poniendo atención al «Evangelio perfecto» y a la doctrina de los Apóstoles, tendrán que convertirse si quieren salvarse de ser condenados.

2.3.8. No excluir al Apóstol Pablo (contra ebionitas y judaizantes)

15,1. Reiteramos los mismos argumentos contra quienes no reconocen al Apóstol Pablo; o deben renunciar a las demás palabras del Evangelio que hemos llegado a conocer a partir sólo de Lucas, o, si reciben toda la doctrina, necesitan acoger también su testimonio acerca de Pablo; pues él mismo narra cómo el Señor habló al Apóstol desde el cielo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Yo soy Jesucristo, a quien tú persigues» y en seguida añade las palabras del Señor a Ananías refiriéndose a Pablo: «Ve, porque él es para mí un vaso de elección y debe llevar mi nombre a los gentiles, a los reyes y a los hijos de Israel. Yo le mostraré cuánto, a partir de este momento, debe sufrir por mi nombre» (Hch 9,5.15-16; 22,7-8; 26,14-15).

Así pues, quienes no reciben a aquel que fue elegido por Dios para que con toda valentía lleve su nombre, enviado a las naciones, como arriba dijimos, desprecian la elección del Señor y se segregan a sí mismos de la comunidad de los Apóstoles. Y no tienen derecho de alegar que Pablo no sea un Apóstol, pues para esto fue elegido. Ni pueden refugiarse en la excusa de que Lucas es un falsario, pues nos anuncia la verdad con tanto esmero. Tal vez por este motivo Dios decidió revelarnos por medio de Lucas tantas cosas del Evangelio a las que todos necesitan recurrir, a fin de que, siguiendo la doctrina de los Apóstoles y la Regla de la Verdad sin adulterarla, puedan ser

salvos. En consecuencia, el testimonio de Lucas es verdadero, la doctrina de los Apóstoles es clara, sólida y no oculta nada, ni «enseñan unas cosas abiertamente y otras en secreto».

2.4. Conclusiones

2.4.1. La situación de los gnósticos

15,2. Esto último,³⁴ en cambio, es el punto de apoyo de los mentirosos, seductores e hipócritas, como es el caso de los valentinianos. Estos, en efecto, ante la multitud usan un tipo de predicación que llaman «común» o «eclesiástica», dirigida a los fieles de la Iglesia, para atrapar y seducir a los más sencillos, haciéndoles creer que predicán nuestra doctrina, a fin de que más gente los oiga. Incluso se quejan de que, pues están de acuerdo con nosotros en la fe, no entienden por qué nos alejamos de ellos y por qué, los llamamos herejes si sostienen y predicán la misma doctrina. Pero, una vez que han logrado apartar a algunos de la fe, mediante cuestiones que les proponen y sin darles ocasión de presentar sus objeciones, los apartan para enseñarles en secreto «el misterio del Pléroma».

Se engañan todos aquellos que creen poder distinguir en sus palabras lo que es verdadero de aquello que solamente lo aparenta; porque el error es convincente, verosímil y oculto; en cambio la verdad no busca el secreto y por eso ha sido revelada a los pequeños. Pero, si alguno de entre sus oyentes les pide razones o los contradice, lo ridiculizan como a quien «no entiende la verdad ni ha recibido de las regiones superiores el semen de su Madre»; en suma, nada le responden, con el pretexto (le dicen) de que «pertenece al estadio intermedio» o sea a los «psíquicos». En cambio, si alguno, como una ovejita, se les entrega para imitarlos y recibir de ellos «la redención», de tal manera se infla que llega a imaginar que no pertenece ya ni al cielo ni a la tierra, por haber ingresado al Pléroma y «abrazado a su Ángel». Desde entonces camina con la cabeza erguida, mirando desde arriba, con la ostentación de un gallo.

También hay entre ellos quienes enseñan que es necesaria una buena conducta para alcanzar «al Hombre que viene de lo alto». Por eso fingen una seriedad afectada. Muchos de ellos desprecian a los demás, porque ya pertenecen a los perfectos. Viven sin respetar a los demás, teniéndolo-

34 *Esto último*, es decir, alegar unas doctrinas abiertas y otras secretas.

los en menos, pues a sí mismos se llaman espirituales y presumen de ya haber logrado conocer al que vive en el Pléroma, que es su lugar de refrigerio.

2.4.2. Un solo Dios verdadero

15,3. Pero volvamos al tema que estábamos tratando. Ha sido declarado con toda evidencia que los predicadores de la verdad y Apóstoles de la libertad, a ningún otro llamaron Dios o Señor, sino al único Dios verdadero, el Padre y a su Verbo que tiene la soberanía sobre todas las cosas (Col 1,18). También quedará claro que no confesaron ni reconocieron a otro Dios y Señor, sino al Demiurgo del cielo y de la tierra, que habló con Moisés, le entregó la Economía de la Ley y llamó a los padres. Así pues, ha quedado expuesta la doctrina de los Apóstoles y de sus discípulos, a partir de sus mismas palabras acerca de Dios.

3. EL VERBO DE DIOS SE HIZO HOMBRE

3.1. Enseñanza de los gnósticos

16,1. Hay, sin embargo, quienes enseñan que Jesús fue el receptáculo del Cristo, sobre el cual «el Cristo descendió desde las alturas en forma de paloma» y, una vez que hubo señalado «al Padre innombrable», «habría retornado al Pléroma, de manera incomprensible e invisible». Y no únicamente los seres humanos, sino que ni siquiera «las Potestades y Poderes que están en el cielo son capaces de captarlo». Jesús sería sin duda el Hijo, pero su padre sería el Cristo y el Padre de Cristo, Dios. Otros andan diciendo que «sufrió sólo en apariencia, puesto que es impasible». Los valentinianos distinguen entre el «Jesús de la Economía», que «pasó a través de María», sobre el cual posteriormente, «de la región superior descendió el Salvador», al cual también se le llama Cristo «por llevar el nombre de todos aquellos que lo han emitido». Este habría entrado en comunión con «aquel que viene de la Economía», de su «Poder» y de su «Nombre», a fin de que la muerte quede vacía. Se conocería el Padre por «el Salvador que descendió de la región superior», al cual indican como el receptáculo mismo de Cristo y de todo el Pléroma.

Siendo así, confiesan con la lengua un solo Jesucristo; pero en su modo de entender lo separan (pues esta es su regla, como ya antes expusimos: decir que uno es el Cristo que fue enviado «por el Unigénito, a fin de reordenar el Pléroma» y otro diverso es el Salvador, emitido para «dar

gloria al Padre» y otro más el «de la Economía», el cual, según dicen, es el que sufrió, mientras que «regresaba al Pléroma el Salvador» portador del Cristo).

Por eso juzgamos necesario exponer toda la doctrina de los Apóstoles acerca de nuestro Señor Jesucristo y probarles que ellos no sólo no han entendido nada sobre Él, sino mucho más; que el Espíritu Santo por medio de los Apóstoles ha advertido de antemano que ellos, sometidos a Satanás, darían origen a tales doctrinas para echar abajo la fe de algunos y apartarlos de la Vida.

3.2. Testimonios del Nuevo Testamento

3.2.1. Juan

16,2. Juan sabe que el único y mismo Verbo de Dios, es el Unigénito que se encarnó por nuestra salvación, Jesucristo nuestro Señor. Esto lo hemos expuesto suficientemente a partir de las mismas palabras de Juan.

3.2.2. Mateo

Mateo reconoce al único y mismo Jesucristo, al exponer su generación humana de la Virgen, como Dios prometió a David que del fruto de su seno suscitaría a un Rey eterno (Sal 132,11) después de haber hecho a Abraham la misma promesa. Dice: «Libro del origen de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham» (Mt 1,1). Luego, para librar nuestra mente de toda sospecha respecto a José, dice: «La concepción de Cristo sucedió así: estando su madre desposada con José, antes de que viviesen juntos se encontró que había concebido por obra del Espíritu Santo» (Mt 1,18); y como José pensase en abandonar a María porque estaba encinta, el ángel del Señor se le presentó y le dijo: «No temas recibir a María tu esposa; porque lo que ha concebido es del Espíritu Santo. Dará a luz a un Hijo y le pondrás por nombre Jesús; porque Él salvará a su pueblo de sus pecados. Esto sucedió para que se cumpliese lo que el Señor había dicho por el profeta: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo y lo llamarán Emmanuel, que significa Dios con nosotros» (Mt 1,20-23), dando a entender claramente que la promesa hecha a los padres se había cumplido; pues de la Virgen había nacido el Hijo de Dios y este mismo era el Cristo Sal-

vador que los profetas habían predicado.³⁵ Pero no es como dicen ellos, que Jesús es el mismo que nació de María, pero que «el Cristo descendió de arriba». De otro modo, Mateo habría podido decir: «La generación de Jesús es como sigue»; pero como el Espíritu Santo previó a los calumniadores, predisponiéndose contra su fraudulencia, dijo por Mateo: «Este fue el origen de Cristo». Y como este es el Emmanuel, para que no lo juzgásemos sólo un hombre: «El Verbo se hizo carne no de la voluntad de la carne, ni de deseo de varón, sino de la voluntad de Dios» (Jn 1,13-14);³⁶ para que así no fuese posible sospechar que uno sea Jesús y otro el Cristo, sino que supiésemos que es uno y el mismo.

3.2.3. Pablo

16,3. Esto mismo expuso Pablo escribiendo a los romanos: «Pablo, apóstol de Cristo Jesús, escogido para el Evangelio de Dios que prometió por sus profetas en las santas Escrituras acerca de su Hijo, que nació de la simiente de David según la carne, constituido Hijo de Dios en poder, mediante el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos» (Rom 1,1-4); y escribiendo de nuevo a los romanos les dice acerca de Israel: «De los padres proviene Cristo según la carne, que es Dios bendito sobre todas las cosas por los siglos» (Rom 9,5); y también en la Carta a los Gálatas dice: «Cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo único, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibamos la adopción» (Ga 4,4-5). De este modo claramente indicó que es único el Dios que por los profetas prometió a su Hijo y que es único Jesucristo nuestro Señor, que es del linaje de David porque fue engendrado de María, Jesucristo, Hijo de Dios destinado en poder según el Espíritu de santidad, por la resurrección de los muertos, para que sea el primogénito de los muertos (Col 1,18) como era ya el primogénito de toda criatura (Col 1,15), el Hijo de Dios hecho Hijo del Hombre para que por Él recibamos la adopción, si el hombre lleva, acoge y abraza al Hijo de Dios.

35 Texto muy querido de San Ireneo y con frecuencia citado: el «signo» profético de la concepción virginal de Jesús anunciada por Isaías, indica tres cosas: 1ª la verdadera humanidad de Jesús nacido de María; 2ª su filiación divina, significada por su origen humano sin intervención de varón; 3ª la unidad de Dios en los dos Testamentos, manifestada en la profecía: el mismo que anunció esta obra en el Antiguo Testamento la lleva a cabo en el Nuevo.

36 Nótese la lectura en singular de Jn 1,13, común hasta el s. IV Esta sería una sugerencia joánica de la concepción virginal de Jesús. Cf. también adelante, 19,2; 21,5 y V, 1,3. Véase la reseña de estos textos antiguos en A. Serra, Art. "Virgen", en *Nuevo diccionario de mariología*, Madrid, Paulinas 1988, pp. 1191s.

3.2.4. Marcos

Por ese motivo Marcos empieza: «Inicio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Como está escrito en los profetas...» (Mc 1,1), con lo cual reconoce que Jesucristo es el único y mismo Hijo de Dios, anunciado por los profetas, nacido de las entrañas de David (Sal 132,11), el Emmanuel (Is 7,14), «el Ángel del gran consejo» (Is 9,5) del Padre, por el cual Dios ha hecho elevarse «el Sol Levante sobre la casa de David» y ha «levantado un cuerno de salvación» (Is 7,13; Lc 1,78-79), para lo cual «ha suscitado un Testimonio en Jacob» (Sal 78,5), como dijo David reflexionando sobre los motivos de su generación: «Él ha establecido una Ley en Israel a nuestros padres para que la enseñen a la siguiente generación, a fin de que los hijos nacidos de estos se levanten para contarla a sus hijos, para que pongan en Dios su esperanza y busquen sus preceptos» (Sal 78,5-7).

3.2.5. Lucas

Además, el ángel anunció a María: «Este será grande y se llamará Hijo del Altísimo y el Señor le dará el trono de David su Padre» (Lc 1,32). Al mismo tiempo confiesa Hijo del Altísimo a Aquel mismo a quien llama hijo de David. Por eso David, conociendo por el Espíritu la Economía de su venida, por la cual «es soberano de todos los vivos y muertos» (Rm 14,9), lo confesó «Señor sentado a la derecha» (Sal 110,1) del Padre altísimo.

16,4. Simeón, que había recibido del Espíritu Santo la promesa de que no vería la muerte antes de ver a Cristo, al recibir en sus manos a este Jesús primogénito de la Virgen, bendijo a Dios diciendo: «Ahora deja a tu siervo ir en paz, Señor, según tu palabra, porque mis ojos han visto tu salvación, que preparaste a la faz de todos los pueblos, luz para la revelación de las naciones y gloria de tu pueblo Israel» (Lc 2,29-32); así confesó Cristo e Hijo de Dios al niño Jesús nacido de María que llevaba en brazos, luz de los hombres y gloria del mismo Israel, paz y refrigerio de los que han dormido.³⁷ Empezaba ya a despojar de su ignorancia a los hombres, dándoles su conocimiento y haciendo botín de quienes lo conocen, como dice Isaías: «Llámalo: Despo-

³⁷ *tôn eis koïmesin peporeuménon*, paz y refrigerio «de aquellos que han ido a dormir»: importante mantener (en este y otros pasajes) el término preciso con el cual, siguiendo a Pablo y varios lugares del Evangelio, los Padres Griegos indican la muerte del cristiano, que no es muerte sino *dormición* para «despertar» en la resurrección. Es necesario tenerlo presente desde el principio para comprender la doctrina de la «dormición» de María. A la figura de la muerte con esperanza de resucitar, como «dormición», corresponde en griego la expresión «fue despertado», de ordinario traducido a lenguas actuales, con menor precisión, por «resucitó» o «fue resucitado».

ja rápidamente, haz botín velozmente»³⁸ (Is 8,3). Pues son estas las obras de Cristo. Y ese era el Cristo, el que llevaba Simeón al bendecir al Altísimo (Lc 2,28), al cual, viendo los pastores glorificaban a Dios (Lc 2,20), al cual, saltando de gozo saludó Juan, cuando estaba aún en el vientre de su madre y Él en la matriz de María, reconociéndolo como Señor.

Los Magos lo adoraron al verlo y le ofrecieron los dones que ya antes indicamos y postrándose ante el Rey eterno, «se fueron por otro camino» (Mt 2,12), ya no regresaron por el de los Asirios; «Porque antes de que el niño aprenda a decir papá y mamá, recibirá el poder de Damasco y los despojos de Samaria, contra el rey de los asirios» (Is 8,4). De modo velado pero profundo, todas estas cosas manifiestan que «el Señor triunfó sobre Amalec con mano oculta» (Ex 17,16). Por este motivo arrancó de esta vida a los hijos de la casa de David a quienes había tocado en suerte nacer en ese tiempo, para enviarlos de antemano a su reino. Siendo Él mismo un niño, de hijos de los hombres aún niños hizo mártires, muertos por Cristo que, según las Escrituras, «nació en Judea», «en la ciudad de David» (Mt 2,5; Lc 2,11).

16,5. Por eso el Señor dijo a sus discípulos después de la resurrección: «¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer en todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera y entrara así en su gloria?» (Lc 24,25-26). Y añadió: «Estas palabras os he dicho mientras aún estaba con vosotros, porque es necesario que se cumpla todo cuanto está escrito sobre mí en Moisés, en los profetas y en los salmos. En seguida les abrió la mente para que entendiesen las Escrituras, y les dijo: «Así está escrito... el Cristo debía padecer y resucitar de entre los muertos ... y su nombre ha de ser predicado en todas las naciones para el perdón de los pecados» (Lc 24,44-47).

Este es Aquel que nació de María: «Es necesario que el Hijo del hombre sufra muchas cosas, sea condenado, crucificado y resucite al tercer día» (Lc 9,22; Mc 8,31). El Evangelio, pues, no conoce a otro Hijo del Hombre, sino a Aquel que nació de María y sufrió; y a este mismo Jesucristo nacido, lo reconoció Hijo de Dios y de este mismo dice que sufrió y resucitó.

3.2.6. Juan

Juan, el discípulo del Señor, lo confirmó diciendo: «Estas cosas fueron escritas para que

38 Esto es lo que en hebreo significa el nombre del hijo de Isaías: *Maher Salal Jas Baz*.

creáis que Jesús es el Hijo de Dios y creyendo tengáis vida eterna en su nombre» (Jn 20,31). Lo hizo porque preveía estas opiniones blasfemas que, en cuanto pueden, dividen al Señor, diciendo que fue hecho de dos substancias. Por eso da testimonio en su epístola: «Hijitos, esta es la última hora. Oísteis que el Anticristo había de venir, pues bien, muchos anticristos han venido, por eso sabéis que es la última hora. Salieron de entre nosotros, pero no eran de nosotros; pues si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero para que se manifieste que no son de los nuestros. Sabéis que toda mentira es ajena a la verdad. ¿Y quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? ¡Este es el Anticristo!» (1 Jn 2,18-22).

3.3. Más sobre las doctrinas gnósticas

16,6. Todos aquellos de que hemos hablado también confiesan un solo Jesucristo con la lengua, pero se burlan de sí mismos al pensar una cosa y decir otra —pues sus hipótesis son múltiples, como lo hemos demostrado, por ejemplo decir que es uno el que nació y sufrió y este sería Jesús; y otro el que descendió sobre Él. Este sería el que también ascendió, al cual anuncian como el Cristo. Y el Demiurgo sería distinto del Jesús de la economía que nació de José, del cual arguyen que es el pasible; y otro distinto de ambos sería el que descendió de entre los seres invisibles e inenarrables, el cual pretenderían que es invisible, incomprensible e impasible—, errando así de la verdad, porque su gnosis se aparta del Dios verdadero.

3.4. El plan divino: la recapitulación

No ven que el mismo Verbo (Jn 1,1-3) Unigénito (Jn 1,18), que siempre está presente en la humanidad (Jn 1,10), uniéndose y mezclándose con su creatura según el beneplácito del Padre y haciéndose carne (Jn 1,14), es el mismo Jesucristo nuestro Señor, que sufrió por nosotros y se despertó (egertheis) por nosotros y de nuevo vendrá en la gloria del Padre para resucitar a toda carne y para manifestar la salvación y para extender la regla del justo juicio a todos los que han sido hechos por Él. Así pues, como hemos demostrado, hay un solo Dios Padre y un solo Cristo Jesús nuestro Señor, el cual vino para la salvación universal recapitulando todo en sí (Ef 1,10).

Porque el hombre es en todo criatura de Dios. Y por eso en sí mismo recapituló al hombre,³⁹ haciéndose visible el invisible, comprensible el incomprensible, pasible el impasible, el Verbo hombre, para recapitular todas las cosas en sí mismo; para que, como el Verbo de Dios tiene el primado sobre las cosas supra celestes, espirituales e invisibles, así pueda tener el primado también sobre las cosas visibles y corporales (Col 1,18); para, al asumir en sí el primado, darse a sí mismo a la Iglesia como Cabeza (Ef 1,22); para atraer a sí todas las cosas en el tiempo oportuno (Jn 12,32).

16,7. Nada hay de desordenado ni de intempestivo en Él, como tampoco sería esto congruente con el Padre. Porque el Padre conoce de antemano todas las cosas, pero el Hijo las realiza a su debido tiempo según conviene. Por eso, cuando María lo apresuraba al admirable signo del vino, queriendo participar antes de tiempo de la copa de comunión (1 Co 10,16-17)⁴⁰, el Señor rechazó su prisa intempestiva diciéndole: «¿Qué para mí y para ti, mujer? Aún no ha llegado mi hora» (Jn 2,4), porque debía esperar la hora conocida de antemano por el Padre. Por eso, como muchas veces los hombres quisiesen apresarlo, dice: «Ninguno le echó mano porque no había llegado la hora» (Jn 7,30) de su aprehensión, ni el tiempo de su pasión conocido de antemano por el Padre, como dice el profeta Habacuc: «Cuando lleguen los años serás reconocido, cuando llegue el tiempo te manifestarás, cuando mi alma esté turbada por tu ira, te acordarás de tu misericordia» (Ha 3,2). Y Pablo dice: «Cuando llegó la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo» (Ga 4,4).

Estos textos ponen en claro que todas las cosas que el Padre conocía de antemano, nuestro Señor las realizó en el orden y tiempo y hora predeterminados y convenientes. Este es uno y el mismo, rico y múltiple, porque sirve a la voluntad rica y múltiple del Padre, siendo Él el Salvador de aquellos que se salvan, el Señor de los que están sometidos a su señorío, Dios de las criaturas, Unigénito del Padre, el Cristo predicado y el Verbo de Dios encarnado cuando se cumplió el tiempo en el cual convenía que el Hijo de Dios se hiciese Hijo del Hombre.

39 Aquí subyace la doctrina de los dos Adanes: el primero es cabeza de la humanidad caída, el segundo se hace Cabeza de la humanidad salva-da. Pero en esta humanidad Cristo también se constituye Cabeza cósmica, de modo que recapitula (en su humanidad) toda la creación (hecha para el hombre), y así adquiere el primado sobre ella. La recapitulación es uno de los pilares del pensamiento de San Ireneo: ver III, 23,1; IV, 6,2; 38,1; 40,3; V, 1,2; 20,2; D 6, 30, 32-33, 37, 95, 99.

40 Lit. «de la copa del compendio» (*tês syntomías poteríou*): Ireneo ve el milagro de Caná como un signo que prefigura la Eucaristía. María tendría ansia de apresurar el momento, teología muy repetida por varios de los Padres, que ven en esto una pequeña imperfección de la cual María habría de ser redimida, por desear apresurar la hora fijada por el Padre.

3.5. Errores gnósticos: destruyen su salvación

16,8. Por eso quedan fuera de la Economía todos los que con pretexto de la gnosis piensan que uno es Jesús, otro el Cristo, otro el Unigénito, otro más el Verbo y otro el Salvador, el cual sería una emisión de los Eones caídos en deterioro como dicen los discípulos del error; éstos son por fuera ovejas —pues en el exterior parecen semejantes a nosotros porque hablan de cosas parecidas a nuestra enseñanza— pero por dentro son lobos (Mt 7,15) cuya doctrina es homicida, pues imaginan muchos Dioses y fingen muchos Padres y según muchos aspectos reducen y dividen al Hijo de Dios.

Pensando en ellos nuestro Señor nos ha hecho la advertencia de tener cuidado y su discípulo Juan en su epístola citada nos previene diciendo: «Muchos seductores han venido a este mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Estos son el Seductor y el Anticristo. ¡Cuidaos de ellos, no vayáis a perder lo que con trabajo habéis logrado!» (2 Jn 7-8). Y añade en su otra epístola: «Muchos seudo profetas han venido a este mundo. En esto conocéis el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido a la carne, ha venido de Dios. Y todo espíritu que divide a Jesús, no viene de Dios, sino del Anticristo» (1 Jn 4,1-3).

Esto es muy semejante a lo que nos dice en el Evangelio: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Por eso dice también en su epístola: «Quien cree que Jesús es el Cristo, ha nacido de Dios» (1 Jn 5,1). En consecuencia, Juan no reconoce sino a uno y el mismo Jesucristo, para el cual se abrieron las puertas del cielo por su ascensión carnal. El mismo vendrá en la carne en la cual sufrió, para revelar la gloria del Padre.

16,9. También Pablo está de acuerdo con estas cartas, cuando dice a los romanos: «Mucho más quienes reciben la abundancia de gracia y de justicia para la vida, reinarán por obra del único Jesucristo» (Rm 5,17). Por consiguiente, él no sabe del Cristo que voló dejando a Jesús. Tampoco sabe de un «Salvador de lo alto», a quien ellos caracterizan como «impasible». Pues si fue uno el que sufrió y otro el que permaneció impassible, uno el que nació y otro el que descendió sobre el que nació para luego abandonarlo, esto probaría que son dos y no uno. Y porque el Apóstol conoce sólo a un Jesucristo que nació y padeció, escribe en su epístola: «¿Acaso ignoráis que cuantos somos bautizados en Cristo Jesús, somos bautizados en su muerte? De modo que, así como Cristo resucitó de entre los muertos, así nosotros hemos de caminar en una nueva vida»

(Rm 6,3-4). En otro pasaje subraya que Cristo sufrió y que Él mismo es el Hijo de Dios que por nosotros murió y nos redimió con su sangre, en el tiempo decidido (por el Padre): «Estando nosotros aún sin fuerzas, murió por los impíos en el momento determinado... Dios muestra su amor por nosotros en el hecho que, cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros. ¡Con mayor razón, ahora que estamos justificados en su sangre, seremos salvados por Él de su cólera! Si, en efecto, cuando aún éramos enemigos, nos hemos reconciliado con Dios por la sangre de su Hijo, con mayor razón, ahora que estamos reconciliados, seremos salvados en su vida» (Rm 5,6-10).

Pablo declara con precisión que el mismo que ha sufrido y derramado su sangre por nosotros es Cristo, el Hijo de Dios, el mismo que resucitó y fue asumido a los cielos, como él mismo escribe: «Cristo murió, más aún resucitó y está sentado a la diestra de Dios» (Rm 8,34). Y añade: «Sabéis que Cristo resucitado de entre los muertos ya no muere» (Rm 6,9). El escribió lo anterior porque preveía, iluminado por el Espíritu, las divisiones provocadas por malos maestros y queriendo quitarles toda ocasión de disentir. «Pero si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará vida también a vuestros cuerpos mortales» (Rm 8,11). Me parece oírlo gritar a quienes quieran escucharlo: «No os equivoquéis: uno y el mismo es Jesucristo el Hijo de Dios, que por su pasión nos reconcilió con Dios y resucitó de entre los muertos, está sentado a la derecha del Padre y es perfecto en todas las cosas, es el mismo que, mientras padecía no profirió amenazas (1 P 2,23); el que, víctima de la tiranía, mientras sufría rogaba al Padre que perdonara a aquellos mismos que lo crucificaban (Lc 23,34). Él nos salvó, Él mismo es el Verbo de Dios, el Unigénito del Padre, Cristo Jesús nuestro Señor».

17,1. Los Apóstoles podrían haber dicho que «el Cristo descendió sobre Jesús»; o que el Salvador Superior descendió sobre el de la Economía; o que «aquel que proviene del ser invisible, vino sobre el que es (obra) del Demiurgo». Pero ni supieron ni dijeron nada de eso; pues si lo hubiesen sabido, así lo habrían comunicado.

3.6. El Espíritu Santo descendió sobre Jesús

Sino que dijeron la realidad, esto es, que el Espíritu Santo había descendido sobre Él en for-

ma de paloma (Mt 3,16; Mc 1,10; Lc 3,22), el mismo Espíritu del que está escrito: «Y reposará sobre Él el Espíritu del Señor» (Is 11,2), como antes hemos dicho. Y también: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por eso me ungió» (Is 61,1). Es el Espíritu del que dijo el Señor: «Pues no sois vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en vosotros» (Mt 10,20). Y también al darles a los discípulos el poder de la regeneración en Dios, les dijo: «Id y enseñad a todas las naciones y bautizadlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,19).⁴¹ Por los profetas había prometido que lo derramará en los últimos tiempos sobre sus siervos y siervas, para que profeticen (Jl 3,1-2). Por eso también descendió sobre el Hijo de Dios hecho Hijo del Hombre, para acostumbrarse a habitar con Él en el género humano, a descansar en los hombres y a morar en la criatura de Dios, obrando en ellos la voluntad del Padre y renovándolos de hombre viejo a nuevo en Cristo.

17,2. Este Espíritu es el que David pidió para el género humano, diciendo: «Confírmame en el Espíritu generoso» (Sal 51,14).⁴² De Él mismo dice Lucas (Hch 2), que descendió en Pentecostés sobre los Apóstoles, con potestad sobre todas las naciones para conducirlos a la vida y hacerles comprender el Nuevo Testamento. Por eso, provenientes de todas las lenguas alababan a Dios, pues el Espíritu reunía en una sola unidad las tribus distantes y ofrecía al Padre las primicias de todas las naciones.

3.6.1. Obra del Espíritu Santo

Para ello el Señor prometió que enviaría al Paráclito que nos acercase a Dios (Jn 15,26; 16,7). Pues, así como del trigo seco no puede hacerse ni una sola masa, ni un solo pan, sin algo de humedad, así tampoco nosotros, siendo muchos, podíamos hacernos uno en Cristo Jesús, sin el agua que proviene del cielo. Y así, como si el agua no cae, la tierra árida no fructifica, así tampoco nosotros, siendo un leño seco, nunca daríamos fruto para la vida, si no se nos enviase de los cielos la lluvia gratuita. Pues nuestros cuerpos recibieron la unidad por medio de la purificación

⁴¹ Los gnósticos niegan la salvación de la carne y por ende la regeneración bautismal para la vida eterna. Ireneo afirma esta última en varios pasajes: ver V, 2,2; 15,3; D 3 y 100.

⁴² En el texto latino de Ireneo se lee: «In spiritu principali», según la Vetus Latina.

(bautismal) para la incorrupción; y las almas la recibieron por el Espíritu.⁴³ Por eso una y otro fueron necesarios, pues ambos nos llevan a la vida de Dios.

3.6.2. Otras figuras del Espíritu Santo

Nuestro Señor, por su misericordia, se dirigió a la samaritana pecadora (Jn 4,7) que no permaneció con un marido, sino que fornicó uniéndose a muchos. Se le mostró y le prometió el agua viva, para que no tuviese ya más sed, ni se fatigase yendo a sacar agua con esfuerzo, teniendo en sí una bebida que salta hasta la vida eterna (Jn 4,14). Habiendo recibido el Señor este don del Padre, Él mismo lo donó a quienes participan de Él, enviando el Espíritu Santo a toda la tierra.

17,3. Gedeón el israelita (Jc 6,37), a quien Dios eligió para que salvase al pueblo de Israel del dominio de los extranjeros, previó la donación de esta gracia, cuando cambió la petición acerca del vellón de lana, sobre el cual primero había caído el rocío, que era tipo del pueblo; así profetizó la aridez que habría de venir; esto es, que ellos ya no tendrían de parte de Dios al Espíritu Santo, como dice Isaías: «Y mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella» (Is 5,6). Sobre toda la tierra caía el rocío, esto es, el Espíritu de Dios que descendió sobre el Señor: «Espíritu de sabiduría e inteligencia, Espíritu de consejo y virtud, Espíritu de piedad y ciencia, Espíritu del temor de Dios» (Is 11,2-3), el mismo que también dio a la Iglesia al enviar desde el cielo al Paráclito sobre toda la tierra; por eso dice el Señor que el diablo fue arrojado como un rayo (Lc 10,18). Por este motivo necesitamos el rocío de Dios, para no quemarnos, ni volvernos infructuosos y para que, teniendo un acusador, tengamos también al Abogado.

El Señor encomendó al Espíritu Santo al hombre que había caído en manos de ladrones y del que se compadeció, vendó sus heridas y le dio dos denarios: para que, recibiendo por el Espíritu la imagen y la inscripción del Padre y del Hijo, hagamos fructificar el denario que se nos ha dado, y lo devolvamos multiplicado al Señor.

3.7. Error gnóstico: distinguir dos Cristos

17,4. El Espíritu, pues, descendió según la Economía. Y el Hijo Unigénito de Dios, que es el

⁴³ Texto extremadamente rico sobre la obra del Espíritu Santo en nosotros; envía a los Apóstoles a las naciones, da la vida, hace comprender el Nuevo Testamento, une los pueblos distantes, ofrece al Padre la primicia de las naciones, nos une en Cristo, nos hace dar fruto, nos purifica por el bautismo, nos da la incorrupción.

Verbo del Padre, una vez llegada la plenitud del tiempo, se encarnó en un hombre por el hombre y cumplió toda la Economía según su humanidad, siendo nuestro Señor Jesucristo uno y el mismo, según dio de ello testimonio nuestro Señor Jesucristo y lo confesaron los Apóstoles. Así quedaron al descubierto como mentirosas todas las doctrinas de quienes inventaron Ogdóadas y Tétradas, e imaginaron distinciones sobre distinciones. Estos han matado al Espíritu y piensan que uno es el Cristo y otro es Jesús y por eso enseñan que Cristo no es uno, sino muchos. Y aun cuando los afirmen unidos, enseñan que uno estuvo sujeto a la pasión, en cambio el otro se mantuvo impassible, y que este último ascendió al Pléroma. Mientras el primero permaneció «en las regiones intermedias», al mismo tiempo el segundo se banquetea y deleita «en las regiones invisibles e indescriptibles» y el primero «se sienta con el Demiurgo» neutralizando su poder.

Por eso es necesario que tanto tú, como todos cuantos leen este escrito y se preocupan por su salvación, no sucumban de inmediato apenas escuchan sus predicaciones. Como arriba dijimos, ellos hablan de manera semejante a los fieles; pero entienden las cosas de modo no sólo distinto, sino opuesto; y mediante todas estas prédicas llenas de blasfemias matan a quienes por la semejanza de las palabras echan sobre sí el veneno de ideas diversas; por ejemplo, si alguno por leche diese yeso mezclado con agua, seduciría por la semejanza del color, como dijo un predecesor nuestro, acerca de todos los que pervierten las cosas de Dios y adulteran la verdad: «Mezclan perversamente el yeso con la leche de Dios».

3.8. Testimonios de Pablo y de Cristo

3.8.1. Preexistencia del Verbo y encarnación

18,1. Hemos demostrado, pues, con toda evidencia, que «el Verbo existente ante Dios, por el cual fueron hechas todas las cosas» (Jn 1,2-3) y que siempre ha estado presente al género humano, este mismo en los últimos tiempos, en el momento decidido por el Padre, se unió a su creatura y se hizo hombre pasible. Con ello se refuta todo ataque de quienes argumentan: «Luego, si nació en el tiempo, Cristo no existía». Pues ya probamos que el Hijo de Dios no empezó a existir entonces, sino siempre ante el Padre.

Pero cuando se hizo hombre recapituló en sí mismo toda la historia de los seres humanos y

asumiéndonos en sí nos concede la salvación; de manera que, cuanto habíamos perdido en Adán (es decir el haber sido hechos «a imagen y semejanza de Dios» [Gn 1,26]), lo volviésemos a recibir en Jesucristo.

3.8.2. Doctrina de Pablo

18,2. Pero, como no era posible a aquel hombre que había sido vencido y había caído por la desobediencia, rehacerse y obtener el premio de la victoria, así también era imposible al hombre caído en el pecado recibir la salvación. Por eso el Hijo, o sea el Verbo que existía ante el Padre, que descendió y se encarnó, habiéndose abajado hasta la muerte para consumir la Economía de nuestra salvación, llevó a cabo ambas cosas. Y para exhortarnos a creer sin vacilación, dice: «No digáis en vuestro corazón: ¿Quién ascenderá al cielo? Lo que equivale a abajar a Cristo. O bien: ¿Quién bajará al abismo? Es decir, para hacer surgir a Cristo de entre los muertos» (Rm 10,6-7), de donde añade: «Pues si confiesas con tu boca a Jesús el Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo» (Rm 10,9). Y ofrece el motivo por el cual el Verbo de Dios actuó de esta manera: «Para esto Cristo venció por su muerte y resurrección: para ser Señor de vivos y muertos» (Rm 14,9). Y añade en su Carta a los Corintios: «De nuestra parte, predicamos a Jesucristo crucificado» (1 Co 1,23) y más adelante: «El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo?» (1 Co 10,16).

18,3. ¿Quién es aquel con quien entramos en comunión en forma de alimento?⁴⁴ ¿Acaso el «Cristo de arriba» que ellos imaginan, el cual sería más extenso que Horus, o sea hasta el Límite (del Pléroma) y habría formado «la Madre de ellos»?⁴⁵ ¿No es más bien el Emmanuel nacido de la Virgen, que comió mantequilla y miel, del cual dice el profeta: «Es un hombre, ¿quién lo conoce?» (Jr 17,9). Este es aquel del que Pablo predicaba: «Os he transmitido, en primer lugar, que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras y fue sepultado; y que resucitó al tercer día según las Escrituras» (1 Co 15,3-4).

44 Por el contexto se refiere a la verdadera encarnación de Cristo, celebrada en la Eucaristía, contra los gnósticos docetas y termina con la cita de 1 Co 10,16, sobre el cáliz de la sangre de Cristo.

45 La Madre de ellos, que presumen de pneumáticos. Recuérdese que la cruz de Jesús se convierte para los gnósticos en sólo una expresión simbólica (mítica) del Cristo superior que se extendió sobre el Límite (Cruz), para dar substancia pneumática a la Sabiduría (Madre de los gnósticos) que salió del Pléroma. Por eso el pneuma (la substancia de ellos) es una semilla del Pléroma extraviada en la materia, libre de la cual deberá retornar a su origen mediante la gnosis: en esto consiste su salvación. Por eso el Cristo superior es también el «Salvador de lo alto». San Ireneo les contrapone la doctrina revelada: el Salvador de los seres humanos no es otro que el Cristo nacido de la Virgen, el Emmanuel, que verdaderamente ha muerto y resucitado por nosotros.

3.8.3. «Cristo» supone: el que ungió, el ungido y la unción

Es claro que Pablo no conoce a otro Cristo, sino sólo al que sufrió, fue sepultado y resucitó, que nació, a quien denomina hombre. Pues habiendo dicho: «Si de Cristo se predica que ha resucitado de entre los muertos» (1 Co 15,12), presenta los motivos de la encarnación: «Porque por un hombre entró la muerte y por un hombre la resurrección de los muertos» (1 Co 15,21). Y en todos lados en que habla de la pasión de nuestro Señor y de su humanidad y muerte, usa sólo el nombre de Cristo, como en aquello: «No vayas a destruir por cuestiones de comida a aquel por quien Cristo murió» (Rm 14,15). Y también: «Pero ahora en Cristo vosotros, los que un tiempo estabais lejos, os habéis acercado en la sangre de Cristo» (Ef 2,13). Y también: «Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose maldición por nosotros; porque está escrito: Maldito todo el que cuelga del madero» (Ga 3,13). Y además: «Tu hermano débil se pierde por tu ciencia, aquel por el que murió Cristo» (1 Co 8,11), queriendo indicar que no descendió sobre Jesús el Cristo impassible; sino que, siendo Él mismo Jesucristo, sufrió por nosotros, murió y resucitó, descendió y ascendió (Ef 4,10); es el Hijo de Dios hecho Hijo del Hombre, como lo significa el nombre mismo. Pues en el mismo nombre de Cristo se suponen uno que ungió, el que fue ungido y la unción misma con la que fue ungido. Lo ungió el Padre, fue ungido el Hijo, en el Espíritu Santo, que es la unción; como dice la expresión de Isaías: «El Espíritu del Señor sobre mí, por eso me ungió» (Is 61,1; Lc 4,18). Con estas palabras señaló al Padre como «el que unge», al Hijo como «el ungido», y «la unción», que es el Espíritu.

3.8.4. La prueba del martirio

18,4. El Señor mismo señaló claramente quién era el que sufría. Pues, habiendo preguntado a los discípulos: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?» (Mt 16,13), Pedro le respondió: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mt 16,16). El Señor lo alabó: «No te lo han revelado la carne y la sangre, sino el Padre que está en los cielos» (Mt 16,17); y con ello manifestó que el Hijo del Hombre es Cristo, Hijo del Dios vivo. Pues (el evangelista) añade: «Desde ese momento empezó a advertir a sus discípulos que debía subir a Jerusalén y sufrir mucho de manos de los sacerdotes, que había de ser condenado y crucificado y había de resucitar al tercer día» (Mt 16,21; Mc 8,31; Lc 9,22). De este modo, la misma persona a quien Pedro recono-

ció como Cristo, que le respondió que era el Padre quien se había revelado al Hijo del Dios vivo, también añadió que debía sufrir mucho y ser crucificado. Entonces Pedro lo increpó, llevado por un modo de pensar humano, oponiéndose a la pasión de Cristo.

«Y dijo a los discípulos: ¡Si alguno quiere venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y me siga! Pues quien quisiere salvar su vida la perderá y quien la perdiere por mí la salvará» (Mt 16,24-25; Mc 8,34-35; Lc 9,23-24). Esta es la predicación abierta de Cristo, que Él es el Salvador de quienes por confesarlo serán entregados a la muerte y perderán su vida.

18,5. Pero, si no hubiese sufrido, sino que hubiese «volado abandonando a Jesús», ¿por qué habría de exhortar a sus discípulos a tomar la cruz y seguirlo, si, según ellos dicen, Él mismo no la cargaba, pues habría abandonado la Economía de la pasión? Porque no dijo lo anterior refiriéndose a «la gnosis de la Cruz Superior» (como algunos se atreven a enseñar), sino de la pasión que debía Él mismo sufrir; y por eso preparó a sus discípulos para la pasión que Él mismo había de sobrellevar: «Quien quisiere salvar su vida la perderá y quien la perdiere por mí la encontrará».⁴⁶ Y, como sus discípulos también habrían de sufrir por Él, decía a los judíos: «Mirad que os envío profetas, sabios y maestros y vosotros los mataréis y crucificaréis» (Mt 23,34), mientras preparaba a sus discípulos: «Seréis llevados ante gobernadores y reyes por mi causa» (Mt 10,18; Mc 13,9) y les decía: «A algunos de vosotros los azotarán, matarán y perseguirán de ciudad en ciudad» (Mt 23,34).

En consecuencia, sabía quiénes habrían de sufrir la persecución, quiénes habrían de ser azotados y muertos por Él. Y no les hablaba de una Cruz Superior, sino de la pasión que Él debía sufrir primero y en seguida sus discípulos. Por eso los exhortaba: «No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Temed más bien a aquel que tiene el poder de mandar el cuerpo y el alma a la gehenna» (Mt 10,28); y también les pedía ser firmes en la confesión de su fe en Él, pues les prometía confesar ante su Padre a aquellos que confesasen su nombre ante los seres humanos, negar a aquellos que lo negasen (Mt 10,32-33) y avergonzarse de aquellos que se avergonzaran de confesarlo (Mt 8,38).

⁴⁶ Repite este fragmento, con una ligera variante.

3.8.5. Los gnósticos desprecian a los mártires

Y, con todo esto, algunos todavía tienen la desvergüenza de despreciar aun a los mártires, de ofender a quienes mueren por la confesión del Señor y que, llevando sobre sí todos los sufrimientos que el Señor predijo, se esfuerzan por seguir las huellas de la pasión del Señor dando así testimonio del que por ellos ha padecido. Entregamos a los herejes en las manos de los mismos mártires; pues cuando «se pedirá cuenta de su sangre» (Lc 11,50; Ap 19,2) y consigan su gloria, entonces Cristo condenará a quienes han deshonrado a sus mártires.

Y, sin embargo, el Señor suplicó desde la cruz: «¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!» (Lc 23,34). Se revela aquí la generosidad, paciencia, misericordia y bondad de Cristo, pues Él mismo, en el momento de sufrir, excusaba a aquellos que tan mal lo trataban. Él mismo hizo efectiva en la cruz la palabra de Dios que nos había comunicado: «Amad a vuestros enemigos, orad por los que os odian» (Mt 5,44; Lc 6,27-28), pues tanto amó a la raza humana, que hasta perdonó a sus asesinos.

Ahora bien, si alguno de quienes predicán a dos⁴⁷ los ponen en una balanza, hallaría mucho mejor, paciente y verdaderamente bueno a aquel que en sus mismas heridas, sufrimientos y todo cuanto le hicieron, se muestra benigno y no se acuerda de los males contra Él cometidos, que aquel que volando abandonó a Jesús sin sufrir ninguna ofensa ni oprobio.

3.8.6. Contra los docetas

18,6. Lo mismo vale para quienes dicen que sólo «sufrió en apariencia». Porque si no sufrió verdaderamente, no le debemos agradecer nada, pues a nada se reduce su pasión; y cuando nosotros comencemos a sufrir de verdad, parecerá que nos engaña cuando nos exhorta a poner también la otra mejilla (Lc 6,29; Mt 5,39), si es que Él no sufrió primero en verdad; y así como habría mentido cuando hizo parecer a ellos lo que no era, también nos miente cuando nos exhorta a sobrellevar aquellas cosas que Él no soportó. Estaríamos entonces sobre el Maestro (Mt 10,24; Lc 6,40), al sufrir y someternos a aquello que ni sufrió ni soportó el Maestro.

⁴⁷ Es decir, el Jesús de la Economía y el Cristo superior que lo abandonó antes de la pasión.

3.8.7. Motivo de la Encarnación

Pero como sólo el Señor es nuestro verdadero Maestro y el Hijo de Dios bueno y paciente, el Verbo de Dios Padre se hizo Hijo del Hombre. Luchó y venció; porque era un hombre que luchó por los padres,⁴⁸ y por la obediencia disolvió su desobediencia (Rm 5,19), ató al fuerte (Mt 12,29; Mc 3,27), liberó a los débiles y donó la salvación a su criatura, destruyendo el pecado; pues es «el Señor clemente y compasivo» (Sal 103,8; 145[144],8) que ama la raza humana.

18,7. Como hemos dicho, hizo retornar y volvió a unir al hombre con Dios.⁴⁹ Pues si el hombre no hubiese vencido al enemigo del hombre, el enemigo no habría sido vencido justamente. Y también si Dios no hubiese donado la salvación, no la tendríamos con seguridad. Y si el hombre no hubiese sido unido a Dios, no podría haber participado de la incorrupción. Convenía, pues, que el Mediador entre Dios y los hombres (1 Tm 2,5) por su propia familiaridad condujese ambos a la familiaridad, amistad y concordia mutuas, para que Dios asumiese al hombre y el hombre se entregase a Dios. ¿Pues de qué manera podíamos ser partícipes de su filiación (Ga 4,5) si no la recibiésemos por medio del Hijo por la comunión con Él, si Él, su Verbo, no hubiese entrado en comunión con nosotros haciéndose carne (Jn 1,14)? Por eso pasó a través de todas las edades, para restituir a todos la comunión con Dios.

Así pues, quienes dicen que sólo en apariencia se manifestó, no naciendo en la carne ni haciéndose verdaderamente hombre, todavía están bajo la antigua condena, dando sostén al pecado, sin vencer por medio de Él a la muerte, la cual «reinó desde Adán hasta Moisés y sobre todos los que no pecaron, a semejanza de la transgresión de Adán» (Rm 5,14). Cuando la Ley vino por medio de Moisés y dio testimonio sobre el pecado, que «es pecador» (Rm 7,13), le quitó su reinado, le probó que no era rey sino ladrón y lo mostró homicida (Rm 7,11-13), pero también gravó al hombre que tenía en sí el pecado, revelando que era reo de muerte⁵⁰ (Rm 7,14-24); pues siendo espiritual la Ley (Rm 7,14), sólo puso al desnudo el pecado (Rm 7,7) pero no lo mató; porque el pecado no dominaba sobre el Espíritu, sino sobre el hombre.

48 Es decir, por Adán y Eva.

49 La recapitulación del hombre, cuyo fruto es la reconciliación de la raza pecadora con Dios para vencer la muerte y gozar de la incorrupción, supone en nuestra Cabeza, para que sea mediador: 1º una verdadera humanidad, que lo haga nuestro representante verdadero; 2º ser verdadero Dios, de otro modo sería incapaz de darnos la salvación; 3º ser uno solo (en el siglo V se hablaría de la unidad de hipóstasis y persona) para unir nuestra humanidad con Dios.

50 De Hecho el hombre es esclavo de la muerte (V, 19,1), pero no por naturaleza, sino por su pecado. La muerte no es secuela de su ser humano, sino de su pecado: ver III, 19,1; 22,4; 23,1.3.6-7; IV, Pr. 4; 4,1; 22,1; 28,3; 33,4; 39,1; V, 3,1; 10,2; 11,2; 14,4; 19,1; 21,1-2; 23,1-2; 27,2; 34,2; D 15, 31.

Convenía, pues, que aquel que estaba por matar el pecado y por redimir al hombre reo de muerte, se hiciese lo mismo que es este, o sea el hombre que por el pecado había sido sometido a la servidumbre y estaba bajo el poder de la muerte (Rm 5,12; 6,20-21), para que el pecado fuese arrancado por un hombre a fin de que el hombre escapase de la muerte. «Porque así como por la desobediencia de un hombre», el primero que había sido plasmado de la tierra no trabajada (Gn 2,7), «muchos fueron constituidos pecadores» y perdieron la vida, «así» convenía que «por la obediencia de un hombre», el primero engendrado de una Virgen, muchos fuesen justificados y recibiesen la salvación (Rm 5,19). Así es como el Verbo de Dios se hizo hombre, como también dice Moisés: «Dios, sus obras son verdaderas» (Dt 32,4). Pero si no se hizo carne sino apariencia de carne, entonces no era verdadera su obra. ¡No! Lo que parecía, eso era: el Dios del hombre recapitulaba en sí su antigua creación, para matar por cierto el pecado, dejar vacía la muerte (2 Tm 1,10) y dar vida al hombre. Por eso «sus obras son verdaderas» (Dt 32,4).

3.9. Jesús no es un simple hombre (contra ebionitas y judaizantes)

19,1. Además, quienes dicen que era un simple hombre engendrado por José, perseverando en la servidumbre de la antigua desobediencia mueren, por no mezclarse con el Verbo de Dios Padre, ni participar de la libertad del Hijo, como Él mismo dice: «Si el Hijo os libera, seréis libres en verdad» (Jn 8,36). Desconociendo al Emmanuel nacido de la Virgen (Is 7,14) se privan de su don, que es la vida eterna (Jn 4,10.14); no recibiendo al Verbo de la incorrupción, permanecen en la muerte carnal; y son deudores de la muerte, no recibiendo el antídoto de la vida. A ellos les dice el Verbo, exponiéndoles el don de su gracia: «Yo dije: todos sois dioses e hijos del Altísimo; pero como hombres moriréis» (Sal 82,6-7). Esto dijo a quienes no recibían el don de la filiación adoptiva, sino menospreciando la encarnación por la concepción pura del Verbo de Dios, privan al hombre de su elevación hacia Dios y así desagradecen al Verbo de Dios hecho carne por ellos. Para eso se hizo el Verbo hombre y el Hijo de Dios Hijo del Hombre, para que el hombre mezclándose con el Verbo y recibiendo la filiación adoptiva, se hiciese hijo de Dios. Porque no había otro modo como pudiéramos participar de la incorrupción y de la inmortalidad, a menos de unirnos a la incorrupción y a la inmortalidad. ¿Pero cómo podíamos unirnos a la incorrupción y a la inmortalidad, si primero la incorrupción y la inmortalidad no se hacía cuanto

somos nosotros, «para que se absorbiese» lo corruptible en la incorrupción y «lo mortal» en la inmortalidad (1 Co 15,53-54; 2 Co 5,4) «para que recibiésemos la filiación adoptiva» (Ga 4,5)?

3.9.1. Preexistencia del Verbo

19,2. Por esto «¿quién describirá su generación?» (Is 53,8) Porque «es un hombre, ¿quién lo reconocerá?» (Jr 17,9). Lo reconocerá aquel a quien el Padre que está en los cielos lo revele (Mt 16,17), para que entienda que «no de la voluntad de la carne ni de la voluntad de varón» (Jn 1,13) ha nacido el Hijo del hombre (Mt 16,13), que es «el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mt 16,16). Que ninguno de entre todos los hijos de Adán sea llamado Dios por sí mismo, o proclamado Señor, lo hemos demostrado por las Escrituras; y que Él solo entre todos los hombres de su tiempo sea proclamado Dios y Señor, siempre Rey, Unigénito y Verbo encarnado, por todos los profetas y Apóstoles y aun por el mismo Espíritu, es cosa que pueden ver todos aquellos que acepten un poco de la verdad.

3.9.2. Verdadero Dios y hombre

Las Escrituras no darían todos estos testimonios acerca de Él, si fuese sólo un hombre semejante a todos. Pero como tuvo una generación sobre todas luminosa, del Padre Altísimo (Is 53,8) y también llevó a término la concepción de la Virgen (Is 7,14), las divinas Escrituras testimonian ambas cosas sobre Él: que es hombre sin belleza y pasible (Is 53,2-3), que se sentó sobre el pollino de una asna (Za 9,9), que bebió hiel y vinagre (Sal 69,22), que fue despreciado del pueblo y que descendió hasta la muerte (Sal 22,7.16); pero también que es Señor santo y Consejero admirable (Is 9,5), hermoso a la vista (Sal 45,3), Dios fuerte (Is 9,5), que viene sobre las nubes como Juez de todos (Dn 7,13.26). Esto es lo que las Escrituras profetizan de Él.

19,3. En cuanto hombre, lo era para ser tentado; en cuanto Verbo, para ser glorificado; el Verbo se reposó para que pudiera ser tentado, deshonrado, crucificado y muerto, (1 Co 15,53-54; 2 Co 5,4), habitando en aquel hombre⁵¹ que vence y soporta (el sufrimiento) y se comporta como hombre de bien y resucita y es elevado al cielo. Este es el Hijo de Dios, Señor nuestro, Verbo

51 Me parece que el texto latino traduce pobremente (y desde una teología posterior, erróneamente, pues sería una fórmula monofisista atribuida a Ireneo) el original griego: *sygginoménoū de tō anthrópo*: «*absorto autem homine in eo queod vincit et sustinet...*», y la traducción francesa de F. Sagnard, SC 211 (ed. 1952), p. 337: «*était absorbé [dans le Verbe]...*». El verbo *sygginomai* no significa *absorber*, sino *estar (o habitar) en*.

existente del Padre e Hijo del Hombre porque nació de la Virgen María; que tuvo su origen de los hombres pues ella misma era un ser humano (ánthropos); tuvo la generación en cuanto hombre, y así llegó a ser Hijo del Hombre.

3.9.3. Figuras proféticas

Por eso el Señor mismo nos ha dado «un signo en lo profundo, o en lo más alto» (Is 7,11) que el ser humano no pidió, pues ni siquiera podía soñar en una virgen preñada, o que una virgen pudiese dar a luz a un hijo y que el así dado a luz fuese «Dios con nosotros» (Is 7,14) y que descendiese a lo más hondo de la tierra «para buscar la oveja perdida» (Lc 15,4-6) (es decir, su propio plasma),⁵² y retornase a las alturas (Ef 4,10) para ofrecer y encomendar al Padre a los seres humanos, haciendo de sí mismo la «primicia de la resurrección» (1 Co 15,20) del hombre. De manera que, así como «la cabeza» resucitó «de entre los muertos», así también todo «el cuerpo» resucitará (es decir, todo ser humano al que encuentre en vida,⁵³ una vez cumplido el tiempo de su condenación por la desobediencia) «de quien a través de los nervios y ligamentos recibe el crecimiento que Dios quiere» (Col 2,19; Ef 4,16), manteniendo cada uno de los miembros el propio lugar que le conviene en el conjunto del cuerpo (1 Co 12,18), pues muchos son los miembros de un cuerpo, así como «muchas mansiones hay en la casa del Padre» (Jn 14,2).

20,1. Habiendo pecado el ser humano, Dios se mostró magnánimo al prever la victoria que le concedería por medio del Verbo. Pues, como «el poder se muestra en la debilidad» (2 Co 12,9), esta hizo brotar la benignidad y magnificencia del poder de Dios. En viejos tiempos permitió que la ballena tragase a Jonás, no para que lo absorbiera y lo hiciera perecer, sino para que, vomitado, más se sujetara a Dios, diera gloria a Aquel que de modo tan inesperado le había devuelto la salvación y predicara a los ninivitas una seria penitencia para que se convirtiesen al Señor que los podía librar de la muerte, al ver con temor aquel signo que se había realizado en Jonás. Esto afirma de ellos la Escritura: «Y se volvieron cada uno de su mal camino y de la injusticia de sus manos, diciendo: ¿Acaso Dios se arrepentirá y retirará de nosotros su ira, para que no muramos?» (Jon 3,8-9).

52 Para los gnósticos la oveja perdida era el símbolo (mito) del Eón extraviado que el Salvador vino a buscar para volverlo al Pléroma mediante el conocimiento (ver I, 8,4; 23,3; II, 5,2; 24,6). Para San Ireneo la oveja extraviada es el ser humano destinado a la vida divina, que por el pecado ha errado y necesita que el Pastor asuma su carne para buscarla. Ver D 33.

53 O puede ser la lección: «a todo ser humano que encuentre en el camino», en referencia a la parábola de la oveja perdida apenas citada.

Como se ve, desde el principio Dios tuvo paciencia con el hombre tragado por la ballena al cometer la prevaricación y no lo dejó morir del todo; sino que planeó de antemano y preparó la venida de la salvación que el Verbo realizaría mediante el signo de Jonás, en favor de los que tuvieron en el Señor la misma fe que tuvo Jonás y lo confesaron diciendo: «Yo soy un siervo del Señor y rindo culto al Señor Dios del cielo que hizo el mar y la tierra» (Jon 1,9). Así lo hizo a fin de que el hombre, acogiendo la salvación, se haga inseparable de Dios, resucite y glorifique al Señor con la misma voz de Jonás: «Clamé al Señor mi Dios en mi tribulación y me escuchó desde el seno del infierno» (Jon 2,2) y permanezca siempre glorificando a Dios y dándole gracias por la salvación que este le ha brindado, «de modo que ninguna carne se gloríe delante del Señor» (1 Co 1,29), ni acepte acerca de Dios ninguna idea contraria, pensando que la incorrupción prometida es cosa que le pertenece por naturaleza. Esto sería dejar de lado la verdad, para jactarse con vana altivez de ser igual a Dios por naturaleza. Una tal actitud ha vuelto al ser humano más ingrato con aquel que lo ha hecho, lo ha ofuscado para no ver el amor que Dios le ha tenido, y le ha cegado los sentidos para que no alcance a ver la dignidad de Dios, cuando se compara con Dios y se juzga a sí mismo igual a Él.

3.9.4. La Economía divina

20,2. Esta ha sido la generosidad de Dios: que, habiendo el ser humano experimentado todo, le diera a conocer la Ley; que en seguida lo hiciera llegar a la resurrección de entre los muertos, a sabiendas de la experiencia⁵⁴ por la cual ha sido liberado. De esta manera siempre deberá agradecer al Señor, una vez conseguida la incorrupción y amarlo más, pues «más ama aquel a quien más se perdona» (Lc 7,42-43). (El hombre) conociéndose a sí mismo como débil y mortal, entienda que Dios es a tal punto inmortal y poderoso, que concede al mortal la inmortalidad y al temporal la eternidad; y también comprenda todo el poder de Dios que se ha manifestado en el mismo (hombre), a fin de que advierta cómo el mismo Dios le ha enseñado su propia grandeza.

Porque la gloria del hombre es Dios. Y, a su vez, el ser humano es el recipiente de toda la obra de Dios y de su poder y sabiduría.⁵⁵ Así como el verdadero médico muestra serlo al curar a

⁵⁴ Es decir, la pasión y muerte experimentada por el Hijo.

⁵⁵ Un bello rasgo de la espiritualidad de San Ireneo. Dios revela al hombre su condición de pecador condenado a la muerte, pero destinado a la salvación por un plan de amor, en cuya realización descubre la omnipotencia divina. Pero el énfasis no está puesto en la miseria humana, sino

los enfermos, así también Dios se manifiesta a los hombres. Por eso Pablo dice: «Dios ha encerrado a todos en la incredulidad, para tener misericordia de todos» (Rm 11,32). Al decir esto no se refiere a «Eones espirituales», sino al ser humano que desobedeció a Dios y fue echado de la inmortalidad y más tarde alcanzó la misericordia al dársele mediante el Hijo de Dios la filiación que ha conseguido.

Quien mantiene sin inflarse ni jactarse la verdadera gloria⁵⁶ de las cosas creadas y de su Hacedor (el Dios omnipotente que a todas ha concedido la existencia) y permanece en su amor, sometido a Él y en acción de gracias, recibirá de Dios una mayor gloria y más aprovechará haciéndose semejante a Aquel que por él ha muerto. Pues se hizo «semejante a la carne del pecado» (Rm 8,3) a fin de condenar el pecado y una vez condenado echarlo de la carne, para de esta manera hacer crecer en su semejanza al ser humano, llamándolo a ser imitador de Dios, sometiéndolo a la Ley que lo lleva a contemplar a Dios y dándole la capacidad de captar al Padre. El Verbo de Dios habitó en el ser humano (Jn 1,14) y se hizo Hijo del Hombre, a fin de que el hombre se habituase a recibir a Dios y Dios se habituase a habitar en el hombre, según agradó al Padre.

3.9.5. El hombre caído necesita al Salvador

20,3. Por eso el mismo Señor ofreció como signo de nuestra salvación al Emmanuel que nació de la Virgen (Is 7,14), para indicar que era el mismo Señor que nos salvaba, ya que por nosotros mismos no éramos capaces de salvarnos. Por eso Pablo describió de esta manera la debilidad del ser humano: «Sé que nada bueno habita en mi carne» (Rm 7,18), para indicar que el bien de nuestra salvación viene de Dios y no de nosotros. Igualmente: «¡Qué miserable soy! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?» (Rm 7,24) y en seguida presenta al Liberador: «Gracias a Jesucristo nuestro Señor» (Rm 7,25). Isaías escribe algo semejante: «¡Afírmense las manos débiles y las rodillas vacilantes, animaos, pusilánimes de corazón, tened valor y no temáis! He aquí que nuestro Dios ejercerá el juicio y hará justicia. Vendrá y nos salvará» (Is 35,3-4). Es claro: nosotros no podemos salvarnos sino con la ayuda de Dios.

en la misericordia del Padre. Por eso el sentimiento que esta revelación incita en el ser humano, no es el de humillación, sino el de gratitud y amor de correspondencia. Y de este modo el hombre, que en sí mismo no encontraría sino miseria y muerte, halla en Dios su gloria, es decir, la manifestación de lo que él es realmente: el objeto del amor sin medida, del poder y de la sabiduría de Dios.

56 «La verdadera gloria (*dóxa*)». Claramente no se refiere a la gloria en el sentido actual (relacionada con triunfos, premios, etc. que vienen de fuera), sino en el sentido bíblico: es la *dóxa* (última raíz en el verbo *dokéo*), esto es, la *manifestación* de lo que se es en el interior.

20,4. Y como ni un simple hombre nos salva, ni un ser sin carne (pues sin carne existen los ángeles), predicó diciendo: «No fue un mensajero enviado ni un ángel, sino el mismo Señor quien los salvará; porque los ama los perdonará y Él mismo los liberará» (Is 63,9). Y que este se haría un verdadero hombre visible, siendo al mismo tiempo el Verbo Salvador, Isaías dice: «Ciudad de Sion, tus ojos verán a nuestro Salvador» (Is 33,20). Y, como no era sólo un hombre el que moría por nosotros, añadió: «El Señor, el Santo de Israel, se acordó de sus muertos que dormían en la tierra del sepulcro y bajó a llevarles la Buena Nueva de la salvación que viene de Él, para salvarlos».⁵⁷ El profeta Amos confirma lo mismo: «Él se volverá a nosotros y nos hará misericordia, hará desaparecer nuestras injusticias y arrojará a lo profundo del mar nuestros pecados» (Mi 7,19).⁵⁸ E incluso señala el lugar de su venida: «Desde Sion ha hablado el Señor y desde Jerusalén hará oír su voz» (Am 1,2). Y, como el Hijo de Dios, que es Dios, vendrá de la parte sur,⁵⁹ de la heredad de Judá, donde se hallaba también Belén, en la cual el Señor nació y desde la cual desparramó su alabanza en toda la tierra, Habacuc profetizó: «Dios vendrá del sur⁶⁰ y el Santo del monte Efram; su poder ha cubierto el cielo y la tierra está llena de su alabanza; el Verbo irá delante de Él y sus pies avanzarán por los campos» (Ha 3,3-5). Quiso dar a entender que es Dios y que su venida como hombre tendría lugar en el monte Efram, que queda al sur de la heredad. Y cuando dice «sus pies avanzarán por los campos» ofrece un signo propio de un ser humano.

3.9.6. Profecía del Emmanuel

21,1. Dios, pues, se ha hecho hombre, el Señor nos ha salvado (Is 63,9) y nos ha dado Él mismo el signo de la Virgen. Luego no es verdadera la interpretación de algunos que se atreven a traducir así la Escritura: «He aquí que una joven concebirá en su seno y dará a luz un hijo» (Is 7,14),⁶¹ según han traducido Teodosio de Éfeso y Aquila del Ponto, ambos prosélitos judíos; a

⁵⁷ No conocemos este texto, que no se halla en la Biblia. En otros pasajes Ireneo lo cita, pero en IV, 22,1 lo atribuye a Jeremías y al «profeta» en V, 31,1. También lo cita en IV, 22,13; IV, 33,1.12. En D 78 también lo atribuye a Jeremías (cf. edición en Fuentes Patrísticas 2, por E. Romero Pose, Madrid, Ciudad Nueva 1992, p. 197 nota 1). Pudo haberlo sacado de S. Justino, *Diálogo con Trifón* 72: PG 6,644-645. Este autor alega en ese párrafo que los judíos habrían arrancado de la Biblia pasajes de Esdras y Jeremías que se referían a la encarnación del Hijo de Dios.

⁵⁸ Nótese que atribuye a Amós un texto de Miqueas.

⁵⁹ Lit. *secundum Africum*.

⁶⁰ Lit. *ab Africo*.

⁶¹ El hebreo de Is 7,14 propiamente no dice *bethûlâh* (virgen), sino *almah* (joven casadera, que prescinde de si es virgen o no, aunque en su cultura se presumía serlo); pero los traductores de la biblia griega no vertieron por *neânis* (joven), sino por *parthénos* (virgen), de donde lo

éstos siguen los ebionitas, quienes afirman que fue engendrado de José, disolviendo la Economía en cuanto está de su parte y frustrando el testimonio que Dios nos ofreció por los profetas.

Esta profecía tuvo lugar antes de la transmigración a Babilonia, es decir, antes de que los medos y persas gobernaran. Y los mismos judíos lo tradujeron al griego mucho tiempo antes de la venida de nuestro Señor, a fin de que los judíos no hagan recaer sobre nosotros alguna sospecha de que así lo hemos traducido para acomodarlo a nuestro modo de pensar. Ellos, si hubieran imaginado que también nosotros habríamos hecho uso de esos textos de la Escritura, no habrían dudado de quemarlos, pues revelan que todas las demás naciones participan de la vida y muestran cómo la gracia de Dios ha desheredado a los que se glorían de ser la casa de Jacob y el pueblo de Israel.

3.9.7. Traducción del Antiguo Testamento: los LXX

21,2. Pues antes de que los Romanos estableciesen el imperio, cuando aún los macedonios dominaban sobre Asia, Ptolomeo, hijo de Layo, quiso enriquecer la biblioteca que él mismo había erigido en Alejandría, con los escritos de todos los hombres más destacados. Pidió también a judíos de Jerusalén sus Escrituras, pero traducidas al griego. Ellos entonces (pues en esa época eran súbditos de Macedonia) enviaron a Ptolomeo a los 70 más profundos conocedores de las Escrituras, prácticos en ambas lenguas, para que se pusiesen a su servicio. Él, queriendo controlarlos, pues temía que se pusieran de acuerdo en esconder, al momento de traducir, la verdad de las Escrituras, los separó unos de otros y mandó a cada uno de ellos que tradujera la Escritura. Esto hizo con cada uno de los libros.

Cuando se reunieron con Ptolomeo para comparar sus traducciones, Dios fue glorificado porque se probó que las Escrituras eran de verdad divinas, pues, habiendo recitado cada uno de ellos desde el principio hasta el fin con las mismas palabras y los mismos nombres, todos los presentes cayeron en la cuenta de que las Escrituras habían sido traducidas con inspiración divi-

tomó San Mateo. Hay un desarrollo del pensamiento (y no sólo un error de versión o una elección del lenguaje) que mira en *el signo* que Yahvé ofrece, para indicar su propia intervención, la preñez de una virgen. Ya San Justino había argüido: ¿qué signo de una intervención especial de Dios podría ser la preñez común de una joven que concibiera como todas las demás? (ver *Diálogo con Trifón* 84: PG 6, 673). Por eso, siendo la traducción de los LXX la que usaron los escritores del Nuevo Testamento, San Ireneo es testigo de una tradición acerca de que esta traducción supone una especial inspiración divina (III, 21,2); por ese motivo es la que usaron los Apóstoles (ibid. 3) y que la Iglesia predica. Una vez más vemos la correspondencia entre revelación de la Escritura, Tradición apostólica y predicación de la Iglesia como argumento de la única fe.

na.

Y nadie se admire de que Dios haya realizado tal prodigio en ellos, pues durante la cautividad a la que Nabucodonosor los arrastró se perdieron las Escrituras. Después de 70 años los judíos regresaron a su tierra y durante el imperio del rey Artajerjes de Persia, Dios inspiró a Esdras, sacerdote de la tribu de Leví, para que, recordando todas las palabras de los antiguos profetas, restituyese al pueblo la Ley que por medio de Moisés le había dado.

21,3. Fue, pues, muy grande la fidelidad con la cual la gracia de Dios hizo que fuesen traducidas las Escrituras, a partir de las cuales Dios preparó y modeló de antemano nuestra fe en su Hijo y fueron conservadas incorruptas en Egipto, donde se había desarrollado la casa de Jacob cuando huyó del hambre que asoló la tierra de Canaán y donde también se protegió el Señor cuando huyó de la persecución de Herodes. Y dicha traducción se hizo antes de que nuestro Señor descendiera y de que los cristianos aparecieran (pues nuestro Señor nació alrededor del año 41 del gobierno de Augusto y muy anterior había sido Ptolomeo, bajo cuyo reinado se habían traducido las Escrituras). No tienen, pues, vergüenza, esos atrevidos que ahora pretenden hacer otras traducciones cuando usamos las mismas Escrituras para argüirles y probarles la fe en la venida del Hijo de Dios.

3.9.8. Unidad de la fe, en el Espíritu Santo

En consecuencia, la única fe no falseada y verdadera es la nuestra, pues halla toda su clara exposición en las Escrituras que fueron traducidas de la manera que hemos descrito y que la Iglesia predica sin alterar nada. En efecto, los Apóstoles, siendo más antiguos que cualquiera de ellos, están de acuerdo con esta versión y a su vez esta versión está de acuerdo con la Tradición apostólica. Pues Pedro, Juan, Mateo, Pablo y los demás, así como sus discípulos, predicaron con los textos contenidos en la traducción de los antiguos.⁶²

21,4. Pues uno es el Espíritu de Dios, que por los profetas proclamó cuál y cómo sería la venida del Señor y los antiguos interpretaron bien lo que habían dicho los profetas y Él mismo anunció por los Apóstoles que había llegado la plenitud de los tiempos de la filiación adoptiva (Ga 4,4-5) y que estaba cercano el reino de los cielos (Mt 3,2; 4,7) y su inhabitación en el interior

⁶² Es decir, la Biblia llamada de los LXX es la que usaron los Apóstoles en las comunidades del Nuevo Testamento.

de los hombres (Lc 17,21), si creíamos en el Emmanuel nacido de la Virgen (Is 7,14). Como Él mismo atestigua: «Antes de que viviesen juntos» José con María, luego cuando ella permanecía en la virginidad, «se encontró que había concebido por obra del Espíritu Santo» (Mt 1,18) y como le dijo el ángel Gabriel: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso lo que de ti nacerá, será santo y llamado Hijo de Dios» (Lc 1,35); y como el ángel dijo en sueños a José: «Esto se realizó para que se cumpliese cuanto había sido dicho por el profeta Isaías: He aquí que una virgen concebirá en su seno» (Mt 1,22-23).

3.9.9. El signo de la virgen en los LXX

Veamos cómo los antiguos (los LXX) tradujeron lo que dijo Isaías: «El Señor habló de nuevo a Acaz: Pide al Señor tu Dios un signo, sea en la profundidad de la tierra o en lo alto del cielo. Y Acaz respondió: No lo pediré ni tentaré al Señor. Y dijo: Escucha, casa de David, ¿no os parece suficiente tentar a los hombres, para que también tentéis a Dios? Por eso, el mismo Señor os dará una señal. He aquí que la Virgen concebirá en su seno y dará a luz un hijo y le pondréis por nombre Emmanuel. Comerá mantequilla y miel antes de que conozca y elija el mal y acogerá el bien. Porque antes de que el niño conozca el bien y el mal, no consentirá en el mal, a fin de elegir el bien» (Is 7,10-16).

El Espíritu Santo, por medio de lo dicho acerca de su concepción de la Virgen, con precisión indicó su ser, porque esto significa el nombre de Emmanuel; y que es hombre, cuando dice: «Comerá leche y miel» y también al llamarlo niño y «antes de que conozca el mal elegirá el bien»; pues todos estos son signos de un hombre pequeño. Y las palabras: «No consentirá en el mal a fin de elegir el bien», es propio de Dios; para que, no porque comería leche y miel, entendamos que es un simple hombre, ni tampoco por llamarse Emmanuel sospechemos que se trata de un Dios descarnado.

21,5. Sobre las palabras: «Escucha, casa de David» (Is 7,13), se refería al que Dios prometió a David, cuando le anunció que del fruto de su vientre suscitaría un Rey para siempre (Sal 132,11). Este es el que fue engendrado de la Virgen que es de la raza de David (Lc 1,27). Por eso le prometió un Rey que fuese fruto de su vientre, lo que era propio de una Virgen preñada y no

«fruto de sus lomos y riñones»,⁶³ lo que es propio de un varón que engendra y de la mujer que concibe por intervención de varón. La promesa de la Escritura excluye así la acción genital del hombre, ya que no había de nacer de voluntad de varón (Jn 1,13). A la inversa, establece y confirma el fruto del vientre, declarando que su concepción habría de ser de una virgen, como atestiguó Isabel llena del Espíritu Santo diciendo a María: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre» (Lc 1,41-42). Por estas palabras el Espíritu Santo significaba, para quienes quisieren escucharlo, que la promesa hecha por Dios de suscitar un Rey del fruto del vientre, se había cumplido en el parto de la Virgen, es decir de María. Así pues, quien interpreta lo que dice Isaías como: «He aquí que una joven concebirá en el vientre» y quiere que Jesús sea hijo de José, cambia enteramente la promesa hecha a David, en la cual Dios le prometió que suscitaría el reino de Cristo, del fruto de sus entrañas, o sea su cuerno⁶⁴ (Sal 132 ,17). Pero no entendieron; por eso tuvieron la osadía de cambiarlo.

21,6. La expresión de Isaías: «Sea en lo profundo, sea en lo alto» (Is 7,11), quiere significar que «el que descendía era el mismo que ascendía» (Ef 4,10). Y en lo que dice: «El Señor mismo os dará un signo» (Is 7,14), representó lo que era inesperado de esta concepción, la cual no habría sucedido si el Señor Dios de todas las cosas, Dios mismo, no hubiese dado un signo a la casa de David. ¿Pues qué hay de grande, o qué signo puede ser el que una joven conciba de un varón y dé a luz, cosa que sucede a todas las mujeres que paren? Pero como la salvación de los hombres empezaría a hacerse de manera admirable, con el auxilio divino, por eso el parto de la Virgen fue admirable,⁶⁵ dando Dios este signo, sin que el hombre interviniese en la obra.

3.9.10. Otras figuras de Cristo

21,7. Por eso también Daniel, previendo su venida, dice que vino a este mundo como «piedra cortada sin manos de hombre» (Dn 2,34.45). Esto es lo que significaba «sin manos», que sin la obra de manos humanas, esto es, de los hombres que suelen cortar las piedras, habría de venir a

63 «De sus lomos y riñones», eufemismo: de su sexualidad viril. Dios había prometido que nos salvaría mediante un hijo de David: ver III, 10,4; 12,2; 16,2; 21,5,9; D 36. Esta promesa se hace real cuando Jesús nace virginalmente de María: ver III, 21,6.

64 El cuerno del poder: símbolo de la fuerza del toro, aplicado al rey.

65 En D 54 aplica a la concepción y parto de la Virgen el texto de Is 66,7 y comenta: «Así dio a conocer lo inesperado e inopinado de su nacimiento de la Virgen», es decir, sin dolores, como signo de la salvación que también nos ganó Él de manera inopinada. San Ireneo siempre enfoca la virginidad de María desde el servicio a la Economía de su Hijo. Los valentinianos, en cambio, interpretan el nacimiento virginal en sentido doceta, como signo de que el Verbo nada tomó de María (I, 7,2. III, 11,3; 16,1). Los ebionitas, por su parte, hablan de un nacimiento natural de Jesús, por eso se cierran, como los valentinianos, a la salvación (ver V, 1,3), aunque por motivos diversos.

este mundo; o sea sin la intervención de José, sino solamente por la cooperante disposición de María. Pues esta piedra de la tierra está formada por el poder y el arte de Dios. Por eso mismo dice Isaías: «Esto dice el Señor: Yo envió como fundamento de Sion una piedra preciosa, elegida, piedra de ángulo, llena de honor» (Is 28,16), para que entendiésemos que su venida en cuanto hombre no proviene de la voluntad de varón, sino de la voluntad de Dios.

21,8. Por eso también Moisés, para mostrarlo en figura, arrojó el bastón por tierra (Ex 7,9-10), para absorber y deglutir, encarnándose, toda la prevaricación de los egipcios que se alzaba contra la Economía de Dios y para que los egipcios atestiguaran que era el dedo de Dios (Ex 8,15),⁶⁶ y no el hijo de José, el que realizaba la salvación del pueblo.

3.9.11. Divinidad de Cristo

Porque si hubiese sido el hijo de José, ¿cómo habría podido tener más poder que Salomón y que Jonás (Mt 12,41-42), o cómo habría sido más grande que David (Mt 22,41-45), si hubiese como ellos provenido de un semen de hombre y siendo hijo de ellos? ¿Y para qué habría dicho el beato Pedro que lo reconocía como Hijo del Dios viviente (Mt 16,16-17)?

21,9. Además, si hubiese sido hijo de José, no hubiese podido ser ni rey ni heredero, según Jeremías. Porque se indica que José era hijo de Joaquín y de Jeconías, como Mateo expone acerca de su origen (Mt 1,12.16). Pero Jeconías y sus sucesores abdicaron del reino, como dice Jeremías: «Vivo yo, dice el Señor, que aun cuando Jeconías hijo de Joaquín fuese un sello⁶⁷ en mi mano derecha, me lo arrancaría para entregarlo en manos de quienes buscan tu vida» (Jr 22,24-25). Y también: «Jeconías ha sido deshonrado como un vaso que ya no se necesita, porque ha sido expulsado a una tierra que no conocía. Tierra, escucha la palabra del Señor: escribe a este hombre como a un rechazado, porque no aumentará su descendencia que se sienta sobre el trono de David, príncipe de Judá» (Jr 22,28-30). Y dice también el Señor sobre Joaquín su padre: «Por eso el Señor dijo acerca de Joaquín, su padre, rey de Judá: No tendrá un heredero que se sienta sobre el trono de David y su cadáver será arrojado al calor del día y al frío de la noche y los rechazaré a él y a sus hijos y lanzaré contra ellos y contra los habitantes de Jerusalén todos los ma-

⁶⁶ En D 26 explica lo que la Escritura entiende por *el dedo de Dios*: «El dedo de Dios es lo que sale del Padre en el Espíritu Santo».

⁶⁷ Hace referencia al anillo real que llevaba la imagen del soberano, usado como sello.

les que he pronunciado sobre ellos» (Jr 36 [43],30-31). Así pues, quienes dicen que él ha sido engendrado de José y en Él ponen su esperanza, han abdicado del reino y caen bajo la maldición y el castigo lanzado contra Jeconías y su simiente. También por ello se han dicho estas cosas acerca de Jeconías, pues el Espíritu previamente conocía lo que dicen estos malos maestros. Y para que aprendan que no habría de nacer de su simiente, es decir de José, sino según la promesa de Dios, es suscitado del vientre de David el Rey eterno que recapitula en sí todas las cosas.

3.10. La recapitulación

3.10.1. Los dos Adanes

21,10. El recapituló en sí su antiguo plasma. Porque «como por la desobediencia de un hombre el pecado entró en el mundo y por el pecado la muerte» tuvo poder (Rm 5,12.19), «así por la obediencia de un hombre» la justicia ha sido restablecida para fructificar en vida para los hombres que en otro tiempo habían muerto. Y así como aquel primer Adán fue plasmado de una tierra no trabajada y aún virgen —«porque aún Dios no había hecho llover y el hombre aún no había trabajado la tierra» (Gn 2,5)— sino que fue modelado por la mano de Dios (Sal 119,73; Job 10,8), o sea por el Verbo de Dios —ya que «todo fue hecho por Él» (Jn 1,3) y «el Señor tomó barro de la tierra y plasmó al hombre» (Gn 2,7)— así, para recapitular a Adán en sí mismo, el mismo Verbo existente recibió justamente de María la que aún era Virgen, el origen de lo que había de recapitular a Adán. Si, pues, el primer Adán (1 Co 15,45) hubiese tenido un hombre como padre y hubiese sido concebido del esperma de varón, justamente se diría que el segundo Adán (1 Co 15,47) habría sido engendrado de José. Pero si aquél fue tomado de la tierra y plasmado por el Verbo de Dios, era conveniente que el mismo Verbo, que había de realizar en sí mismo la recapitulación de Adán, tuviese un origen en todo semejante. Pero entonces, se me dirá, ¿por qué Dios no tomó barro sino que realizó de María la criatura que había de nacer? Para que no fuese hecha ninguna otra criatura diversa de aquella, ni otra criatura que aquella que había de ser salvada, sino la misma que debía ser recapitulada, salvando la semejanza.⁶⁸

⁶⁸ El paralelismo paulino «primer Adán» - «segundo Adán», sugiere a San Ireneo el paralelismo también en la manera del origen: el primero de la tierra virgen, no inseminada; el segundo, de la Madre virgen, tampoco inseminada. Pero entonces, ¿por qué esta semejanza, para ser más perfecta, no impulsó a Dios a decidir que su Hijo naciese también, como el primer Adán, de la tierra virgen? Por motivo de la recapitulación:

3.10.2. La recapitulación, motivo de la encarnación

22,1. Yerran, pues, quienes afirman que Él «nada recibió de la Virgen»; para arrancar la herencia de la carne, arrebatan también la semejanza. Porque si aquel primero tuvo su creación y su substancia de la tierra por mano y arte de Dios (Sal 119,73; Job 10,8), pero Dios no hubiese hecho a este de María, no se conservaría la semejanza en el ser hecho hombre según la imagen y la semejanza (Gn 1, 26) y el Hacedor se mostraría inconsecuente, no teniendo cómo manifestar su sabiduría. Lo mismo es afirmar que apareció como un hombre sin ser hombre y decir que se hizo hombre sin tomar nada del hombre. Porque si no tomó del hombre la substancia de la carne, tampoco se hizo hombre ni Hijo del Hombre. Y si no se hizo aquello mismo que nosotros somos, no hizo gran cosa el sufrimiento de su pasión. Así pues, el Verbo de Dios se hizo la misma criatura que debía recapitular en sí y por eso se confiesa Hijo del Hombre y declara bienaventurados a los humildes, porque heredarán la tierra (Mt 5,5). Y el Apóstol Pablo dice en su carta a los Gálatas: «Envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» (Ga 4,4) y de nuevo a los Romanos dice: «Acercas del Hijo, el que nació del semen de David según la carne, que fue predestinado por Dios según el Espíritu de santificación por la resurrección de entre los muertos, Jesucristo nuestro Señor» (Rm 1,3-4).

3.10.3. Error de los docetas

22,2. De otro modo habría sido inútil su descenso a María. ¿Para qué descendía a ella, si nada debía tomar de ella? Y si nada hubiese tomado de María, no habría sido propio tomar alimento de la tierra, por medio del cual, de lo sacado de la tierra se nutre el cuerpo. Ni habría ayunado por cuarenta días y tenido hambre como Moisés y Elías (Mt 4,2) ni su cuerpo habría buscado su propio alimento; ni su discípulo Juan habría escrito diciendo de Él: «Jesús fatigado del camino se sentó» (Jn 4,6); ni David habría preanunciado de Él: «Ellos han añadido al dolor de mis heridas» (Sal 69,27); ni habría llorado por Lázaro (Jn 11,35); ni habría sudado gotas de sangre (Lc 22,44); ni habría dicho: «Mi alma está triste» (Mt 26,38); ni al abrir su costado habrían salido sangre y

el segundo Adán no habría sido Cabeza de la descendencia de Adán, si no hubiese pertenecido a ella tomando su carne. Para poder recapitular la carne de Adán, tenía que asumirla como propia. Pero no podía nacer como cualquier otro ser humano pecador: así como el primero recibió del Espíritu de Dios la vida (Gn 2,7), así la carne del segundo la debió recibir del Espíritu Santo. La virginidad de María está, pues, al servicio de la Economía realizada en su Hijo.

agua (Jn 19,34). Todos estos son signos de una carne sacada de la tierra, la cual recapituló en sí, para salvar su propio plasma.

22,3. Por eso Lucas, en cuanto al origen de nuestro Señor muestra que desde Adán su genealogía tuvo 72 generaciones (Lc 3,28-38), para ligar el término con el inicio y para significar que Él es el que recapitula en sí mismo, como Adán, todas las gentes dispersas desde Adán y todas las lenguas y generaciones de los hombres. De ahí que en Pablo Adán se llame «tipo del que ha de venir» (Rm 5,14), porque el Verbo Hacedor había pre tipificado para sí mismo la futura Economía acerca del Hijo de Dios hecho hombre, al planear al primer hombre psíquico, para mostrar que será salvado por el espiritual (1 Co 15,46); porque preexistiendo el Salvador, convenía que existiesen los salvados, para que el Salvador no fuese estéril.

3.10.4. Eva y María

22,4. En correspondencia, encontramos también obediente a María la Virgen, cuando dice: «He aquí tu sierva, Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38); a Eva, en cambio, indócil, pues desobedeció siendo aún virgen.⁶⁹ Porque como aquella, tuvo un marido, Adán, pero aún era virgen —pues «estaban ambos desnudos» en el paraíso «pero no sentían vergüenza» (Gn 2, 25), porque apenas creados no conocían la procreación; pues convenía que primero se desarrollasen antes de multiplicarse (Gn 1, 28)—, habiendo desobedecido, se hizo causa de muerte para sí y para toda la humanidad; así también María, teniendo a un varón como marido pero siendo virgen como aquella, habiendo obedecido se hizo causa de salvación para sí misma y para toda la humanidad (Hb 5, 9). Y por eso la Ley llama desposada con un hombre, aunque sea aún virgen, a la mujer desposada (Dt 22,23-24), significando la recirculación que hay de María a Eva, porque no se desataría de otro modo lo que está atado, sino siguiendo el modo inverso de la atadura, de modo que primero se desaten los primeros nudos, luego los segundos, los cuales a su vez liberan los primeros. Así el primer nudo es desatado después del segundo y así el segundo desata el primero.

Por eso el Señor decía que los primeros serán últimos y los últimos serán primeros (Mt 19,30; 20,16). Y lo mismo significa el profeta al decir: «En lugar de tus padres tendrás hijos»

⁶⁹ En paralelo con la recapitulación y recirculación (obra de Cristo), María, asociada a la misión de su Hijo que por su obediencia ha salvado al hombre caído por la desobediencia, colabora con su Hijo mediante la obediencia, en contraposición a la desobediencia de Eva: ver V, 19,1; D 33: «El mal es desobedecer a Dios; el bien, en cambio, es obedecer».

(Sal 45,17). Porque el Señor, al hacerse Primogénito de los muertos (Col 1,18) recibió en su seno a los antiguos padres para regenerarlos para la vida de Dios, siendo Él el principio de los vivientes (Col 1,18), pues Adán había sido el principio de los muertos. Por eso Lucas puso al Señor al inicio de la genealogía para remontarse hasta Adán (Lc 3,23-38), para significar que no fueron aquellos quienes regeneraron a Jesús en el Evangelio de la vida, sino este a aquellos. Así también, el nudo de la desobediencia de Eva se desató por la obediencia de María; pues lo que la virgen Eva ató por su incredulidad, la Virgen María lo desató por su fe.

3.10.5. La salvación de Adán

23,1. Fue, pues, necesario, que el Señor viniese a la oveja perdida para con tan grande Economía realizar la recapitulación y para volver a buscar la obra que Él mismo había plasmado; para salvar al mismo hombre hecho «a su imagen y semejanza» (Gn 1,26), es decir, al viejo Adán, una vez cumplidos los tiempos «que el Padre había fijado con su poder» (Hch 1,7), de la condenación que había recaído sobre él por su desobediencia —porque todo plan de salvación en favor del hombre se hacía según el beneplácito del Padre—, a fin de que Dios no quedase vencido ni se perdiese su obra de arte. Pues, si el hombre al que Dios había hecho para que viviese, al perder la vida, herido por la serpiente que lo había corrompido, ya no hubiese podido volver a la vida, sino que hubiese quedado enteramente abocado a la muerte, entonces Dios habría sido vencido y la maldad de la serpiente habría triunfado sobre el designio de Dios.

Pero, como Dios es invencible y generoso (pues se mostró magnánimo al corregir a los hombres y probarlos, como ya hemos expuesto), por medio del Segundo Hombre (1 Co 15,47) «ató al fuerte y le arrancó sus bienes» (Mt 12,29; Mc 3,27), aniquiló la muerte (2 Tm 1,10), volviendo la vida al hombre que había caído bajo el poder de la muerte.⁷⁰ Pues el primer bien que cayó bajo su poder fue Adán, al que mantenía sujeto; es decir, que de forma inicua lo había empujado a la prevaricación y poniéndole como señuelo la inmortalidad, le había infligido la muerte. Pues, en efecto, le había hecho la promesa: «Seréis como dioses» (Gn 3,5); pero no siendo capaz de cumplirla, le asestó la muerte. Por ello justamente Dios la volvió a someter a cautiverio, pues ella había mantenido cautivo al ser humano. Y el hombre, que había sido arrastrado a la esclavitud,

⁷⁰ El Señor se encarnó, murió y resucitó para vencer la muerte que había recaído sobre el hombre como condena por el pecado. Principio repetido por San Ireneo: ver III, 23,7-8; D 6, 38.

quedó librado de los lazos de su condena.

3.10.6. En Adán todos somos uno

23,2. A fin de puntualizar la verdad, este Adán es aquel primer hombre modelado, sobre el cual la Escritura afirma que Dios dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gn 1,26). Todos los demás descendemos de él. Y, como provenimos de él, por eso llevamos también su nombre.⁷¹ Y si se salva el ser humano, entonces es preciso que también se salve el primero que ha sido modelado. Pues parece irrazonable que aquel que venció el enemigo no libre a aquel que fue violentamente herido por el enemigo y el primero en quedar sometido al cautiverio, cuando son arrancados de este sus hijos a quienes engendró siendo esclavo. Ni parecería vencido el enemigo, si aún pudiese conservar los antiguos despojos. Como si un enemigo atacara a un pueblo y a los vencidos los llevara cautivos de modo que por largo tiempo los mantuviese esclavos y durante ese período estos engendrasen hijos. Si mucho después alguien se compadeciera de los esclavos y asaltara al enemigo, no actuaría con justicia si liberase a los hijos, de manos de aquellos que habían llevado a sus padres al cautiverio, dejando en cambio bajo la esclavitud del enemigo a aquellos por cuya liberación había luchado. Si los hijos vuelven a adquirir la libertad por motivo de la liberación de sus padres, no pueden quedar cautivos esos mismos padres que desde el principio han sufrido el cautiverio.

3.10.7. Dios no maldijo a Adán ni a Eva

23,3. Por este motivo, al principio de la transgresión en Adán, como la Escritura narra, Dios no maldijo a Adán mismo, sino «la tierra que trabajarás» (Gn 3,17). Como dijo uno de nuestros antecesores: «Dios echó la maldición sobre la tierra, a fin de que esta no recaiga sobre el ser humano». Como castigo por su pecado, se impusieron al hombre los sufrimientos, el trabajo de la tierra, comer el pan con el sudor de su frente y volver a la tierra de la que había sido sacado (Gn 3,17-19). También a la mujer se le castigó con sufrimientos, trabajos, llanto y dolor en el parto, así como el sometimiento en cuanto debe estar bajo su marido (Gn 3,16). Dios no quería ni que, por una parte, quedaran hundidos en la muerte; ni, por otra, si no eran castigados pudieran des-

⁷¹ Nótese que Adam es, simplemente, «el terreno», es decir, *el hombre* (*homo*, de *humus*, tierra). Por eso la expresión bíblica *bar adam* suele traducirse «hijo de hombre».

preciar a Dios.

3.10.8. Dios maldijo a la serpiente.

Sólo la serpiente es maldita. Toda la maldición recayó sobre la serpiente que los había seducido:⁷² «Y Dios dijo a la serpiente: Porque has hecho esto, serás maldita entre todos los animales domésticos y las fieras de la tierra» (Gn 3,14). Esto mismo dirá el Señor en el Evangelio a quienes encuentre a su izquierda: «Apartaos, malditos, al fuego eterno que mi Padre preparó para el diablo y sus ángeles» (Mt 25,41). Con esto quiso dar a entender que el fuego eterno no fue en un principio preparado para el ser humano, sino para aquel que lo sedujo y lo arrastró al pecado; es decir, para el «príncipe de la apostasía» (o sea de «la separación») y para los ángeles que apostataron junto con él. Y justamente también recibirán este castigo quienes, de modo semejante a ellos, perseveren en las obras del mal, sin conversión y arrepentimiento.

3.10.9. Adán y Caín

23,4. Caín, cuando Dios le aconsejó calmarse, pues no había compartido de modo justo con su hermano los deberes de fraternidad, sino que con envidia y maldad imaginó poder dominar sobre él, no sólo no se puso en paz, sino que añadió pecado a pecado, mostrando su intención con las obras. Llevó a cabo lo que había planeado (Gn 4,7-8): se impuso sobre Él y lo mató. Dios sometió el justo al injusto, a fin de que el primero mediante su sufrimiento se manifestase como justo, en cambio el segundo mediante sus actos desenmascarase su injusticia.

Pero ni aun así se puso en paz ni se calmó de sus malas acciones; sino que, interrogado sobre dónde estaba su hermano, dijo: «No lo sé. ¿Soy acaso el guardián de mi hermano?» Con su respuesta aumentó y multiplicó el mal. Pues, si era malo matar a su hermano, mucho peor era responder de esa manera a Dios que todo lo sabe, ¡como si pudiera engañarlo! Por ese motivo, él mismo cargó con la maldición, porque disimuló el pecado y ni temió a Dios ni se arrepintió del fratricidio.

⁷² Dios maldice a la serpiente (que representa al ángel apóstata), porque pecó por malicia; en cambio no maldice al ser humano, sino solamente lo castiga, porque ha obrado por debilidad y engaño (ver III, 23,1; D 16).

3.10.10. Adán cayó engañado: su arrepentimiento

23,5. No es igual el caso de Adán, sino muy diferente. Otro lo sedujo con la tentación de inmortalidad, pero de inmediato el temor lo sobrecogió y trató de esconderse; pero no como quien quiere huir de Dios, sino que, confundido por haber transgredido su mandato, se sintió indigno de acercarse a la presencia de Dios para hablar con Él: «El temor de Dios es el principio de la sabiduría» (Pr 9,10; Sal 111,10). Entender que se ha pecado lleva a la penitencia y Dios derrocha su bondad en favor de los penitentes.

Adán mostró su arrepentimiento con su cinturón, al ceñirse con hojas de higuera. Habiendo muchos otros tipos de hojas que podían lastimar menos el cuerpo, sin embargo, movido por el temor de Dios, tejió un cinturón digno de su desobediencia (Gn 3,7-10). De esta manera, repri-mía el impulso de la carne que le había hecho perder el modo de ser y la ingenuidad del niño para volver su mente al mal. Se revistió con un freno de continencia que también compartió con su mujer, pues temía a Dios y esperaba su venida, como si quisiera decir: «Puesto que por la desobediencia he perdido el vestido de santidad que recibí del Espíritu,⁷³ reconozco merecer este vestido que no produce ningún placer, sino que me muerde y lastima el cuerpo». Y de su parte siempre se hubiera humillado llevando ese vestido, si el Señor misericordioso no les hubiera dado túnicas de pieles en lugar de sus hojas de higuera.

3.10.11. La misericordia de Dios

Por su misma misericordia les preguntó, para que la acusación recayera sobre la mujer; y de nuevo la interrogó a ella, para que ella a su vez transfiriera la culpa a la serpiente. Ella, en efecto, declaró lo sucedido: «La serpiente me sedujo y comí» (Gn 3,13). Dios no interrogó a la serpiente, pues conocía muy bien al príncipe de la transgresión; sino que primeramente lanzó contra ella la maldición, de modo que en segundo lugar sobre el hombre recayera una reprensión. Pues Dios odiaba al que sedujo al ser humano; en cambio poco a poco sintió misericordia por aquel que había sido seducido.

23,6. Por este motivo «lo echó del Paraíso» y lo alejó «del árbol de la vida» (Gn 3,23-24). No es que Dios sintiese celos por el árbol de la vida, como algunos se atreven a opinar; sino que fue

⁷³ O bien «la estola de la santidad que recibí del Espíritu»: signo de la pureza original en la que el hombre fue creado, perdida por el pecado. Ver descrito ese estado arriba, en III, 22,4; D 14.

acto de misericordia alejarlo para que no siguiese transgrediendo, a fin de que su pecado no estuviese en él para siempre como un mal insaciable y sin remedio. De este modo le impidió seguir transgrediendo el mandato, le impuso la muerte y marcó un límite al pecado al ponerle a él un término en la tierra mediante la disolución de la carne. De esta manera el hombre, al morir, dejaría de vivir para el pecado y comenzaría a vivir para Dios.

3.10.12. La descendencia de la mujer aplasta la serpiente

23,7. Por eso Dios puso una enemistad entre la serpiente y la mujer y su linaje, al acecho la una del otro (Gn 3, 15), el segundo mordido al talón, pero con poder para triturar la cabeza del enemigo; la primera, mordiendo y matando e impidiendo el camino del hombre, «hasta que vino la descendencia» (Ga 3,19) predestinada a triturar su cabeza (Lc 10,19); este fue el que María dio a luz (Ga 3,16). De Él dice el profeta: «Caminarás sobre el áspide y el basilisco, con tu pie aplastarás al león y al dragón» (Sal 9,13), indicando que el pecado, que se había erigido y expandido contra el hombre y que lo mataba, sería aniquilado junto con la muerte reinante (Rm 5,14.17); y que por Él sería aplastado el león que en los últimos tiempos se lanzaría contra el género humano, o sea el Anticristo, el dragón que es la antigua serpiente (Ap 20,2) y lo ataría y sometería al poder del hombre que había sido vencido, para destruir todo su poder (Lc 10,19-20). Porque Adán había sido vencido y se le había arrebatado toda vida. Así, vencido de nuevo el enemigo, Adán puede recibir de nuevo la vida; pues «la muerte, la última enemiga, queda vencida» (1 Co 15,26), que antes tenía en su poder al hombre. Por eso, liberado el hombre, «acaecerá lo que está escrito: La muerte ha sido devorada por la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?» (1 Co 15,54-55). Esto no podría haberse dicho si no hubiese sido liberado aquel sobre el cual dominó al principio la muerte. Porque la salud de este consiste en la destrucción de la muerte. Y la muerte fue destruida cuando el Señor dio vida al hombre, quiero decir a Adán.

3.10.13. Adán fue perdonado (Contra Taciano)

23,8. Mienten, por tanto, quienes se oponen a su salvación.⁷⁴ Con ello se excluyen a sí mis-

⁷⁴ Es decir quienes condenan a Adán para siempre.

mos de la vida, pues no creen que la oveja perdida ha sido hallada (Lc 15,5-6); y si no ha sido hallada, entonces toda la descendencia de la raza humana está aún bajo el poder de la perdición.

También es un engañador Taciano, el primero que inventó esa doctrina, que mejor puede llamarse ignorancia y ceguera. Pues este, después de haber hecho un amasijo de todas las herejías, de su propia cosecha inventó esta, a fin de añadir algo nuevo a todo lo que ya se había dicho. Lanzando palabras vacías, se formó sus propios seguidores vacíos de fe. Presumiendo de maestro, se empeñó en usar todo el tiempo como punta de lanza el dicho de Pablo: «En Adán todos hemos muerto» (1 Co 15,22), pero olvidándose de que «donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» (Rm 5,20). Una vez que todo lo anterior ha quedado claro, sientan vergüenza sus seguidores que se la traen contra Adán, como si mucho ganaran con que este no se haya salvado, cuando en realidad ningún beneficio sacan. Así como la serpiente nada aprovechó tentando al hombre, sino presentarlo como un transgresor y convertirlo en el primer instrumento y la materia de su propia apostasía, pero a Dios no lo venció. De modo semejante, quienes atacan la salvación de Adán, nada ganan sino desenmascarse como herejes apóstatas de la verdad y abogados de la serpiente y de la muerte.

24,1. Hemos denunciado a todos los que enseñan perversas doctrinas acerca de nuestro Creador y Plasmador que hizo este mundo y sobre el cual no hay ningún otro Dios. Usando sus mismos argumentos hemos echado por tierra a los que enseñan falsedades sobre el ser de nuestro Señor y sobre la obra salvífica que realizó por el hombre, su criatura.

3.11. Conclusiones

3.11.1. La Iglesia y el Espíritu Santo

Hemos también expuesto cómo la predicación de la Iglesia es la misma en todas las regiones, se mantiene igual y se funda en el testimonio de los profetas, de los Apóstoles y de todos los discípulos; y así también (hemos explicado) desde el principio, por sus medios y hasta el fin, el universal proyecto salvífico de Dios y la obra que realiza todos los días por la salud del hombre, en lo que nuestra fe consiste.

Conservamos esta fe, que hemos recibido de la Iglesia, como un precioso perfume custodiado

siempre en su frescura en buen frasco por el Espíritu de Dios y que mantiene siempre joven el mismo vaso en que se guarda. Este es el don confiado a la Iglesia, como el soplo de Dios a su criatura, que le inspiró para que tuviesen vida todos los miembros que lo recibiesen. En este se halla el don de Cristo, es decir el Espíritu Santo, prenda de incorrupción, confirmación de nuestra fe y escalera para subir a Dios. En efecto, «en la Iglesia Dios puso apóstoles, profetas, doctores» (1 Co 12,28) y todos los otros efectos del Espíritu. De este no participan quienes no se unen a la Iglesia, sino que se privan a sí mismos de la vida por su mala doctrina y pésima conducta. Pues donde está la Iglesia ahí se encuentra el Espíritu de Dios y donde está el Espíritu de Dios ahí está la Iglesia y toda la gracia, ya que el Espíritu es la verdad.

3.11.2. Los herejes destruyen su salvación

Por tanto, quienes no participan de Él, ni nutren su vida con la leche de su madre (la Iglesia), tampoco reciben la purísima fuente que procede del cuerpo de Cristo. «Cavan para sí mismos cisternas agrietadas» (Jr 2,13), se llenan de pozos terrenos y beben agua corrompida por el lodo; porque huyen de la fe de la Iglesia para que no se les convenza de error y rechazan el Espíritu para no ser instruidos.

24,2. Enajenándose de la verdad, revolotean de error en error, andan fluctuando, opinando ora de un modo, ora de otro, según las ocasiones, y nunca llegan a afirmarse en una doctrina estable. Prefieren ser sofistas de las palabras, a ser discípulos de la verdad. No están fundados sobre una Piedra, sino sobre arena (Mt 7,24-27) ¡que esconde muchos sepulcros! Por eso se fabrican muchos dioses. Su excusa es decir que andan buscando (¡como ciegos!), pero de hecho nunca encuentran. Blasfeman contra el Demiurgo, o sea el verdadero Dios, que es quien nos concede encontrarlo, creyendo que han encontrado sobre Dios a «otro Dios», «otra Plenitud» y «otra Economía».

3.11.3. Bondad infinita del Dios Creador: providencia y juicio

Nada de extrañamiento que la luz de Dios no los alumbre, pues han deshonrado y despreciado a Dios, sin pensar en absoluto en aquel que por su amor e inmensa benignidad se ha dado a conocer a los hombres. No quiero decir que lo conozcamos en toda su grandeza ni según su substan-

cia (pues nadie lo ha medido ni tocado), pero sí lo suficiente para saber que Él nos hizo y plasmó, que sopló su aliento de vida y que nos alimenta con su creación, «que todo lo asentó con su Verbo y lo hizo uno con su Sabiduría» (Sal 33,6). Es decir, conocemos al único Dios verdadero. No es ciertamente ese (Dios) «que no es» en quien ellos sueñan, pensando haber hallado al «gran Dios» a quien nadie puede conocer, que no se comunica con la raza humana ni tiene providencia⁷⁵ de las cosas de la tierra. Es el Dios de los epicúreos, que dicen haber hallado a un Dios que ni es útil para nadie, ni tiene providencia de nada.

25,1. Pues Dios tiene providencia de todas las cosas, por eso se hace presente, guiándolos con su consejo, en aquellos que a su vez tienen providencia de su conducta. Por fuerza aquellos sobre los cuales recae la providencia y el gobierno, deben conocer a quien los dirige. Al menos así no serán irracionales ni estarán vacíos de la mente, sino que serán sensibles para percibir la providencia de Dios. Por este motivo algunos paganos, menos esclavos de sus pasiones y no tan cerradamente aprisionados en la superstición de los ídolos, aunque débilmente guiados por su providencia, se convirtieron y llegaron a llamar al Demiurgo del universo, Padre de todas las cosas y providente Señor de nuestro mundo.

25,2. Otro error consistió en arrancar al Padre el juicio y el castigo, pensando que ese poder es impropio de Dios. Por eso imaginaron haber encontrado a un Dios «bueno y sin ira», así como a otro Dios «cuyo oficio es juzgar» y «otro para salvar». Esos pobres no se dieron cuenta de que a uno y a otro lo privan de la sabiduría y de la justicia. Pues, si el juez no fuera al mismo tiempo bueno, ¿cómo daría al premio a quienes lo merecen y reprenderá a quienes lo necesitan? Un juez de este tipo no sería ni sabio ni justo. Y si fuese un Dios bueno y únicamente bueno, pero sin juicio para juzgar quiénes merecen esa bondad, un tal Dios no sería ni justo ni bueno, pues su bondad sería impotente; ni podría ser salvador universal si carece de discernimiento.

3.11.4. Error de Marción

25,3. Marción por su parte, al partir a Dios en dos, a los cuales llamó, al primero «bueno» y al segundo «justo», acabó matando a Dios desde las dos partes. Porque si el Dios «justo» no es a la vez «bueno», tampoco puede ser Dios aquel a quien le falta la bondad; y por otra parte, si es

75 Lit. «que no administra las cosas terrenas».

«bueno» pero no «justo», del mismo modo sufriría que le arrebataran el ser Dios.

¿Y cómo pueden decir que el Padre universal es sabio, si al mismo tiempo no es juez? Pues si es sabio, puede discernir. Ahora bien, discernir supone juzgar y de juzgar se sigue el juicio con discernimiento justo; pues la justicia lleva al juicio y cuando un juicio se hace con justicia, remite a la sabiduría.

3.11.5. Dios es sabio, bueno y justo

El Padre sobrepasa en sabiduría a toda sabiduría angélica y humana; porque es Señor, juez, justo y soberano sobre todas las cosas. Pero también es misericordioso, bueno y paciente para salvar a quienes conviene. No deja de ser bueno al ejercer la justicia, ni se disminuye su sabiduría. Salva a quienes debe salvar y juzga con justo juicio a quienes son dignos. Ni se muestra inmisericorde al ser justo, porque lo previene y precede su bondad.

25,4. El Dios benigno «hace salir su sol sobre todos y llueve sobre justos y pecadores» (Mt 5,45). Juzgará por igual a cuantos recibieron su bondad, pero no se comportaron de manera semejante según la dignidad del don recibido, sino que se entregaron a placeres y pasiones carnales en contra de su benevolencia, muchas veces hasta llegar a blasfemar contra Aquel que los hizo objeto de tantos beneficios.

3.11.6. Platón conoció a Dios

25,5. Platón, en comparación con estos, es más religioso. Confesó a Dios justo y bueno, con poder universal y con oficio de juzgar. En efecto, escribe: «Dios, como dice la antigua tradición, tiene en su mano el inicio, el medio y el fin de todas las cosas, en todo obra rectamente, envolviendo todo por naturaleza. Siempre lo sigue la justicia vengadora de cuantos violan la ley divina».⁷⁶ En otro lugar muestra al Creador y Demiurgo del universo, en toda su bondad: «En el que es bueno, jamás brota ninguna envidia de nadie».⁷⁷ Pone la bondad de Dios como principio y origen de la creación del mundo, no «la ignorancia» ni «los lamentos y clamores de la Madre», ni «otro Dios y Padre».

⁷⁶ Platón, *De las leyes* 4.

⁷⁷ Platón, *Timeo* 3.

4. CONCLUSIONES

4.1. Contra los gnósticos

25,6. ¡Con razón su «Madre» llora por los inventores de tales fantasías! «Tales mentiras son dignas de retumbar en sus cabezas», porque su «Madre» se halla «fuera de la Plenitud» (¡es decir, fuera del conocimiento de Dios!) y su colección (de hijos) es «un aborto deforme y sin belleza» (¡pues nada han aprendido de la verdad!); «están asentados en la sombra y el vacío» (¡pues su doctrina está vacía y llena de sombras!), y «Horus no le permitió entrar en el Pléroma» (¡pues el Espíritu no los recibió en su descanso!). Su «Padre», al engendrar «la ignorancia», hizo brotar en ellos «las pasiones» de la muerte. Nosotros no tratamos de calumniarlos, pues ellos mismos lo afirman, lo predicán, se glorían de estas doctrinas. Se enorgullecen de tener una «Madre» que, dicen ellos, nació «sin Padre» (¡o sea sin Dios!), «una Mujer brotada de Mujer» (¡en otras palabras, error de error!)

4.2. Oración por ellos

25,7. Por nuestra parte, oramos porque no caigan en el pozo que ellos mismos han cavado; sino que se aparten de su «Madre», salgan del «Abismo», renuncien al «Vacío» y a la «Sombra», y se conviertan para nacer a la Iglesia de Dios, a fin de que Cristo se forme en ellos y conozcan al Creador y Demiurgo de todas las cosas como al único Dios y Señor. Al orar de esta manera por ellos, los amamos más de cuanto ellos piensan amarse a sí mismos. Y porque nuestro afecto es verdadero, puede servir para su salvación, si es que quieren aceptarlo. Es como una medicina dolorosa que desprende las costras superficiales de la carne herida. Este afecto les arranca el orgullo y la vanagloria. Por eso no nos cansará seguir con todas nuestras fuerzas tendiéndoles la mano.

En el próximo libro continuaremos haciendo aflorar las palabras del Señor, acerca de estos temas, por ver si con la doctrina de Cristo podemos convencer a algunos de que se aparten de su error y renuncien a blasfemar contra su Demiurgo, que es el único Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

0-0-0-0-0-0

Fuente
<http://www.clerus.va/content/clerus/es/biblioteca.html>

Adaptación y presentación realizada por
Luis Mariano Salazar Mora